

TODOS LOS DÍAS DE MI VIDA



CORAL FERNWEH

Te esperaré, toda mi vida.

Coral Fernweh

Título Original: Te esperaré, todos los días de mi vida. © Coral Fernweh

TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico,

por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Copyright © Coral Fernweh, 2017

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios.

Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición: Septiembre del 2018 Diseño de portada: Coral Fernweh

Conversión a libro electrónico: Coral Fernweh

Copyright © 2018 Coral Fernweh

Todos los derechos reservados.

ISBN:

ISBN-13:

Olvida el pasado, vive el presente y diseña tu futuro.

Capítulo 1

Marco.

El día había despertado gris, amenazaba con lluvia. Llevaba despierto varias horas y el médico aún tardaría en venir a verme. Tenía la esperanza de que me trajera buenas noticias, las necesitaba.

Estaba cansado de encontrarme en aquella habitación solo con la compañía de aquella carta. Me levanté de la cama y me dediqué a dar varias vueltas entre aquellas cuatro paredes, como si eso me ayudara a esclarecer todo lo que se me pasaba por la cabeza.

Tras un buen rato, cansado de no conseguir nada, me senté, acaricié mi pelo y miré esos folios esparcidos que había dejado sobre la mesita, junto a la cama. Un nudo de emociones se instalaba en la boca de mi estómago solo con recordar todo lo que tantas veces había leído desde que desperté. Cerré los ojos en varias ocasiones y recé, recé como nunca para poder despertar cuanto antes de esa maldita pesadilla. Necesitaba enfrentarme al mundo, a mi familia..., a esa chica que, por mucho que me esforzaba, no conseguía recordar.

Cogí aire con todas mis fuerzas hasta llenar mis pulmones, y presioné el puente de mi nariz, frustrado, volviendo a las mismas preguntas que se repetían en bucle una y otra vez, sin poderlo controlar, sin poderlo parar.

No lograba entenderlo.

Resoplé volviéndome a levantar, no conseguía sentirme cómodo de ninguna manera. En un intento por tranquilizarme, recorrí de nuevo la habitación... Me ahogaba, no podía respirar. Lo único que quería era poder salir de aquel hospital cuanto antes; comprobar con mis propios ojos, escuchar con mis propios oídos, que todo lo que ahí se contaba, era verdad.

Bella..., su dulce cara se aparecía en mi mente, el día de su nacimiento..., tantos y tantos recuerdos vividos con ella... ¿Cómo no iba a ser hija mía? Era de locos. Nada tenía sentido.

Unos golpes suaves en la puerta me hicieron parar en seco despertándome así de mis pensamientos. No me dio tiempo a abrir la boca en cuanto esta comenzó a abrirse. El corazón se me aceleró y en cuanto vi a mis padres entrar acompañados del neurólogo, el doctor Tejón, sentí que volvía a respirar.

—¡Buenos días, Marco! ¿Qué tal se encuentra? —El doctor llevaba una carpeta bajo el brazo. Caminó hasta ponerse delante de mí—. ¿Qué tal has dormido? —Le estreché la mano sintiéndome más relajado y nos sentamos en el filo de la cama. Mis padres se sentaron junto a un pequeño sofá que quedaba a la izquierda, bajo una gran ventana que, en ocasiones, me hacía sentir un poco libre.

—Bueno, he tenido noches mejores —dije un poco apenado. No lograba dormir bien. Sus ojos curiosos, se desviaron hasta la mesita de noche. Sé que miraba la carta, esos folios esparcidos que deseaba olvidar con todas mis fuerzas. Toqué mi pelo nervioso y cogí una bocanada de aire. Sabía de antemano que volvería a hacerme la misma pregunta.

—Sí, he vuelto a leerla —me adelanté. Ya había perdido la cuenta de cuantas veces lo hice. Podría decir que hasta me la sabía de memoria.

—¿Y alguna novedad? —Miré al doctor a los ojos.

—Lo siento. —Negué con la cabeza.

—No te preocupes, ya sabes que debes seguir mi consejo. Debes estar tranquilo, relajado, para que los recuerdos fluyan.

—De acuerdo. —¿Qué otra cosa decirle delante de mis padres? Sabía lo que mi madre estaba sufriendo con todo este tema. Y con la única persona que podía consolarme, era con la psicóloga, Gaia. Una chica recomendada por el doctor Tejón y que mis padres no tardaron en contratar.

Levantarme de la noche a la mañana, descubrir que había estado dos meses en coma, que no recordaba nada de mi último año y que había estado dos años de mi vida engañado por la mujer que creía mi amiga, era muy doloroso.

—Podría decirle a Laura que entre. El doctor estará delante, Marco —mi madre no tardó en hablar.

Suspiré en silencio.

—¿Podrían dejarnos un momento a solas, por favor? —intervino el doctor.

Cómo se lo agradecí...

—¿Qué te ocurre? ¿Qué sientes? —El doctor abrió la carpeta que había dejado sobre la cama, sacó una pluma del bolsillo de su bata y se preparó para escribir.

—Me abruma toda la información que estoy recibiendo. Necesito canalizarla de alguna manera y me niego a no poder recordar nada.

—¿Qué tal te va con Gaia? —Me lo quedé mirando algo confundido. Creía que recibía todos mis informes.

—Estoy siguiendo sus consejos, bueno. —Me encogí de hombros—, las sesiones se están basando en hablar de mi infancia... —Bajé la mirada—. Y alguna que otra técnica de relajación, pero dudo —le miré a los ojos—, de que eso funcione conmigo.

—Marco, la relajación funciona con todo el mundo, se basa en una técnica que, a algunos, lleva más trabajo que a otros.

—Eso mismo dice ella.

Hubo un pequeño silencio y sentí que la habitación encogía.

—Sé que es muy difícil. —Colocó su mano en mi hombro—. Y más en tu caso. El golpe que recibiste provocó una fuerte lesión que no te permite recordar todos estos meses atrás.

—¿Esto puede durar toda la vida? —Casi no me salía la voz y aunque ya sabía la respuesta, no pude evitar volver a preguntar.

—Hay casos en los que el paciente no es capaz de recordar nunca lo ocurrido un tiempo antes del accidente; otros, con el paso de los días..., meses... o incluso años, pueden lograr recordar. —Lo miraba atento con los ojos bien abiertos, como si fuese la primera vez que lo escuchaba ¿Años..., meses? Terminaría volviéndome loco—. De eso depende mucho los factores que, por desgracia, no están en nuestra mano.

—¿Y entonces? —Necesitaba respirar con urgencia.

—Le pedí a Laura que hiciera el esfuerzo de plasmar en un papel, todo vuestro último año juntos y, así, comprobar tu reacción. Pero, lamentablemente, no hemos tenido la suerte que esperaba.

—¿Creías que, con una simple carta, terminaría acordándome de todo? ¿Así

de simple? —me encogí de hombros.

—Solo esperaba que algo de todo lo que ella cuenta ahí te sonara, te hiciera reflexionar, para así llegar a recordar algo. El cerebro está lleno de conexiones que se encienden a medida que te suena una palabra, un olor, el tacto de algo...

El nudo de emociones rasgó mi garganta al tragar.

—Nada de lo que ella cuenta me suena. —Mordí mi labio inferior reteniendo mi frustración.

—Las mujeres tienden a observar las cosas de una manera diferente a la nuestra.

«Será eso» me dije.

Abrió de nuevo la carpeta y extrajo unos informes. Se me aceleró el corazón al pensar en la posibilidad de que no volvería a pasar una noche más allí.

—Después de una semana despierto y viendo que todo va correctamente, quitando tu falta de memoria, creo que ya es hora de que salgas ahí fuera y te enfrentes al mundo, dejando en tu mano que hagas todo lo que puedas para darle a tu vida eso que le falta. —Asentí en silencio—. Te he programado una cita de valoración para dentro de dos semanas, que sigas con la rehabilitación y sigas visitando a Gaia.

—No lo dude. —Me levanté. Sonreí emocionado. Él también se puso en pie.

—Hablo con tus padres para darles la noticia, mis recomendaciones para que puedan echarte una mano en lo que puedan y bueno... —Me estrechó la mano con fuerza—. Vete preparando para salir y enfrentarte al mundo ahí fuera.

—Muchas gracias, doctor. —Apreté su mano con fuerza, queriéndole transmitir así toda mi seguridad tras haber hablado con él.

—Gracias a ti, Marco. Mira. —Se acarició la mejilla tras soltar mi mano—. Hubo un momento, para serte sincero, en que pensé que te ibas. Ojalá todo vuelva a la normalidad. —Los dos sonreímos.

No tardé en prepararme tras quedarme solo en la habitación. Pensé en todas las respuestas que buscaría una vez que pisara el suelo fuera de estas cuatro paredes.

No estaba preparado para enfrentarme a ella, a la mujer que decía ser la mujer de mi vida. Solo de pensarlo me entraba angustia y me quedaba sin fuerzas. ¿Yo,

prometiendo amor eterno? No, definitivamente ese no era yo. Echaba de menos mi casa, así que primero me iría directamente allí, me daría una ducha relajante y pensaría qué respuestas querría primero. Sin darme cuenta, mientras pensaba, por inercia guardé la carta en el bolsillo trasero de mis vaqueros y, justo en ese momento, mi querida hermana mayor, Melissa, mi amiga después de todo, la que siempre cuidó de mí, accedió a la habitación. Emocionada, se acercó y nos fundimos en un bonito abrazo. Toqué su pelo e inhalé su dulce aroma a vainilla.

—Dios, cómo te echaba de menos... —dije a punto de romper a llorar.

—¿Cómo te encuentras? —Se separó un instante y me miró a los ojos.

—Ahora mucho mejor sabiendo que me marchó de aquí.

Sonrió..., sonreí.

—Mamá me ha pedido que me asegure de que sigues todos los consejos del doctor.

Suspiré a sabiendas de que no me quedaría otra opción y volví a abrazarla de nuevo.

—Laura está ahí fuera. ¿Quieres...

—Necesito tiempo, Melissa —dije al fin, mirándola a los ojos.

—Vale, vale... tranquilo, ella lo entiende. —Tragó con dificultad—. Todos lo entendemos. Pero... ¿y si la ves? Tal vez sea buena idea...

—Melissa, por favor, no insistas. Ahora lo único que quiero es disfrutar de mi familia. —Miré a mi alrededor—. Y salir de aquí de una vez por todas—. Necesito ver a Bella.

Se apartó confundida.

—¿A Bella? —No supo cómo reaccionar—. Marco, no es tu hija. ¿Acaso no hemos hablado ya de este tema?

—Aparte de hablarlo, también lo he leído —mi voz sonó molesta. —Pero necesito ver a la niña, para mí es mi hija y eso no puede cambiar.

—¿Y has pensado que puede que Mónica no te deje verla?

—La conozco bien, Melissa, me dejará.

—Creo que no has leído la carta lo suficiente, que no te ha valido todo lo que

yo te he contado, lo que esa mujer ha hecho.

Cogí aire, lo último que quería era discutir con ella.

—Necesito hacer las cosas a mi manera, por favor... —mi voz sonaba a súplica. Y, tras una larga pausa, por fin habló:

—Vale, yo te llevaré. Dame un momento para decirle a papá que se encargue de llevar a Laura a su casa. —Me señaló con el dedo en modo de advertencia—. Me debes una.

—Te lo prometo.

Esperé en la habitación varios minutos a la espera de que Melissa regresara.

—¿Listo? Ya puedes salir.

—Gracias.

—No me des las gracias, te saldrá caro, que lo sepas.

Salimos y mientras no dejaba de mirar a mi alrededor, como cual niño asustado, entramos en el ascensor. Tras pasar por las puertas, respiré fuerte. El aire me sabía a libertad.

Subimos al coche, cerré los ojos y sonreí, volviendo a llenar mis pulmones de aire.

—Qué ganas tenía de salir de aquí —dije en cuanto el coche se introdujo a la carretera. —Demasiado tiempo encerrado—, mi hermana me miró un instante.

—¿Qué tal el trabajo? ¿Algo importante que debas contarme? En este tiempo no hemos hablado de casi nada.

Ella también suspiró, supongo que sabía que lo que quería era librarme del tema carta, tema recuerdos..., tema Laura.

—He tenido que reducir la plantilla. —Le mire atento. —La ayuda de papá no era suficiente. No estábamos con ánimos pensando en que podíamos perderte y aunque Laura. —Tragó saliva y volvió a mirarme—. Ha puesto mucho de su parte, trabajando desde casa o acompañando a papá a varias reuniones, no ha podido ser. Así que, debido al poco volumen de trabajo, tuve que hacerlo.

—¿Y Leo?

—Leo también nos ha estado ayudando mucho.

Silencio.

—En la carta... —Confundido, miré a mi hermana.

—Han pasado muchas cosas desde el accidente y vale, puede que lo que Laura te haya escrito, te haya puesto en alerta sobre el —suspiró, pero no es así, demasiadas coincidencias. Leo nos ha demostrado que se puede contar con él. —Me miró divertida—. ¿Celoso? —sonreía algo pícara.

—¿Celos por una chica a la que no conozco... —no tardé en corregirme—, de la que no recuerdo nada de ella?

—Solo era una broma, tonto. —Melissa accionó el intermitente de la derecha y en cuanto pudo, tras parar un instante, giró.

—¿Puedes contarme algo sobre Laura y yo? —al final, tanto desviar el tema, yo mismo volví a él.

Cogió aire, ella también lo necesitaba.

—Solo puedo decirte, como ya te he dicho las veces que he ido a visitarte, que todo lo que cuenta en la carta es verdad. Yo la escribí con ella, la ayudé a recordar y le conté cosas de las que tú me hablabas solo a mí. ¿Quieres saber algo? —Volvió a mirarme antes de parar el coche frente la casa de Mónica. Asentí sin abrir la boca—. Nunca te vi más feliz que estando con ella. Y no solo yo, todos tuvimos la oportunidad de ver lo que cada uno aportaba al otro.

No sabía qué decir al respecto y no pude evitar sentir remordimientos por no poder recordar nada y saber que, por mi culpa, alguien estaba sufriendo.

Capítulo 2

Laura.

—Gracias. —Sonreí tras bajarme del coche.

—Cielo, —habló Blanca. Se había mantenido todo el trayecto en silencio—, recordará y todo será mucho mejor de lo que fue en su día, te lo prometo. —Llevé mi mano hasta su hombro, no tardó en posar la suya y apretarme con fuerza.

Me di la vuelta con una presión en el pecho y no respiré con normalidad hasta que no vi el Mercedes alejarse. Saqué las llaves de mi bolsillo para abrir la puerta del edificio y noté cómo me temblaban las manos.

Salí del ascensor aguantando las ganas de llorar, no lo haría hasta que no llegase a casa. Y, al levantar la vista, la vi a ella.

—Hola —Mónica se levantó. Tenía pinta de llevar tiempo esperándome sentada en las escaleras—. ¿Cómo está? —No era la primera vez que la veía en el tiempo que Marco estuvo en coma, no era la primera vez que se acercaba a mí para preguntar por él. Incluso, aunque suene sorprendente, la última vez, se interesó por mí estado.

—Le han dado el alta. —Metí las llaves en la cerradura, Mónica permanecía en silencio, a mi lado. Suspiré, me encontraba demasiado cansada psíquica y físicamente para discutir, para gritarle como las últimas veces. Lo que iba a hacer no me lo perdonaría jamás—. ¿Quieres pasar?

—Sí, por favor.

Le ofrecí un café y nos sentamos las dos en el salón. La observé en silencio, aún no me fiaba de ella y no sé qué narices hacía yo metiéndola en mi casa después de todo el daño que había causado.

—¿Cómo está Bella? —pregunté, antes de dar un sorbo al líquido negro que

tan aliado se había vuelto para mantenerme despierta.

—Muy mayor. —Sonrió algo tímida.

Había algo... que no terminaba de cuadrarme del todo e intentaba, a través de analizarla, poder averiguarlo—. Ahora está con mis padres.

—¿Y a qué has venido? —pregunté al fin.

—Bueno... —Se levantó. El corazón martilleaba mi pecho—. Necesito que me perdones, Laura. Sé que no me he portado bien y... —Suspiró, tragó saliva e intentó aguantar las ganas de llorar, por lo menos esa fue mi impresión en ese instante—. Sé que no he sido una buena persona, que todo lo he pagado contigo y este tiempo, este tiempo en el que creí que no volvería a ver a Marco, me he sentido una miserable. No quiero seguir levantándome con esa sensación que me ahoga, que... —No sabía si creerla o darle mi enhorabuena por la interpretación del papel que se estaba montando.

—Mónica, no te voy a negar que te has portado mal, pero no conmigo. —Abrió los ojos de par en par—. Te has hecho daño tú sola con todo lo que ha ocurrido en estos últimos meses. Yo no te guardo rencor, no funciona así, ¿sabes? Lo que más me preocupa es Marco y cómo llevará su vida a partir de ahora.

—Yo no soy capaz de perdonarme, no... puedo mirar a mi hija a la cara y... —Se echó a llorar y sentí que el mundo se me caía a los pies. «¡Mierda!» Pensé, encima ahora tendría que consolarla, porque conociéndome... ¿la iba a dejar así, a pesar de que creía que todo se trataba de un maldito papel? No, no me lo perdonaría. Vero dice que soy muy buena; yo, que soy gilipollas a nivel Dios y que una cosa no tiene nada que ver con la otra. Me levanté... ¿lo dudabais? No, seguro que no—. Mónica, si de verdad... todo lo que estás diciendo. —Apunté a su pecho—. Sale de tu corazón, de verdad te vuelvo a repetir que no te guardo ningún rencor.

—Este era mi último intento de acercarme a ti. Y a pesar de que venía con la idea de que volverías a ignorarme, a repetirme que no volviera a acercarme a ti, he vuelto porque necesitaba pedirte perdón. Me he puesto mil veces en tu lugar—. La miré a los ojos buscando sinceridad, algo que me dejase tranquila, que me dijese que no me preocupara, que todo saldría bien, esta vez sí. Pero no terminé de creérmela.

Miré mi reloj.

—Pues a la tercera va la vencida, así que no te preocupes. —Sonreí sin ganas, solo quería que se marchara diciéndole lo que quería oír.

—Gracias por decirme lo que quiero escuchar. —No supe qué decirle, ¿acababa de leerme el pensamiento o es que pensé en voz alta? La miré a los ojos y sí, esta vez no pude fingir una sonrisa.

—Cada cosa vuelve siempre a su lugar Mónica, nunca lo olvides.

No tardé en tirarme al sofá y llorar en cuanto Mónica se marchó. Desconsolada, me abracé al cojín llorando de rabia, de frustración. Dolía. Mi mundo se rompió en pedazos y no podía hacer nada para evitarlo.

No sé cuánto tiempo permanecí así, pero me sentía agotada y no conseguiría nada llorando ni lamentándome por aquel maldito día ni tampoco pensando en la conversación con ella.

Me levanté a duras penas del sofá y entré en el baño en busca de una ducha, lo que fuese con tal de dejar de sentirme tan estúpida por esperar que él terminase recordando. Que tras el primer intento, el segundo tuviera más oportunidad. Me había preparado para el rechazo, lo juro, pero dolía tanto... Era como si alguien me hubiese arrancado el corazón de cuajo y algo lo estuviera devorando con nombre de destino. Giré la rueda del grifo buscando el agua templada y cerré los ojos, apoyando mis manos en la fría pared, sintiendo el agua deslizarse por mi cuerpo desnudo.

Necesitaba la ducha tanto como un descanso, deseaba meterme en la cama y dormir, descansar lo justo para continuar afrontando el día a día.

En cuanto me tumbé en la cama, me sentí afortunada al sentirme algo más tranquila, hasta que el sonido insistente del teléfono me sacó de mi calma puntual, obligándome así a levantarme.

Molesta con la melodía que ya retumbaba en mi cabeza, descolgué.

—Por favor, dime que te encuentras bien. —La voz de Vero mostraba una grave preocupación.

Silencio, ¿qué hacía, mentirle a mi mejor amiga, o decirle que estaba completamente hecha añicos? La respuesta era evidente, ¿cómo iba a estar después de todo?

—Bueno... —Me tomé una pausa—. Mónica ha estado aquí. —Dejé caer mi cuerpo en el sofá y me eché la manta por encima.

—¿En serio? ¿Pero es que esa mujer no se cansa? ¿Qué te ha dicho esta vez? —preguntó algo enfadada.

Resoplé.

—Hemos estado hablando —murmuré echando la cabeza hacia atrás.

—¿Pero tú estás loca, Laura? Ahora mismo bajo.

No hizo falta siquiera que me levantara a abrir la puerta, al igual que Melissa, Vero tenía las llaves de casa para que entrase cuando quisiese. Tardó diez minutos en hacerlo.

Y al verla con la niña en brazos, casi dormida, me levante. La cogí con cuidado y la llevé hasta mi cama. La arrojé y me permití observarla solo unos segundos.

Cuando volví al salón, nos fundimos en un abrazo. Aguanté las ganas de llorar.

—¿Cómo se te ha ocurrido siquiera entablar una conversación con ella? No me digas... —Me miraba fijamente a los ojos—. Que la has metido en tu casa, Laura, que nos conocemos.

—Pues sí, no tenía ni fuerzas ni ganas de entablar una discusión. Es la tercera vez que intenta acercarse a mí y quería saber qué era lo que tenía que decirme. —Vero se llevó las manos a la cabeza, no entendía mi comportamiento y aunque yo tampoco me entendía, ¿qué iba a hacer, darle la razón? Pues no.

—Solo quería disculparse.

—¿Y la has creído? —Cerré los ojos, ¿en serio, no entendía que lo único que necesitaba en esos momentos era un abrazo en vez de una charla?

—No, Vero, no la he creído. Pero ya está, he aceptado sus disculpas y se ha marchado.

Hubo un breve silencio que agradecí.

—¿Y Marco?

—Marco le ha pedido a Melissa que le acercara a casa de Mónica porque necesitaba ver a la niña. Pero imagino que no ha podido ser, ya que ella se encontraba aquí.

—¿No ha habido avances? —Negué con la cabeza.

—Y... —Conociéndola, sabía qué iba a preguntarme a pesar de saber la respuesta que iba a obtener. —¿Qué has pensado?

—Intentaré seguir con mi vida, olvidarme de él... —ni siquiera pensé lo que decía—. Me planteo volver a Madrid.

—¿Después de todo lo que has luchado? ¡No! —Negó muy decidida—. ¡Sácate esa tontería de la cabeza! Piensa en la niña, y sé que me vas a decir que los niños se adaptan rápido a cualquier situación. —Se adelantó a mi pensamiento—. Pero yo no, y cuando empiezo a sentirme cómoda, por llamarlo de alguna manera, ¿tú pretendes cambiar de nuevo, sin contar con nosotras, como si fuéramos maletas?

Resoplé fuerte apartando la mirada. Mi desesperación se centraba en las circunstancias, sin valorar el esfuerzo que ellas habían realizado en quedarse solo para estar a mi lado. Cerré los ojos tras barajar tirar la toalla para así acabar con tanto sufrimiento y pensé, si llevaba a cabo lo que estaba pensando, ¿merecería la pena?, ¿en serio dejaría de sufrir? No, claro que no. Suspiré y Vero volvió a abrazarme.

—Estoy perdida. —El nudo en mi garganta apenas me permitía vocalizar.

—Tranquila, estamos junto a ti, no estás sola. Todo saldrá bien Laura. Te lo prometo.

—No depende de nosotras que él recuerde, Vero. Ni de ti, ni de mí, ni de esa maldita carta, ni de Melissa. Ese accidente se lo ha llevado de mi lado y no va a volver, lo sé. —No pude contener más mis lágrimas y terminé dejándolas salir, aunque me apresuré a secarlas con las palmas de las manos. Estaba tan cansada de tanto llorar y no conseguir así nada, que me desesperaba no poder controlarlo.

—Nada te lo ha arrebatado, él terminará recordando. —Vero estaba tan convencida de ello...

Estuvimos bastante rato abrazadas, ella acariciando mi pelo y yo, con los ojos cerrados, disfrutando de esa sensación. No era justo quejarme constantemente cuando Vero perdió a su madre y ahí estaba ella, apoyándose, olvidándose de su dolor a sabiendas de que aún no lo había superado.

Me quedé medio dormida cuando sentí que se levantaba, hablaba con alguien y, al abrir los ojos e incorporarme, supe que se trataba de Melissa desde el teléfono. La vi entrar en la cocina. Me levanté.

—Sí, estoy con ella. Voy a preparar algo para cenar. Conociéndola, sé que lo

único que lleva en el cuerpo es café. —La escuché decir mientras descalza, anduve hasta ella—. Sí, bueno... no está bien. Es duro, ¿sabes? ¿Entonces, te vienes? ¿Te encargas tú de traer algo? ¿De verdad que no te importa? —Se despidió y colgó. Yo estaba cruzada de pies y brazos, apoyada en el marco de la puerta. Dio un respingo en cuanto al darse la vuelta, me encontró allí.

—¡Dios! ¡Te mato! Qué susto me has dado. —Abrió la nevera sacando unas latas de refresco y una botella de agua—. Melissa va a traer pizza.

—No tengo hambre. —Abrí las puertas del mueble y alcancé unos vasos.

—Tienes que cenar, y no hagas que tenga que hacer de madre, que tú eres lo suficiente mayorcita para saber que hay que comer —me regañó burlona, yendo hacia el salón.

—No deberías tomarte tantas molestias, Vero, de verdad que estoy bien. —Me miró de arriba abajo.

—Te voy a dar yo bien. ¿Pero te has visto, Laura? ¿Cuánto hace que no cenas en condiciones, quitando las veces que te la he preparado yo? —Me quedé en silencio, tenía razón—. ¿Ves? Cuando te quedas callada... es porque no sabes cómo defenderte.

—Vero... ¿Puedo pedirte una cosa?

—¿Estás tonta? ¡Claro!

—Prefiero no decirle nada a Melissa sobre el tema Mónica, ¿de acuerdo? —Su mirada me decía que no estaba conforme—. Es mejor así, ella se siente mal tras haber llevado a Marcos hasta su casa.

—¿Y no crees que se sentiría mejor si fueras sincera con ella? —Tragué saliva.

—Solo quiero tener la noche en paz. —Lo último que quería era que las dos me estuvieran dando consejos sobre lo que tenía o no que hacer con el tema Mónica y ya tenía bastante con los consejos que sabía que recibiría sobre el tema Marco. Con más no podría, me negaba.

El timbre de casa sonó.

—Tranquila. —Vero se levantó—. No le diré nada, pero tú no tardes en hacerlo, seguro que Mónica trama algo y es mejor que las tres estemos en alerta.

El olor de la pizza recién hecha, casi alimentaba, pero mi estomago estaba cerrado. Me levante y en cuanto la mirada de Melissa entró en contacto con la

mía, no dudó en venir corriendo a abrazarme como si no lo hubiéramos hecho desde hacía tiempo.

—¿Cómo estás? —Se apartó de mí unos centímetros para observarme. Sus ojos estaban llorosos y sabía que no podía dejar de sentirse mal tras la decisión de Marco.

—Dije que no te preocuparas por mí. —Mi voz no sonaba como a mí me hubiese gustado, era triste.

—Lo siento mucho, Laura. Sabes que daría lo que fuera por cambiar todo. —Sonreía con pena.

—Deja de sentirlo, por favor —supliqué. —Además, ella ha estado aquí, así que deja de preocuparte.

—¿Perdón? —Tras mirarme a mí, miro a Vero.

Y volví a narrar lo ocurrido.

—Y por favor..., —tapé mi cara con mis manos. —No empecéis que nos conocemos y ya tengo bastante por hoy —mis amigas volvieron a mirarse

—¡Venga!, no has comido nada. —Vero inclinó el plato, aún quedaba pizza.

—No puedes pretender que me meta en una noche lo que no he comido en toda una semana. ¡Además!, Melissa se ha pasado dos pueblos y medio, ha traído comida para un regimiento —me quejé.

—Ese es el problema, que no comes y con nada te llenas. Hay que abrir ese estómago—. Su comentario me hizo gracia y al final, las tres terminamos riendo.

Melissa no podía dejar de observarme, hubiera dado lo que fuera por meterme un instante en su cabeza y comprobar así sus pensamientos. La noté rara, pero no por el hecho de que llevase a su hermano a casa de Mónica, sino algo más, algo más profundo. Días atrás, la había notado muy perdida en sus pensamientos, demasiado distraída diría yo para lo que estaba acostumbrada. Siempre creí que todo era por lo ocurrido, por cómo se encontraba su familia. Pero había algo más y no pude darme cuenta en ese momento.

—¿Tienes pensado hacer algo? —Por fin habló.

—No está en mi mano hacer que recuerde, si no lo he conseguido con la carta... —Angustiada, froté mi rostro con las manos—. Me arrepiento de haberla escrito, si soy sincera —y no mentí—. No ha servido de nada.

—Ya has escuchado al médico, esa carta es la clave para cuando él recuerde.

Solté una carcajada y suspiré cansada de hablar últimamente de lo mismo.

—No estoy tan segura. Lo encuentro una gilipollez. He estado informándome de su tipo de amnesia. En serio creéis—, miré a las dos—. Que una carta, donde cuento intimidades, encuentros sexuales, ¿servirá de algo? ¿Habéis pensado en qué pasará el día que decida hablar conmigo? —Aparté el plato que Vero volvió a ofrecerme—. Estoy pensando en dejar el trabajo, buscarme otra cosa o...—, me encogí de hombros—. Yo qué sé... —El nudo que se formó en mi garganta no me permitió seguir hablando. ¡Mierda pa mí!

—¿¡Qué!?! ¿Estás loca? —Entorné la mirada.

—Y qué otra cosa me proponéis, ¿eh? No sé si os habéis dado cuenta, pero no tengo opciones. —Exasperada, me levanté del sofá y anduve de un lado para el otro recorriendo mi pequeño salón, mordiendo mis uñas.

—Laura, te quiero como si fueras mi hermana a pesar de que no nos conocemos desde hace mucho. Lo sabes, ¿verdad? —Melissa también se levantó, cogió mis manos, me miró a los ojos y ya no supe qué contestar—. Sabes que haré todo lo que esté en mi mano para que lo recuperes, y lo más importante, que él te recupere a ti.

—Tengo mucho miedo. —Empecé a romperme—. No sé qué hacer. Y no depende de vosotras, grabaros eso en la cabeza.

—Enamóralo otra vez. —Melissa y Vero me miraban, sus ojos brillaban.

—¿Enamorarlo? —No sabía si reír o darme cabezazos contra la pared—. ¿Cómo? Ni siquiera se atreve a hablar conmigo, ¿cómo pretendéis que lo enamore?

—Empezando por volver a ser tú. Cuidándote más, seduciéndole... no sé... —, comentó Vero creyendo firmemente en la idea de Melissa.

—Si queréis... —hablé con ironía—, puedo ir a trabajar este lunes con la misma bata que usaba en el hotel, la guardo de recuerdo, ¿os parece bien?

—Venga, Laura, no te lo tomes así. Hablamos en serio. Enamóralo de nuevo, sin dejar de ser tú —hablaba Vero.

—Sigo siendo yo. Y yo también hablo en serio, ¿es que no os dais cuenta de que no depende de mí? —Las dos se quedaron en silencio—. ¡Tengo una idea! Haré como si no hubiera pasado nada, ¿qué os parece? —Cerré los puños nerviosa, otra vez las malditas ganas de llorar.

—Todo se arreglará, pondremos de nuestra parte para que logre recordar, para que todo... —Sabía lo que iba a decir y no, no quería volver a escucharlo.

—Nada volverá a ser como antes. —Sí, elevé mi voz y me arrepentí al instante, cuando comprendí que mis amigas solo querían ayudarme.

—No seas tan pesimista, verás como todo va a salir bien. Y si no es así, es que aún no ha llegado el final.

—¿Y quién os dice a vosotras que estando con Mónica, volviendo a tener contacto por la niña, no se enamora de ella?, ¿eh? Vosotras... —Alcé los brazos—. Qué tan seguras estáis de que todo saldrá bien ¿Acaso pudisteis saber que pasaría lo del accidente?, ¿eh? Porque si fue así, ya os vale no haberme avisado antes. Me hubiera ahorrado mucho sufrimiento. —De nuevo ese silencio. Agotada, volví a sentarme en el sofá—. No me hagáis caso. —Me tapé la cara con las manos y no tardé en notar cómo se sentaban a mi lado para abrazarme.

A la una de la mañana, logré convencer a Vero para que se fuera a mi cama a dormir con la niña. Melissa se quedó esa noche también. Ya eran varias las que se había quedado y no pude evitar preguntarme, si lo hacía por mí o por ella.

—¿Estás bien, Melissa? —Acabábamos de tumbarnos en el sofá.

—Claro, ¿por qué?

Humedecí mis labios.

—Porque te noto rara. Estás tan centrada en mí, en cuidarme, que creo que te estás olvidando de ti. —Se giró y a pesar de la escasa luz que entraba de la calle, vi su sonrisa. Sabía que solo lo hacía para dejarme tranquila, no lo consiguió.

No fui capaz de cerrar los ojos, concentrarme en algo e intentar relajarme. El mindfulness no podía ayudarme esta vez, era inevitable no pensar y ni siquiera sabía la hora que era. Otra noche sin descansar, sin poder dormir.

—Melissa. ¿Estás despierta?

—No, ¿Por? —Abrió los ojos, sus labios retenían una sonrisa.

—¿Y por qué me contestas?

Silencio.

—¿En qué piensas? —Me miró.

—En él y en vuestra preposición. —Suspiré agobiada y cagada de miedo—. No sé si seré capaz ni creo que funcione, la verdad.

—Él habrá perdido la memoria, pero el corazón le sigue latiendo y no dejó nunca de hacerlo.

—Eso suena muy bonito en un libro de poesía o en una novela —me burlé.

—No seas idiota, que me has entendido. —Me dio con la rodilla.

—¿Y si no resulta? No sería el primer caso, ni el último.

—Pero que no sea porque no lo hayamos intentado.

Cogí una bocanada de aire, me ahogaba.

—Tengo mucho miedo. —La abracé.

—Yo también. Odio que lo pases tan mal y odio ver a mi hermano tan perdido y confundido.

—¿Y dices que ha leído la carta?

—Dos veces.

Me desperté esa mañana con una sensación extraña, aunque ya conocida en el pecho. De nuevo me ahogaba. Melissa se había marchado y cuando comprobé si Vero seguía en la cama, también ella se había ido. Suspiré con fuerza y, tras vestirme, desayuné tranquila, adorando las vistas que, desde mi ventana, me ofrecía esta maravillosa ciudad. Las vistas al mar me seguían impresionando y

no me cansaba de hacerlo.

A media mañana decidí ir a dar una vuelta.

El aire de la calle me hizo respirar de nuevo, mezclarme con la gente me hizo sentir una persona más. Melissa y Vero podían tener razón, tal vez lo que debería hacer en ese momento, después de que todo lo grave y malo ya había pasado, era volver a enamorarlo. ¿Pero cómo? ¿Cómo volver a enamorar a la misma persona dos veces?

Empecé entrando en varias tiendas. Yo, que tan poco me gustaba ir de compras, me vi cargando con bolsas de ropa que decidí comprarme y así renovar mi armario. Había adelgazado demasiado en los últimos meses. También entré en una tienda de perfumería, tal vez..., si volvía a maquillarme y tapar esas ojeras que empezaban a acompañarme a diario..., podría volver a fijarse en mí. ¡Vaya tonta me volví esa mañana! ¿Desde cuándo una persona se fija en otra por el maquillaje que lleva? El maquillaje se lleva por dentro y encima, yo, que nunca fui una chica de mucho arreglarme, solo lo justo, centrándome en la mirada.

Prometo y juro por todo lo que más quiero que intenté no pensar en él más de la cuenta, pero caminando por los grandes pasillos, inhalé una suave fragancia que dejó mis pies clavados en el suelo. Todas mis emociones despertaron de golpe y en décimas de segundo, reviví todos los momentos junto a Marco.

Era su fragancia.

Cerré los ojos unos instantes y en cuanto su olor me devolvió su imagen, lo busqué con la mirada como una desesperada. Pero no se trataba de él, demasiada casualidad, ¿verdad?, que después de que no quisiera verme, termináramos haciéndolo en una perfumería.

El olor provenía de un chico que iba agarrado de la mano, imagino, que de su novio.

Olía de maravilla y sin querer, como quien no quiso la cosa, los seguí, hasta toparme con el frasco de perfume que Marco solía usar.

Llamadme loca, lo que queráis, pero no entiendo cómo no se me ocurrió antes. Quería seguir oliéndole, y ya que no podía hacerlo de cerca, lo terminé comprando para poder así, sentirlo. Era comprensible, ¿no? No había tenido ocasión de coger alguna de sus cosas cuando me traje todo lo que me pertenecía de su casa, no lo vi justo, ni siquiera marcharme de allí, de nuestro hogar.

A partir de ese momento, mi día se había vuelto gris y no tardé en volver a casa.

Rocié de perfume mi almohada y me tiré a la cama abrazándome a ella, cerrando los ojos e imaginándome que él estaba a mi lado.

Deseaba que los días pasasen rápido, volver a incorporarme al trabajo, que todo volviese a ser un poco como lo era antes. Solo pedía eso.

Vero y Melissa decidieron entre ellas, tenerme un poco controlada, asegurándose con las visitas, que llenaba mi estomago de comida sana y no de una infusión llamada café. Seguramente en su misma situación, yo actuaría igual o peor.

La tarde del jueves, convencí a Vero para que se marchara a tomar algo con sus compañeras de trabajo quedándome con María. Decidimos hacer galletas. Esa tarde me sentí un poco más animada por estar haciendo algo por mi mejor amiga. Ella también necesitaba distraerse, divertirse.

Vale, lo confieso, la intención de la niña y mía era, en un principio, hacer galletas; me había encargado esa mañana de comprar todo lo necesario que varias recetas de internet me pedían. Estaba claro que la cocina no era lo mío y nunca me preocupé de ello. Mi tía Pilar siempre se encargaba de hacer de comer y lo único que aprendí fue a hacer tortilla de patatas y alguna que otra cosa que me sacaba de varios apuros. De hambre no me iba a morir, pero la cocina, repito, no era lo mío.

—¿Crees que si me como esto, me dolerá la tripa? —La niña miraba desconcertada y poco convencida las... «galletas» que había sobre la bandeja. Sin poderlo evitar, solté una carcajada.

—Hagamos una cosa... —Intenté ponerme un poco seria—. Me tomo yo esta de aquí. —Cogí una de las últimas que habíamos hecho y que tenía una forma un tanto extraña—. Y esperamos media hora. Si la tripa no me duele..., puedes comerte una. ¿De acuerdo? —La niña no tardó en asentir con la cabeza mientras miraba todo a nuestro alrededor. A pesar de la apariencia, estaban buenas y terminamos la tarde tiradas en el sofá, viendo pelis de Disney que tanto le gustan a María y comiendo galletas.

A las nueve de la noche, justo en el momento que despedí a Vero y a María, me sorprendió encontrarme con Leo.

—¡Hola!

—Cuánto tiempo. —Se acercó y nos dimos dos besos. Entramos en casa y mientras él fue hasta el salón, yo fui a la cocina a coger una cerveza para él, que cogió con una sonrisa.

—¿A qué se debe tu visita? —Me senté a su lado.

—Tenía ganas de verte. ¿Qué tal estás? —Inspiré hondo—. Melissa me lo ha contado todo.

—Pues imagina cómo puedo encontrarme —dije con amargura.

—Tranquila, Laura. Lo único que tienes que tener ahora es paciencia. —Le ofrecí algunas galletas de las que habíamos hecho y, a pesar de la cara que puso al verlas, al probarlas le gustaron.

—Y dime, ¿cuándo vuelves a la oficina?

Volví a suspirar.

—Tenía pensado volver este lunes, pero por otro lado... —pensar en el mismo tema me creaba un nudo dañino de emociones.

—Se te echa de menos —dijo burlón arrancándome una sonrisa.

—¿Cómo van las cosas por allí?

—Melissa anda muy distraída últimamente. ¿Sabes si todo va bien? —El hecho de saber que no era la única en pensar que algo no iba bien, me dejaba algo más tranquila, aunque no me quitaba la preocupación.

—Pues no. Imagino que será por todo lo que está pasando —no quise darle más explicaciones y menos, mostrar mi intranquilidad. Leo ya hacia bastante en aguantarme.

Miró la hora en su reloj.

—Bueno, pues yo he quedado. —Inspiró una bocanada de aire—. ¿Te quieres venir? —Sonrió.

—Gracias, pero...

—Tranquila, lo sé —estaba tan acostumbrado a mis rechazos. —Lo acompañé hasta la puerta.

—Nos vemos el lunes, Leo. —Le di dos besos y cerré.

Mi preocupación por Melissa iba en aumento e intranquila, pensé en llamarla, aunque al final, por no agobiarla, decidí no hacerlo. Estuve un rato buscando algo interesante en la televisión, pero solo había basura, y decidí irme a leer a la cama, una novela de intriga y suspense, para así, conseguir olvidarme a ratos, de mi cruda realidad. |

Capítulo 3

Marco

Terminamos de cenar y ayudé a mi madre a recoger la mesa mientras mi padre se levantaba para encerrarse en su despacho y hablar de negocios con Lorenzo.

Todo había cambiado a mi alrededor, mi familia..., mis amigos... Hasta yo sentía que había cambiado, ni siquiera me conocía.

—¿Estás bien? —Esa era la pregunta que me hacía mi madre cada dos minutos. Le miré cansado y dejé los platos sobre la mesa de la cocina—. ¿De verdad que no quieres quedarte? —Había decidido seguir con mi vida normal, el trabajo, mis amigos... tal vez era demasiado pronto, pero lo necesitaba con urgencia.

—Sí, mamá, necesito volver a casa. —La miré a los ojos.

—¿Y si te mareas? ¿Y si ocurre algo? —Sacudí la cabeza.

—Mamá, me convenciste para que estuviera en casa contigo durante una semana, no ha pasado nada, y la tata estará allí, no te preocupes. No tiene porqué pasarme nada.

—¿Pero y si...?

—No, mamá —afirmé—. Deja de preocuparte, no es sano. Y sé que estás muy asustada por lo que pueda pasar, pero estaré bien y si pasa cualquier cosa o me noto raro, tranquila que iré al médico.

—¿De verdad?

—Qué sí, mamá... —Resoplé agobiado y para que se quedara tranquila, le di un beso en la mejilla.

Necesitaba con urgencia asimilar todo lo que había ocurrido mientras estuve en

el hospital, asimilar que los recuerdos de un año de mi vida, habían desaparecido.

—¿Llamarás a Laura? ¿Hablares?

Otra vez con la dichosa Laura...

—No me siento preparado para enfrentarme a una chica a la que no recuerdo. Además, creo que tengo otras cosas más importantes de las que preocuparme. — Mi tono irritante mostró lo que me había molestado la pregunta. Mi madre dejó de hablar, terminamos de recoger la mesa y decidí marcharme. Ya no me sentía cómodo.

En cuanto entré en casa, un olor femenino se coló por mis fosas nasales, dejándome casi en pausé, sin poder moverme, pensar..., reaccionar. Inhalé profundamente en varias ocasiones, pero ese olor no me devolvía ninguna imagen y a pesar de ello, sabía a quién pertenecía.

A ella.

Todo estaba como siempre, limpio, ordenado... Caminé hasta la habitación de Bella. Me arropó la nostalgia y volví a preguntarme lo mismo una y otra vez. La habitación estaba vacía, habían cambiado el color, se habían deshecho de todas sus cosas y yo no recordaba nada de lo ocurrido. Dejé caer mi cuerpo hasta el suelo y me desahugué. Sí, lloré, lloré como el día que la vi nacer y sentí que era el hombre más feliz del mundo. ¿Cómo enfrentarme a algo así? Era mi hija y no, no podía creer que Mónica me mantuviese engañado durante tanto tiempo. ¿Qué clase de estúpido era para no haberme dado cuenta antes? Tenía claro que no quería seguir siendo aquel hombre, me sentía tan estúpido, inseguro. En cuanto me recompuse, llamé a mi madre.

—¿Todo bien? —Su exceso de preocupación por mí, me hacía sentir el peor hijo del mundo.

—Sí, no te preocupes. ¿Qué ha pasado con la habitación de Bella? ¿Yo fui quien...

—No. Mientras estabas en el hospital, decidimos que lo mejor sería que nos deshiciéramos de todo lo que le pertenecía, al fin y al cabo... —Se tomó una pausa antes de seguir hablando—. No forma parte de nuestra familia.

—Para mí sí, mamá. Es Bella, por el amor de Dios.

Suspiré y sentí que ella hacía lo mismo.

—Lo siento..., creí..., creí que sería lo adecuado.

—No importa, mamá. Tal vez haya sido lo mejor, no lo sé —froté mi cara frustrado.

Tras despedirme de ella, colgué apenado. Medité varios minutos hasta que por fin me levanté, cerré la puerta de la habitación y caminé descalzo hasta la mía.

Todo estaba como recordaba; abrí las puertas del armario, mi ropa estaba intacta y sonreí, después de todo, mi habitación me pertenecía. Preparé el baño y permanecí casi una hora remojando mi cuerpo, intentando centrarme en mi respiración para así no pensar, como me recomendaba Gaia, pero era imposible. Mi cabeza era un bombardeo de imágenes incoherentes. Y, sin querer, pensé en Laura, preguntándome cómo se sentiría, qué clase de preguntas se haría, como reaccionaria al verme y lo peor de todo, ¿cómo reaccionaría yo? Ya de por sí me sentía un miserable, una persona insegura, perdida. Me era imposible pensar en un acercamiento por mi parte a una persona que esperaba todo de mí.

Me agobié, desde que desperté, todo eran las mismas preguntas y los mismos sentimientos.

El agua resbalaba por mi cuerpo y alcé mi mano para coger mi albornoz. Por inercia, me fui a la cocina, a mi rincón de pensar, a mirar hacia esas vistas que tanto me daban en mis momentos de preocupación. Me preparé un café y allí me quedé, absorto en mis pensamientos, hasta que el sonido de mi móvil me devolvió a la realidad.

Miré la pantalla, el nombre de Mónica aceleró mis pulsaciones. Tras no encontrarla en su casa, decidí que había sido lo mejor y tras varios días pensando, supe que era mejor no buscar explicaciones a una mentirosa.

Bajé el volumen de la llamada y volvió a insistir en un par de ocasiones más, pero no hice caso. Cuando decidí que ya era hora de marcharme a la cama, el olor a perfume femenino me recibió en la almohada. Al principio me costó dormir, me imaginé a esa chica sufriendo por mi culpa y a mí huyendo como un

cobarde en vez de enfrentarme a mis propios problemas. A la vida real que me estaba tocando vivir.



Capítulo 4

Laura.

Me levanté dos horas antes de que sonara la alarma. Por fin me incorporaba al trabajo y me sentía muy nerviosa después de tanto tiempo haciéndolo desde casa, evitando así las preguntas y las miradas lastimera de mis compañeros.

—¿Nerviosa? —preguntó Melissa desde el otro lado de la línea.

—Me siento rara, pero para nada nerviosa —mentí a sabiendas de que no podía engañarla.

—¿Me prometes que tendrás cuidado? —su tono preocupante me hizo sonreír con cierta pena.

—Sabes que siempre tengo cuidado.

—Es mucho tiempo sin coger una moto y...

—Melissa, en serio, deja de preocuparte. La pierna no me duele y estoy altamente capacitada para conducir y, si me lo propongo, podría hasta con un camión.

—Deberías pensar en comprarte un coche.

—Valeeee —respondí con tal de que dejara tanto de preocuparse y de darme la lata con el tema del coche. Entendía su preocupación, tras el accidente, sufrí varias heridas en la pierna derecha, me operaron y aún no había adquirido la fuerza necesaria. Pero estaba capacitada para conducir y, sí, también pensé en la idea de comprarme un coche. Me despedí de ella y me puse el casco con cuidado.

En cuanto escuché el sonido de mi moto, mis problemas desaparecieron como por arte de magia, sintiendo que volvía a ser yo y aunque esa sensación solo duró hasta que llegué a la sede, mereció la pena.

Melissa me ayudó a prepararlo todo para poder traer mi moto a pesar de que no estaba de acuerdo, pero lo necesitaba.

Bajé con nostalgia, entré al edificio y saludé a la recepcionista que se mostró muy contenta al verme y tras charlar unos minutos, caminé por los pasillos recordando la primera vez que vi este magnífico lugar, lleno de mensajes motivadores.

Ese día me sentí menos nerviosa de lo que estaba en ese momento. Entré en mi sala y mordí mi labio inferior en un arrebato de vergüenza al ver que Leo se levantaba para darme un abrazo.

—Me alegro mucho de volver a verte. —Se separó y me miró de arriba abajo—. Estás guapísima. —Supe que me mentía. Me dio un beso en la mejilla y sonreí.

Fui hasta mi mesa. Varias sensaciones se instalaron en mi piel, en mi cuerpo... Cogí aire en varias ocasiones y tras encender el ordenador, preparé varios archivos que me había propuesto tener listos para ese día.

Por momentos, me quedaba mirando la puerta del despacho de Marco, recordando todo lo que había ocurrido entre nosotros. Cerré los ojos y volví a coger aire. Juro que me había preparado para la vuelta, pero todo me superaba.

—¿Un café? —Leo me sacó de mis pensamientos. —Las mañanas no han sido lo mismo sin ti. —Divertido me guiñó el ojo. Acepté con desesperación, necesitaba salir de ahí. Nos fuimos hasta la pequeña cocina, que entre todos habíamos bautizado, y Leo se encargó de prepararlo todo.

—Que sepas, que en tu ausencia he estado practicando. —Alzó las cejas divertido, mientras se acercaba a mí con la taza en la mano.

—Gracias. —Supe que quería hacerme reír y con una tímida sonrisa, se lo agradecí.

Tomé el café en silencio ante la mirada de analítica que me lanzaba Leo.

—No creo que venga hasta dentro de unos días —dijo al fin, encogiéndose de hombros—. ¿No? Imagino que se tomará su tiempo, descansar y eso...

Su comentario me pilló por sorpresa.

—No me recuerda, Leo —dije apenada—. Y creo que he perdido toda esperanza en que llegue a recordarme algún día. —Desvié la mirada hacia la ventana, centrándome en las imágenes lejanas y le di un último sorbo a mi café. No hicieron falta las palabras entre nosotros, me dio un abrazo y cerré los ojos, aliviando por un instante mi dolor—. Gracias —dije en cuanto se separó de mí.

—Para eso estamos los amigos, no lo olvides. —Nos miramos a los ojos.

Sonreí.

No tardamos en volver a la sala dónde los documentos esperaban. Me paré en seco en cuanto le vi de espaldas. Sentí que el corazón se me paraba, que no podía respirar. Mis pies se habían quedado clavados en el suelo y su olor... ¡Dios!, su olor me volvió a transportar a todos esos recuerdos que tanto echaba de menos. En cuanto se dio la vuelta, su mirada chocó con la mía. Su mandíbula se tensó y rápidamente desvió su mirada hacia Leo. Me sentí horrible. Con un apretón de manos, se saludaron y cuando llegó mi turno, un incómodo silencio se apoderó de nosotros. Mis piernas temblaban y la boca del estómago empezó a molestarme. Lo observé en silencio, deseaba tocarle, besarle...

—Hola —saludé primero.

—Hola... —Evitaba mirarme a los ojos—. Laura, ¿verdad?

Intenté no darle importancia a su forma de dirigirse a mí.

—Sí. —Casi no me salía la voz y tuve que aclararme la garganta—. ¿Qué tal te encuentras?

—Bien, con ganas de incorporarme al trabajo y ver todos los cambios que ha habido en mi ausencia. —Por la forma de gesticular, entendí que no tenía ganas de hablar, y menos de hacerlo conmigo—. Bueno, si me disculpas... —Me estrechó la mano con educación—. He de ir a mi despacho. —Se dio la vuelta y se marchó. Yo seguía clavada en el suelo, sin poder moverme. Leo había desaparecido y no me di cuenta de ello. Lo agradecí, porque me sentía el ser más estúpido de la tierra, y como pude, llegué al baño.

Necesitaba respirar. Lavé mi cara, y me miré en el reflejo buscando mi propia mirada, y lloré, lloré mucho.

Quise abandonar, tirar la toalla, salir de la oficina, irme a casa y esconderme

como los cobardes en la cama, esperando que por arte de magia todo se solucionara. Pero tampoco fui capaz.

Cuando volví a mi mesa de trabajo quise hacerlo aparentando una tranquilidad que no tenía. Traté de ocupar mis pensamientos en todo el

trabajo que tenía pendiente, para así no pensar, olvidar que Marco estaba a escasos metros de mí.

Olvidar su olor...

—¿Todo bien? —Leo preguntó desde su mesa. Asentí con la cabeza sin abrir la boca, sin ganas de explicar o tratar de buscar las palabras adecuadas a todo lo que estaba sintiendo.

La mañana fue muy dura, demasiado trabajo que quería cargar a mis espaldas creyendo así que todo sería menos doloroso. Estaba claro que no estaba preparada para nada de lo que ocurría a mi alrededor. Su olor estaba más presente que nunca y saber que lo tenía tan cerca... disparaba los latidos de mi corazón.

La impotencia y la rabia comenzaban a consumirme.

Melissa llegó tarde esa mañana. Con una mirada de disculpa, se acercó hasta mí.

—Laura, cariño, lo siento, no lo sabía.

—No te preocupes. —Fingí una sonrisa.

Me dio un beso en la mejilla y desapareció de mi vista, entrando en el despacho de su hermano.

Ahugué un suspiro y, cuando quise darme cuenta, Leo me observaba perdido en sus pensamientos.

—¿Te apetece que nos vayamos a comer? —preguntó al cabo de un rato, acercándose hasta mi mesa.

—No tengo mucha hambre. —Miré la hora en mi reloj—. Además, aún es pronto.

—Laura, necesitas tomarte un descanso, te noto muy agobiada. Venga, no seas cabezona y vámonos.

Tenía razón, necesitaba un respiro, salir de allí, aunque solo fueran unos minutos

y poder así distraerme. Fuimos caminando por una calle estrecha decorada por bonitas plantas llena de flores de época, dando color a cada paso.

Un pequeño restaurante asomaba al fondo.

—Es uno de los mejores restaurantes de la zona, que conozco —dijo un Leo tranquilo, colocando su mano en la parte baja de mi espalda antes de entrar al local.

—Gracias. —Sonreí sincera.

—¿Por qué?

—Por sacarme de allí. —Suspiré de manera profunda—. Lo necesitaba.

Un camarero bastante amable, saludó a Leo con bastante confianza y nos llevó hasta una mesa al fondo del local, junto a un pequeño patio interior, lleno de plantas y flores que desprendían una fragancia primaveral. Aspiré el aroma con ganas mientras Leo pedía el plato del día para los dos.

—¿Te gusta el sitio? —preguntó, sirviendo agua en una de las copas que tenía delante.

—Es muy acogedor. ¿Vienes mucho? —Di un sorbo para humedecer mis labios.

—Suelo venir a desayunar de vez en cuando, aquí conocí a mi chica.

Mis labios dibujaron una sonrisa.

—¿Qué tal te va con ella? No he tenido ocasión de preguntarte. —Tragó saliva y sacudió la cabeza.

—No estamos juntos. Decidimos que lo mejor para los dos era dejarlo.

—Lo siento.

—No te preocupes. Ahora dime, ¿cómo estás?

Me encogí de hombros y le miré a los ojos.

—Si te soy sincera... —Bajé la mirada—. No estoy bien. Lo único que me apetece es meterme en mi cama, llorar.

—¿Y qué crees que conseguirás con eso, Laura?

—Que pase el tiempo, ¿tal vez? —Resoplé con fuerza—. No sé hasta dónde

me va a llevar todo esto y estoy muy asustada, Leo. —Me incliné hacia el—. ¿Qué pasa si no me recuerda jamás?

No supo qué contestarme.

—La verdad, no sé qué decirte para que te sientas mejor y para serte sincero, no quiero decirte algo que sé que quieres oír. Porque yo no lo sé y nadie podrá saberlo nunca. Solo decirte, como ya te dije en tu casa, que tengas paciencia, eso es todo. —Agarré su mano y la apreté con fuerza.

—Gracias. —Cerré los ojos, evitando así dejar salir mis lágrimas. Últimamente, la palabra gracias era la más usada por mi vocabulario.

No llegué a comerme todo el plato de pasta que trajo el camarero como primer plato, tampoco pude con el segundo y ni siquiera lo intenté con el postre. Mi estómago estaba cerrado y si lo forzaba, lo único que conseguiría sería lastimarme.

Volvimos a la oficina. Melissa había dejado una nota sobre mi mesa avisándome de que se habían marchado a comer.

No tardó en volver y lo hizo sola.

—Laura —llamó mi atención—. ¿Puedes pasar un momento? —No dudé en levantarme—. Perdona, pero he tenido una mañana un poco ajetreada.

—No te preocupes. —Cogí aire y me senté.

—¿Cómo estás?

—Bien... —Mentí, haciendo un mohín con la boca.

—He estado hablando con él—. Mi pulso se disparó—. Ha decidido incorporarse al trabajo sin decirle nada a nadie. Cree que le vendrá bien.

Tragué saliva.

—¿Por casualidad habéis hablado de mí?

—Suele desviar el tema. —Suspiró apenada.

—Trataré de hacer mi trabajo lo mejor posible e intentaré no agobiarle. —Suspiré pensativa—. ¿Él..., está bien? —pregunté antes de levantarme.

—No. —Su mirada se entristeció—. Está igual que tú. —Lo dudé—. Muy perdido y no sé cómo hacer para que se encuentre mejor.

—No dejes de estar a su lado. —Me levanté—. ¿Te importa si me voy antes a casa? Estoy cansada.

—Claro, sabes que por mí no hay ningún problema.

Me despedí de ella con un beso y un abrazo de esos que parece que te dan vida. No hizo falta explicarle cómo me encontraba, lo supo. Cuando salí, recogí mis cosas ante la mirada de Leo.

—¿Te marchas ya?

Cogí mi bolso.

—Sí, estoy un poco cansada.

En cuanto arranqué la moto, solté todo el aire acumulado en mi interior. Me puse el casco y nada más acelerar, empecé a verlo todo con otra respectiva. Tras un rato meditando lo que se me pasaba por la cabeza, terminé parando frente al edificio que meses atrás, se había convertido en parte de mi hogar. Lo pensé mucho, tal vez no era buena idea estar allí, o tal vez sí. No lo tenía claro y las dudas me hacían sentir más perdida. Allí estuve un buen rato, como una tonta, con el casco en la mano, mi bolso colgado en el brazo y sentada en el banco que tenía al lado, mirando hacia el edificio donde vivía. O era hablar con él, o esperar por un milagro de Dios, que él decidiera hacerlo. Y eso no iba a pasar, cada minuto del día lo tenía aún más claro. Cogí aire y decidí subir. Reencontrarme con el pasillo que me llevaba hasta la puerta de su casa se me hizo doloroso. Me ahogaba con mi propia respiración y, mentalmente, ensayaba todo lo que quería decirle.

Indecisa, cerré los ojos y toqué el timbre. Nadie abrió, así que llamé de nuevo. Esperé un rato con la esperanza de que la puerta que tenía delante por fin abriera, pero no hubo suerte y no fue hasta que me di la vuelta, cuando la sentí. Me giré con el corazón en un puño y me encontré con su mirada confusa.

—Hola. —Me acerqué y sonreí nerviosa.

—¿Qué haces aquí?

—Creo... —Mi voz empezó a traicionarme. Me aclaré la garganta—. Creo que deberíamos hablar.

Abrió más la puerta invitándome así a entrar.

Miles de sensaciones recorrieron mi cuerpo en cuanto llegué hasta el salón. Todo estaba igual que la última vez. Me senté en el gran sofá y le observé, hasta que él hizo lo mismo. Sonreí para mis adentros al ver que mis plegarias para que saliera de esta, fueran escuchadas.

—¿Quieres algo de beber? —Lo noté nervioso.

—No te preocupes. —Humedecí mis labios. Hubo un silencio bastante intenso y ruidoso entre los dos, hasta que por fin se dispuso a hablar.

—¿Cómo estás? —Juntó las palmas de sus manos. Melissa tenía razón, estaba perdido—. No he sido muy cortés esta mañana cuando te he visto.

—Tranquilo. ¿Cómo estás tú? —Mordí mis labios.

—Lo siento —contestó sin mirarme, tocando su pelo.

Quería abrazarle, decirle que todo saldría bien y que no tenía nada de lo que preocuparse; yo estaría ahí, esperándole toda mi vida. En ese momento, las ganas de llorar se me acumularon, me lo quedé mirando aprovechando que él no lo hacía, y me recreé en su imagen. Moriría por él, si hiciese falta. Lo quería tanto..., lo echaba tanto de menos..., lo necesitaba más que el respirar.

Una lágrima logró escapar y conforme resbaló por mi mejilla, la atrapé con la palma de mi mano.

—No tienes de qué preocuparte —murmuré—. Sé por lo que estás pasando y no debe de ser nada fácil. —Por fin me miró.

—He leído la carta. —Tragué saliva—. Varias veces. —El corazón aceleró mi respiración—. No logro recordar nada. ¿Seguro que ese del que hablas soy yo? ¿Seguro que soy así?

Mis manos temblaban al compás que mis piernas y lo miré atónita ante su pregunta.

—¿Por qué lo preguntas? —Frotó su cara y se puso en pie dándome la espalda.

—Es que... —Se giró rápidamente. Su mirada fue penetrante, tanto, que se me secó la boca—. Me niego a creer que ese al que describes sea yo. Yo...

—Eras tú te guste o no, ese es al Marco que conocí. Del que me enamoré. —

El nudo de emociones que intentaba tragar, rasgaba mi garganta, dolía.

—Mira, quiero ser franco contigo, de verdad. —Se tapó la boca y escuché sus resoplidos. —No podía dejar de mirarle, observar su cuerpo e imaginar que todo se trataba de un maldito sueño, que se inclinaría, besaría mis labios y olvidaríamos todo esto. —Yo no he podido estar enamorado, es imposible. —Me impactó el tono que usó para decirlo. Volvió a doler—. Siempre he tenido las cosas claras, y... perdóname. No es que seas fea, pero no eres para nada mi estilo. Yo siempre me rodeé de mujeres de otra clase... —Levanté las cejas con énfasis y decidí ponerme de pie y no sabéis como lamenté, haber tenido la maravillosa idea de ir hasta allí.

—¿Pones en duda todo lo que he escrito? ¿Crees que me he inventado a un Marco porque al único que tú recuerdas es al ser egoísta que solo se rodea de otra clase de mujeres? —Me crucé de brazos—. ¿Crees que nunca fui lo suficiente para ti? ¿Es eso? ¡Claro! Como Don perfecto no podía estar con una simple masajista con un pasado traumático casi sacado de una película, ¿verdad? —Me observaba sin decir nada, hasta que me quedé en silencio y lo reté con la mirada.

—A esto es a lo que me refería. —Su voz sonaba suave, tranquila—. Me has pintado como al hombre perfecto y yo no soy así, Laura.

—Sé de quién me enamoré —afirmé—. Y claro que no eres perfecto, tampoco quiero eso. Me enamoré de ti, no de tu perfección. Nunca, nunca, en el tiempo en que estuvimos juntos, me hiciste de menos como has hecho hace un momento.

—No era esa mi intención, lo siento.

—No, está claro que no. Tal vez no conté todo, o el cien por cien, de todas nuestras vivencias, porque hay muchas, y hay peleas, y hay de todo, Marco. Pero al que describo ahí es a ti, eres tú y solo tú. —Cogí mi casco, que había dejado con cuidado en el sofá —Creo que ha sido mala idea venir aquí.

—Yo no te lo pedí.

Cogí aire y sonreí apenada por lo que estaba ocurriendo, por el giro que estaba dando todo.

—Tienes toda la razón, siento si he molestado. —Y caminé hasta la puerta, decidida a marcharme y no volver nunca más.

No pude contener el llanto mientras conducía a gran velocidad por la carretera a pesar de que perdía visibilidad. Tardé dos horas en llegar a casa y mi móvil tenía varias llamadas perdidas de mis dos amigas. Tuve que sacar fuerzas de donde no las tenía para descolgar en cuanto volvió a sonar.

—¡Dios, Laura! Qué susto me has dado. ¿Estás bien? —preguntó una Melissa preocupada.

—Sí, no te preocupes. Me entretuve dando una vuelta —intenté sonar tranquila.

—¿Quieres que vaya a casa? ¿Cenamos juntas? —A Melissa no había quien la engañara. Me aclaré la garganta.

—Voy a darme una ducha, leeré un poco, cenaré y me iré pronto a la cama —decirle que no hacía falta que viniera sería como decirle que lo hiciera y me apetecía estar sola.

Me preparé un baño y procuré que este fuese relajante. En cuanto el agua con aroma a lavanda cubrió mi cuerpo, cerré los ojos.

Lloré, no podía evitarlo.

Las emociones, los sentimientos, lo que estaba ocurriendo sobrepasaban los límites a los que estaba dispuesta a llegar, no era justo. Me había estado preparando, pero dolía, sentía como mi alma se partía en trozos pequeños, repartiéndose por todo mi cuerpo.

Tal vez era hora de olvidarme de todo. Llené mis pulmones de aire, para eso no estaba preparada, para olvidarle y empezar de nuevo, pero... ¿y si eso era lo que suponía que tenía que hacer?

Capítulo 5

Marco

Volver al trabajo había sido una pésima idea. Dejé de redactar un correo para un cliente que ni siquiera recordaba. Tapé mi cara con las manos, froté mi rostro y suspiré con ganas. Necesitaba volver a recordar o me volvería loco.

Cada día se hacía más difícil, y la visita de Laura no mejoró la situación. El teléfono interno del despacho me despertó de mis pensamientos. Era Leo, me comunicaba que Mónica estaba al otro lado de la línea.

No sé si la decisión fue la acertada, pero decidí que ya era hora de enfrentarme a mi nueva realidad.

—Hola... —Su dulce voz me evocó varios recuerdos del pasado que sentía cercano.

—¿Qué quieres? —Cerré los ojos e intenté sonar autoritario.

—Te he estado llamando...

—Lo sé —interrumpí.

Silencio.

—Solo quería saber cómo te encontrabas. —Su voz se desquebrajó y tras unos segundos escuchándola llorar, colgué.

Ni siquiera me atreví a preguntarle por qué lo hizo. Mi móvil sonó. De nuevo era ella. Descolgué, levantándome de mi asiento.

—¿Qué quieres Mónica? ¿No has tenido bastante con reírte de mí durante

todo este tiempo, que aún sigues queriendo hacerlo?

Caminé de un lado a otro.

—Marco... —Lloraba—. No es lo que tú piensas, durante este tiempo he pensado en todo lo que ha ocurrido. —La escuchaba sin abrir la boca—. Tuve miedo de contarte la verdad. ¿Cómo iba a decirte que Bella no era hija tuya, si ni siquiera yo lo sabía? —Seguí callado—. Lo siento, ¿vale? Me equivoqué, lo hice mal, lo estropeé todo. Me puse celosa cuando apareciste con aquella chica. Sabía que solías andar con mujeres, pero nunca te duraban más de una noche y, cuando te vi con ella, por primera vez en mucho tiempo, me sentí celosa, sentí que te perdía.

Respiré fuerte con la intención de que me oyera.

—¿Ya has terminado? —Me paré en seco en mitad de mi despacho.

—Lo siento, Marco. Créeme.

Cerré los ojos con fuerza.

—No vuelvas a llamar. —Y volví a colgar.

Tras la inesperada llamada, me sentí aún más extraño. Una parte de mí me decía que había sido demasiado duro; la otra, que me había quedado corto. Me castigué preguntándome por qué no la había denunciado en su momento, por qué dejé que pasara todo lo que ocurrió con Laura, conmigo. ¿A qué tenía miedo? ¿A enfrentarme a los problemas? Tal vez siempre fui así, un imbécil.

Me debía tanto a mí mismo...

A mediodía, salí del despacho cansado. No tardé en encontrarme con su mirada triste, llena de reproches, buscando respuestas al igual que yo. No me atreví a dirigirle la palabra y como pude, la saludé con un gesto de cabeza. No quise ofenderla en mi casa, ¿Cómo se me ocurrió decirle aquella gilipollez? «Yo no he podido estar enamorado, es imposible» «No eres para nada mi estilo. Yo siempre me rodeé de mujeres de otra clase» ¿Qué sabía yo?

Si la visita de Laura no mejoró, mi comentario terminó de estropearlo todo.

Bajé hasta mi coche con una sensación rara en el pecho.

Dicen que el olor es como una máquina del tiempo, que te transporta a recuerdos que no creías tener, pero su olor dulce, no me llevaba a ninguna parte, solo a respirar una fragancia agradable. Ella no se había dado cuenta, o sí, no lo sé. Caminaba delante de mí por el pasillo. Yo volvía al despacho tras ir a por algo para comer, la vi dirigirse a la cocina, dónde varios empleados se reunían para tomar café o charlas mientras se tomaban un pequeño descanso.

Dejé la bolsa con un bocadillo y algo para beber sobre la mesa.

Solté todo el aire que tenía acumulado y me aflojé un poco la corbata, me ahogaba. Miré mi agenda y comprobé la fecha que tenía para acudir a la consulta de la psicóloga, Gaia. Me tranquilizó saber que solo me quedaban dos días. Tal vez ella me guiaría hasta las soluciones que necesitaba.

La tarde pasó demasiado lenta, no logré la concentración y no dejaba de pensar en todo y en nada al mismo tiempo. No salí del despacho, no me sentí ni con fuerzas, ni con ganas de enfrentarme a su mirada. Sentía vergüenza por mi comentario, por sentirme tan vulnerable...

Era temprano cuando al día siguiente me fui hasta mi despacho. Inspiré hondo. El aire parecía marearme y tuve que apoyar la mano contra la pared para no perder el equilibrio. La sensación solo duró unos segundos, pero los suficientes para preocuparme. Pasé la mañana relejendo documentos y los contratos acordados con los clientes a los que me tenía que enfrentar más adelante.

Me desconcentré varias veces volviendo a pensar lo mismo, pero seguí los consejos de Gaia y noté algo de mejoría, lo suficiente para poder adquirir la información básica que necesitaba. A la hora de comer, sin ganas de salir del despacho, le pedí a Leo que se encargara de traerme comida china. No tardó en hacerlo.

—Ya está aquí todo lo que ha pedido, señor. —No recordaba que fuese tan educado y que mantuviese tantas distancias hacia mi persona.

—Puedes tutearme. —Le miré extrañado—. Déjalo sobre la mesa. —Seguí mirándolo y, antes de que llegase a la puerta para marcharse, le pedí que me acompañase. Dudó un instante y finalmente aceptó. Colocamos toda la comida sobre la mesa que tenía reservado para reuniones y nos mantuvimos en silencio. Estaba incomodo, así que me lancé a preguntar todas las dudas que me estaban

surgiendo justo en ese momento.

—¿Qué opinas... sobre la relación que mantenía con Laura?

Volvió a comportarse dudoso, inseguro. Tragó saliva y se aclaró la garganta.

—¿Qué quieres saber en concreto? —No tardó en meterse un poco de comida en la boca.

—¿Se nos veía enamorados?

—Sí, bueno... —Se tomó una pausa, se encogió de hombros y terminó de tragar—. Sí.

—Sé sincero conmigo, por favor —Rogué.

—No quiero meterme dónde no me llaman, yo... —Se limpió la boca varias veces con la servilleta con tal de evitar mi mirada.

—¿Has hablado con ella?

—Sí. —Por la forma de gesticular, creo que a él también le iban surgiendo dudas y preguntas—. ¿Es verdad que no recuerdas nada del último año? —Asentí un poco confundido—. ¿Y te han dado alguna esperanza de que puedas recordar?

—Sí. —Sonreí nostálgico—. Seguir con mi vida, ir a una rehabilitación que he pasado por alto y asistir a terapia. Aunque... ¿cómo seguir con mi vida si no la recuerdo? —Me reí ante mi pregunta.

—Creo que el truco es estar relajado, si te agobias obligándote a que los recuerdos aparezcan, será más complicado.

Cogí aire, desde que desperté había olvidado qué era estar tranquilo, relajado.

—A lo mejor eso es lo que a mí me está pasando. —Llevé la mano hasta mi frente—. Que me exijo mucho y, bueno..., la carta. —Me recosté en mi asiento. La verdad es que hablar con alguien que estuviese fuera de mi entorno me estaba sentado bien, casi tanto como hablar con Gaia—. Dios, la carta me está dando muchos dolores de cabeza.

—¿Carta? —Abrió los ojos sorprendido.

—Sí, el médico le recomendó a Laura escribir una carta contando nuestra vida juntos.

—Vaya... —Se quedó pensativo—. Nunca escuché algo así, la verdad. ¿Y por qué no te olvidas de la carta?

—¿Crees que sería lo mejor? —Dudé. ¿En serio le estaba pidiendo consejo a uno de mis empleados?

—Claro. Que sea lo que tenga que ser y ya está, ¿no? Intenta no agobiarte, las cosas pasan por algo, creo yo.

Sonreí.

—¿Cómo era nuestra relación? —varias dudas me asaltaron tras recordar lo que leí en la cara.

—¿Qué quieres decir?

—¿Solíamos hablar con frecuencia? ¿Nos llevábamos bien?

Sonrió.

—La verdad es que nuestra relación era básicamente relacionada con tema de trabajo, nuestro trato siempre fue cordial. Pero me ha gustado este trato tan cercano, podríamos repetirlo... —Tragó saliva—. Bueno, si quieres.

—Me gustaría. Me ha venido bien hablar con alguien que no esperase algo de mí.

—Puedes contarme lo que quieras cuando lo necesites. Te ayudaré en todo lo que pueda, Marco, de verdad.

—Gracias, Leo.

—¿Puedo hacerte otra pregunta?

—Claro —parecía más seguro de sí mismo.

—En la carta leí... —le miré fijamente a los ojos. —Qué le dijiste a Laura que yo había tenido relaciones con la antigua traductora —tragó saliva y me miró confundido. —Le aconsejaste que tuviera cuidado conmigo.

—Creo que no sé de lo que me estás hablando. ¿Estás seguro?

—Sí —saqué el papel dónde se mencionaba el tema.

—Nunca dije algo así. Hablaré con Laura y aclararemos este tema.

—No por favor, prefiero olvidar el tema. Solo quería que me lo confirmaras.

—De nuevo más dudas. Si Laura había mentido en eso ¿En qué más? Tenía que hablar con Melissa de este tema.

—Nunca me metería en algo así, no después de todo lo que hicisteis por mí.

—Siento si te ha incomodado la pregunta.

—Olvidado.

Capítulo 6

Laura

Un poco apagada, volví a mi mesa al llegar de comer; bueno, si lo que se supone que hice fue comer, porque apenas probé bocado. Encendí el ordenador e intenté concentrarme en el trabajo, que era lo único que me mantenía ocupada, aunque para qué negarlo, era muy difícil a sabiendas de que él estaba al otro lado de la pared. Sabía perfectamente que no se dejaba ver por mí. ¿Acaso me tenía miedo? ¿Qué se supone que le había hecho yo? Leo aún no estaba en su mesa y me sorprendió verle salir del despacho de Marco. Sonreí como pude y me morí de ganas por preguntarle qué hacía allí dentro. Pero mordí mi lengua y lo observé durante unos segundos, hasta que el sonido de su móvil le desvió de su camino y terminó saliendo fuera para atender la llamada.

Respiré hondo, cerrando los ojos al tiempo que tragaba saliva y me obligué a dejar de pensar, como si eso fuese fácil.

A las seis de la tarde, Melissa salió de su despacho. En cuanto vi que se dirigía hasta mi mesa, sonreí.

—¿Te apetece salir a tomar algo? Te veo cansada.

Me recosté en mi asiento y llevé la mano derecha hasta mi frente. Sí, estaba cansada, muy cansada, pero todo era mental.

—Lo único que me apetece es ir a darme una ducha, meterme en la cama y poder dormir.

—No seas aburrida. Tienes 27 años, hoy has trabajado mucho y tienes a una jefa molona que quiere invitarte a tomar algo. ¿En serio te vas a negar?

—¿Tengo alguna opción?

—No, por supuesto que no. ¿Qué clase de amiga sería si te diera opciones?

Los días pasaron demasiado rápido, y en vez de sentir que avanzaba, cada día, todo iba retrocediendo. La idea de que Marco empezase a recordar algo parecía cada vez más difícil, como un sueño imposible. Mi ánimo iba cayendo y sabía que no podía seguir así. Me evitaba, era evidente, y terminé poniéndoselo fácil; trabajar desde casa con tal de no tener que hacer que me viese; salir antes del trabajo, llegar más tarde que él.

Blanca nos invitó a Vero y a mí a ir a casa. Aprovechando que el buen tiempo estaba cerca, hicieron una barbacoa. Mi idea era no asistir, él estaría allí y sabía que no estaría cómodo. Pero Melissa y Vero me obligaron y mi intención era no quedarme mucho rato, inventarme una excusa y volver a casa cuanto antes.

Nada más bajarme del coche, sentí que me faltaba el aire. No estaba preparada porque sabía que él no estaba preparado para enfrentarse a mí, a su presente mientras trataba de averiguar su pasado.

—Tranquila, Laura —murmuró Vero cogiendo a María en brazos tras bajarla del coche. Melissa me miró y sonrió.

Accedimos a la casa por la puerta que daba al jardín. Sus preciosas flores daban un toque primaveral por adelantado.

—Pero qué bonito, mami, yo quiero vivir en una casa así —comentó la pequeña mientras caminaba embobada, agarrada de la mano de su madre.

Blanca, al vernos, se acercó hasta nosotras para saludarnos.

—Qué alegría que por fin decidierais asistir. —Sabía que el comentario iba dirigido a mí, ya que le mostré mi inseguridad desde el primer momento.

—Gracias a ti por habernos invitado. —El abrazo duró más de la cuenta y fue gratificante. Blanca me transmitía tanto con tan poco...

Mientras Melissa saludaba a todos los presentes, un camarero nos ofreció una copa que Vero y yo no tardamos en coger y, entonces, le vi acercarse hasta dónde nos encontrábamos. El corazón empezó a latir de forma desesperada y de un trago, me bebí la copa.

—Vero, se acerca —dije sin darme cuenta de que en mis manos ya había otra copa llena.

—¡Joder! Estás dando la nota ahora mismo, tranquilízate.

—¿Y cómo coño quieres que me tranquilice? Viene hacia aquí.

Y así fue. Marco se colocó frente a nosotras, saludó a Vero con dos besos y a la niña que se le quedó mirando. Cuando llegó mi turno, casi no me lo podía creer. Sus labios se acercaron a mi mejilla y por un momento sentí que me moría.

—¿Qué tal estás? Casi no te veo por la oficina. —Su comentario me dejó un poco... confusa.

—Sí, bueno, a veces me gusta trabajar desde casa —mentí, ¿de qué iba su pregunta? Me descolocó por completo.

—Espero que lo paséis bien. Mi madre ha traído de todo, como veis —¿Qué pretendía? ¿A qué venía ese cambio? ¡Estaba hablando con nosotras!, ¡conmigo! ¡Conmigo! Y me había dado dos besos. Cuando me quise dar cuenta, Melissa estaba a mi lado, sonriendo. ¿Tendría ella algo que ver?

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó la niña mientras no dejaba de tirar de su camisa, que le hacía mucho más joven de lo que ya parecía.

—¡Claro que me acuerdo de ti! Sé que te gustan mucho las chuches, ¿verdad? —María se abrazó a su pierna. Por su cara, imaginé que no supo qué hacer en ese momento, me miró..., le miré y sonreí, cogiendo a la niña en brazos.

—¿Cuándo vamos a ir al parque con la tía Laura? ¿Es que aún no te acuerdas de ella? ¿Porque te has olvidado de nosotras? ¿No nos quieres? —Las preguntas de la niña eran como un bombardeo. Vero no tardó en convencerla para ir a dar otra vuelta.

—Lo siento mucho. —No sabía dónde meterme. Mantuve la respiración durante unos segundos y poco a poco la fui expulsando para conseguir relajarme.

—No te preocupes, los niños son niños y, bueno... —Marco se quedó un instante pensativo—. Creo que debería darte muchas explicaciones.

—No, no, no. No tienes que darme ningún tipo de explicación. —Toqué mi pelo.

—Por lo menos déjame explicarte por qué no me he acercado a ti en todo este tiempo.

No le dejé seguir hablando. Humedecí mis labios.

—Imagino por lo que estas pasando. Yo..., bueno, intento ponértelo fácil. Y no te preocupes, para mí lo más importante es que estés bien, de verdad. —Me llevé la mano al pecho, hablaba con sinceridad.

—He retomado el deporte. —Sonríó sincero, relajando su postura.

—Me alegro mucho. —Le devolví la sonrisa.

—Bueno, espero verte más por la oficina. Voy a saludar a algunos invitados que acaban de llegar. Hasta luego, Laura.

Y se marchó.

Y me sentí vacía.

Y ridícula.

Sí, así era como me empezaba a sentir, una completa ridícula. Y lo peor de todo ¿sabéis qué era?: que no me estaba ni dando cuenta.

—Por favor, ¡pellízcame! —le pedí a Vero en el baño. Se encogió de brazos y haciéndome caso, me pellizcó.

—¡Ay! —grité—. No tan fuerte, bruta. —Llevé mi mano hasta la mejilla mientras me miraba al espejo—. ¡Dios! ¡Me ha besado, Vero! ¡Me ha besado!

María nos miraba como si estuviéramos las dos locas.

—Es lo normal, ¿no?

—No pienso lavarme más la cara.

La puerta del baño se abrieron y contuve el aire un instante hasta que vi a Melissa y pude así respirar.

—¿Qué os pasa? Se os oye desde el jardín. —Me miró—. ¿Estás bien?

—Tu hermano me ha besado.

—¡¡No!! —Miró a Vero, a María, que no sabía dónde meterse, y volvió a mirarme.

—En la cara y no en los labios —dejó claro Vero antes de que Melissa se pusiera a dar saltitos.

—Un beso es un beso, da igual dónde se haya dado. —Nerviosa, volví a encontrarme con mi mirada en el espejo y ahí fue cuando me di cuenta. La sonrisa se me borró de la cara—. ¿Has tenido tú algo que ver? —Me giré hacia Melissa.

—Pues no, y si me metiese, iría a conseguir algo más que dos besos en la cara.

—Tu hermano ha estado hablando conmigo.

—¿Y eso te da a pensar que yo he tenido algo que ver? —Me la quedé mirando.

—Me ha dicho... —Me acerqué a ella—. Que deberíamos hablar. Arrugó su frente.

— Me parece bien, pero yo, te aseguro que no he tenido nada que ver.

Volvimos al jardín. La niña terminó acaparando la atención de todas nosotras, nos obligó a pasear y Melissa tuvo que hacer de guía turística, hablando de las flores que decoraban el entorno a nuestro paso, contó anécdotas de cuando ella era niña y, poniendo voz dramática y misteriosa, nos reveló sus escondites secretos. Decía que solía esconderse y nunca nadie la encontraba. Sonreí al ver a la niña mirarla atenta, con los ojos bien abiertos, y me sentí muy orgullosa de Melissa. Los niños se le daban muy bien. Si alguna vez fuese madre, creo que sería la mejor. Yo escuchaba lo justo, con la mirada busqué en varias ocasiones a Marco, pero no lograba encontrarlo y pronto empezaría la barbacoa.

Una punzada de nervios se instaló en la boca de mi estómago, pensando que volvía a evitarme y esa pequeña conversación, solo había sido una manera de apaciguar el tema o solo para que los demás vieran que no iba tan mal la cosa. «Seguro que era eso lo que ocurría», pensé con un sentimiento de pena que cada vez se hacía más grande y doloroso en mi interior.

Esa sensación me provocó la necesidad de que, si eso fuera así, solo él podría aclarármelo de una vez por todas. Llevándome por el instinto, supe dónde se encontraría, así que me ausenté de la pequeña caminata y entré en casa. Accedí por las escaleras y llegué hasta la entrada a su habitación. Respiré hondo un par de veces antes de tocar la puerta y en cuanto me armé de valor, golpeé suavemente la madera con mis nudillos.

Mi respiración aceleró mis pulsaciones.

Sentí miedo por su reacción, miedo por dónde me llevaría todo eso y miedo por estar sacando las cosas de contexto, ya no sabía que pensar. Cuando la puerta se abrió, y su mirada se encontró con la mía, dejé de sentir mi pulso. Tragué saliva.

—¿Qué haces aquí? —Su tono de voz era un síntoma de que mi presencia le molestaba.

—Llevaba un buen rato sin verte y...

—¿Y qué te ha hecho pensar que estaría aquí?

Dolía su forma de hablarme, de mirarme como si fuese una extraña. Me aclaré la garganta.

—Porque te conozco, Marcos.

—¿Que me conoces? —Soltó una carcajada con ironía cortándome así la respiración—. No, no me conoces, no me conoces nada en absoluto. —Su mirada se endureció, pero permanecí allí, de pie, como una idiota sin dejar de mirarle.

—El hecho de que tú ahora no sepas quién eres, no quiere decir que yo tampoco tenga que saberlo. Marco, me importas...

—Si te importara tanto, deberías haberte dado cuenta de que lo que quiero es que me dejen en paz. No quiero verte, no quiero saber nada de mi pasado...

—Nunca supiste mentir lo suficiente. —Ahora la que se rio irónica fui yo. ¿A quién pretendía engañar? Estaba cagado de miedo y no iba a dejarlo solo, no. Se

adentró en su habitación y accedí, cerrando la puerta tras de mí—. Ahí fuera me dijiste que teníamos que hablar... te has mostrado...

—Mi madre nos estaba mirando, si me acerqué a ti, fue porque me lo había pedido. —Estaba a punto de derrumbarme. Cerré los puños conteniendo la rabia.

—¿Y lo de hablar? —Terminé cruzándome de brazos.

—No creo que tú y yo tengamos nada de lo que hablar.

—Pues a mí me parece que deberíamos hablar, y mucho. —Me retó con la mirada, pero no me achanté. Ya estaba cansada de tener que ir agachando la cabeza, sintiéndome culpable—. Y si tú no quieres hablar, haz el favor de escucharme de una puta vez, que creo que yo tengo voz y voto, porque, si no te has dado cuenta, yo sufrí ese accidente contigo. —Levanté mi vestido enseñando la cicatriz en mi pierna—. Me operaron. Los primeros días no tenía sensibilidad en una de las piernas, mi cabeza era un continuo bombardeo de imágenes. Dos días estuve en coma, ¿sabes? Y lo primero que hice al despertarme fue preguntar por ti. —Me miraba sin saber qué decir—. Y no, no te estoy reprochando nada, pero yo pasé también lo mío. Y, a día de hoy, lo sigo pasando porque el hombre al que creí perder en ese puto accidente, hoy en día, gracias a Dios que despertó, no quiere saber nada de mí. ¿Te avergüenza la carta? ¿Te avergüenza algo de lo que digo? Porque si es así, no estás actuando como un valiente, sino como un cobarde. ¿A sí es como arreglas las cosas? ¿Qué pasa?, ¿creías que la mujer que debería estar a tu lado tenía que ser del mismo nivel social que tú? ¿No te vale con que fuera masajista?

—Por favor, para. No quiero saber nada y esa parte la he leído ya muchas veces.

—Pero nunca me has preguntado, Marco. —Empecé a elevar la voz casi sin darme cuenta—. No te has atrevido a mirarme a la cara. ¿Te has parado a pensar cómo me siento yo? Me evitas. ¿Qué te he hecho para que te comportes de esa manera?

—Lo siento, Laura, pero no, no puedo.

—¿Que no puedes qué? ¿Te importaría ser un poco más claro? —Resopló agobiado y me miró sin saber que decir—. Mira, estoy cansada. —Dejé caer los brazos—. Cansada de esperar algo que no llega, de esperar a que te acerques a mí y me hagas alguna pregunta, no sé. Tengo que aguantar ver cómo me

rechazas, cómo te escondes de mí y, ¡joder!, ¿qué te acerques a mí solo porque tu madre te lo ha pedido? ¿Tan poco valgo? —Negué con la cabeza pestañeando varias veces, evitando así llorar. Humedecí mis labios y sonreí triste. Levanté la barbilla—. Solo por todo lo que me estás haciendo sentir no mereces siquiera que te lo ponga fácil. Porque yo merezco ser feliz, al igual que tú.

—Nadie te ha pedido que no seas feliz. —Frunció el ceño—. Nadie te ha pedido que esperes algo de mí, ni que vengas aquí a soltarme una charla que tampoco te he pedido. Así que, si te sientes así, no es mi culpa, sino tuya por esperar algo que, mira, ya te lo adelanto, no va a llegar.

Empecé a romperme en mil pedazos...

—Pues si es así, desde este mismo instante... —Me llené de valor—. VETE A LA MISMA MIERDA. Y, SI PUEDE SER, ¡NO VUELVAS! Si este al que estoy conociendo es el verdadero tú. —Rabiosa, me incliné hacia él—. Mejor que no me recuerdes nunca, porque a lo mejor, el día en que tu mente quiera poner de su parte, será demasiado tarde para ti. —Y dejándolo con la palabra en la boca, me di la vuelta aguantando la respiración y me marché de allí. Me dolía el pecho, el alma y no podía hacer nada para remediarlo.

Intenté cambiar la cara en cuanto me iba acercando de nuevo a las chicas, sonreír como si no hubiera pasado nada. Pero por la forma que las dos tenían de mirarme, deduje que era imposible poder ocultarles algo.

—No preguntéis, por favor —Pedí uniéndome a ellas.

—Mi hermano, ¿verdad? —Melissa sonrió, me agarró de la cintura y me empujó hacía ella.

—Prefiero no hablar. —El nudo que se estaba formando en mi garganta casi no me dejaba articular palabra. Quería marcharme de allí, no estaba a gusto y no quería estar dónde él estuviera, me sentía tan despreciada—. ¿Os importa si me marcho? No me encuentro muy bien.

—No vamos a dejar que te marches. Debes ser fuerte —comentó Vero.

—Mirad, chicas. —Miré a las dos—. No puedo más. No se trata de ser fuerte o débil, sino de que no me apetece estar aquí; quiero... necesito estar sola, pensar... y, por favor, no me obliguéis a quedarme. —Quería gritar, decirles que no tenían ni idea del esfuerzo que estaba haciendo. Para nada me consideraba débil, simplemente me sentía derrotada y, a veces, aceptar una derrota no es

malo.

—¿Quieres que te acompañe? —Vero me miró preocupada, negué con la cabeza sin abrir la boca.

Por fin lo entendieron.

Me despedí de ellas y salí de aquella casa con la excusa de que no me encontraba bien. Nadie me creyó, pero no hicieron preguntas y lo agradecí.

En la puerta me encontré con Lorenzo. Caminaba de un lado para otro, perdido en sus pensamientos mientras le daba una calada a un cigarrillo. En cuanto se dio cuenta de mi presencia, lo tiró como si le quemara y no tuve más remedio que reírme ante su gesto.

—Hola. —Me acerqué a él y le di dos besos. Hacía varias semanas que no sabía nada de él y me alegraba haberlo encontrado.

—Lo estoy dejando —se excusó apurado—. Me alegro de verte. —Me miró extrañado—. ¿Te marchas, ya? —Asentí.

—No me encuentro muy bien. —Por la forma de gesticular con la cara y la forma de mirarme, tampoco creyó mi excusa—. La verdad es que necesito salir de aquí —terminé confesando.

—¿Te llevo a casa?

—No, no te preocupes. ¡Además!, todos deben de estar esperándote, eres casi como de la familia.

Se tomó una pausa.

—Y tú, no lo olvides. ¡Venga! Sube al coche que te llevo. —Me di cuenta de que él también necesitaba salir de allí—. O mejor, ¿tienes hambre?

Su impaciencia y la forma que teníamos los dos de escapar me hizo reír, así que terminé subiendo a su vehículo.

Media hora más tarde, paró el coche. Caminamos durante unos diez minutos entrando por una calle de casitas de planta baja y me sorprendió encontrar un restaurante típico español.

—Imagino que echarás mucho de menos tu tierra —dijo antes de entrar al local.

—Echo de menos muchas cosas —contesté apenada.

Lorenzo se encargó de abrirme la puerta del establecimiento y se lo agradecí con una sonrisa. El lugar era acogedor, olía a paella, a tortilla de patatas, y el olor me transportó a mi casa, a mi antigua vida. Había cambiado todo tanto... y mi pasado, empezaba a ser mi único recurso para escapar y volver a empezar de nuevo. El local estaba lleno de familias con sus hijos, parejas, amigos... El camarero nos llevó hasta una mesa apartada del bullicio y lo agradecí. Nos dejó el menú sobre la mesa y tomó nota de las bebidas.

—¿Te gusta la paella? —preguntó un Lorenzo divertido ojeando la carta.

—Sí. —Sonreí.

—Paella para compartir, por favor —comunicó al camarero en cuanto se acercó a traernos las bebidas.

Suspiré, bebí de mi refresco y miré hacia todos lados. No sabía qué decir y Lorenzo me miraba.

—¿Vas a contarme qué es lo que te ocurre?

—Es complicado. —Aparté la mirada, llené mi vaso de agua y, con tal de no contestar, o más bien pensar qué decirle, bebí sin ganas.

—Bueno, puedes contar conmigo si necesitas hablar con alguien. No saldrá de aquí. —Divertido me guiñó un ojo.

Suspiré, resoplé, cogí aire y, al final, la necesidad de hablar con alguien me hizo desahogarme con la última persona que nunca imaginé hacerlo.

—No soporto ver que Marco no me recuerda, ni tampoco cómo me trata.

—Imagino. —Se quedó pensativo—. La situación debe ser muy difícil para los dos.

—¿Difícil? —Apoyé el peso de mi cabeza en una de mis manos—. Casi no como, no duermo, no soy capaz de pensar. He dejado de ser yo. Paga toda su frustración conmigo y... ¡Joder! No sé qué hacer. —Cerré los ojos intentando tragar así mis sentimientos—. Hace un rato le mandé a la mierda. —Sonreí nerviosa, recordando la cara con la que se había quedado.

—Es un buen paso. —Rio él también.

—¿Sabes? —Mis dedos largos y finos jugueteaban con la servilleta—.

Siempre fui una chica muy insegura.

—¿Y por qué, si puede saberse? —Lorenzo me miraba con curiosidad. Pero, justo en ese momento, el camarero nos interrumpió colocando la paella sobre la mesa.

—No sé, tal vez perder a mis padres en aquel accidente e irme a otro país sin conocer el idioma hizo que mi autoestima bajara. Siempre me sentí diferente, sin opciones.

—Tuvo que ser muy difícil crecer sin unos padres en los que apoyarse.

—Demasiado difícil. Bueno, no lo sé. —Froté mi cara—. Conozco a gente que, teniendo padres, tampoco tienen en quién apoyarse. —Me encogí de hombros—. Todo es difícil. Por suerte yo tenía a mi tía. —Sonreí al recordarla—. Ella me dio todo lo que necesitaba, aunque en su momento no me daba cuenta de ello. —Lorenzo permanecía en silencio—. Este accidente me ha hecho revivir toda mi infancia, la pérdida de mis padres y ahora la de Marco.

—¡Ey! —Agarró mis manos. Lo miré sorprendida ante su gesto—. No has perdido a Marco, por suerte él está bien. Hay que darle tiempo.

—Creo que hay alguien ahí arriba que no quiere que sea feliz.

—Creo que has ganado muchas cosas desde que llegaste, ¿no crees?

Cogí una bocanada de aire, lo necesitaba.

—Sigo igual que vine. Ahora mucho peor, aunque, bueno... —Mordí mis labios—. Vero está a mi lado, con su hija... Adoro a Melissa...

—¿Ves? Piensa en todo lo que vas a conseguir a partir de ahora y no pienses en lo que has perdido. Mira siempre hacia adelante y si miras hacia atrás que sea para ver todo lo que has logrado, Laura.

Tenía razón.

Hacía tiempo que no tomaba una rica paella como aquella y empezaba a encontrarme mucho mejor.

—Gracias. —Sonreí tras dejar los cubiertos sobre el plato ya vacío. De nuevo, tras dos minutos como mucho, el camarero nos dejó el postre. Torrijas, que

Lorenzo se había encargado de pedir sin que me diera cuenta.

—¿Gracias? —Levantó las cejas divertido—. ¿Y eso por qué?

Sonreí algo avergonzada.

—Por escucharme y no tratar de convencerme de algo.

—Creo que eres lo suficiente madura e inteligente para saber qué es lo que tienes que hacer. Yo tampoco lo tuve fácil, por eso te entiendo.

Lo miré con pena y rápidamente quise cambiar de tema.

—Bueno, ¿y cómo conociste este sitio?

—Pues... —Cogió aire—. Hace muchos años, conocí a una chica en este mismo lugar, justo donde tú estás sentada.

—¿En serio? ¿Y qué ha pasado? Bueno... —Me avergoncé de inmediato por mi atrevimiento—. Perdona si te ha molestado mi pregunta.

—No, tranquila. —La sonrisa del hombre que tenía delante me tranquilizó—. Fue hace muchos años, antes de conocer a la madre de Alexia. Tendría unos... diecisiete años recién cumplidos. Tenía a varios amigos que solían veranear en España y me hablaron de este sitio. Fue entrar... —Sus ojos se humedecieron y sentí su pena—. Y la vi sentada. Fue amor a primera vista —apuntó orgulloso—. Pero... —Apartó la mirada un instante. Yo lo miraba atenta, aquello tenía pinta de ser una historia de amor muy bonita.

—¿Y qué pasó? —Necesitaba saber más.

—Estuvimos saliendo unos meses, los meses más bonitos de mi vida. —Sonrió y yo también—. Pero todo lo bueno siempre termina acabando. Me centré en mis estudios y ella terminó conociendo a un chico unos años mayor que ella.

—¿Y no volviste a saber nada de ella?

—Sí, bueno, nos estuvimos viendo de vez en cuando, nos mandábamos cartas. Yo tenía un padre bastante severo. Solo quería que me centrara en mis estudios, que ninguna chica me terminara nublando la cabeza. —Puso los ojos en blanco y volvió a coger aire—. Según él, mi madre influyó muy mal en sus decisiones y no pudo terminar la carrera al quedarse embarazada de mí. —Vaya con mi cambio de tema. Sorprendida, me llevé las manos a la boca—. Aquella chica se quedó embarazada.

Mis ojos se abrieron como platos.

—¿De ti? —Él asintió—. ¿Y..., y tuvo al bebé?

—Sí. Pero mi padre se enteró y todo se torció. Planeábamos una vida juntos. Tenía claro que ella era la mujer de mi vida y me iría de casa para sacar a mi familia adelante, porque eso éramos: una familia. Pero no me dio tiempo, mi padre me mandó al extranjero a terminar mis estudios y no volví más a saber de ella. —Un nudo de emociones se creó en mi pecho.

—¿Y sobre tu hijo? ¿No lo has buscado?

—No, Laura.

—¿Y por qué? —Respiré fuerte—. Como hija, sé que mi padre está vivo y hubiera dado lo que fuese para que él me hubiese buscado, preocupado por mí. No sé...

—No es tan fácil.

—Sí, sí que lo es. Ese niño...

—Ese niño, a lo mejor no sabe ni quién soy yo. ¿Cómo presentarme y romper toda su vida?

Me quedé en silencio sin saber que más decir, pensativa.

—¿Y ella?

—Ella murió.

Qué mal me sentí en ese momento.

—Lo siento..., yo...

—La familia de su madre se hizo cargo de él y llámame cobarde, o lo que quieras, pero a pesar de que aún no he dejado de pensar en esa criatura, lo mejor que he podido hacer es permanecer alejado. No hice bien en su día y no puedo aparecer ahora... como si no hubiese pasado nada.

—Puede que tengas razón, pero no deja de ser tu derecho y el suyo también. A lo mejor él lo sabía y lleva toda la vida preguntándose por ti. Como he hecho yo desde que supe que mi padre seguía vivo. Y el hecho de que en su día no hicieses las cosas bien, no quiere decir que se deba seguir haciendo ¿no?

—¿Qué pasaría si tu padre apareciese ahora? ¿Cómo reaccionarías?

Tuve que coger aire antes de responder.

—Lo mío es distinto.

—No es tan distinto, Laura. Te has criado con un familiar y tu padre estaba haciendo su vida. ¿Qué sentiste? ¿Alegría, tristeza?

—Rabia, porque no me hubiese buscado.

—Y si apareciese ahora. —Me miraba fijamente a los ojos.

—No lo sé —dije al fin.

En silencio, terminé mis torrijas, él apenas probó bocado y me sentí la peor persona del mundo. El sonido de su móvil nos sacó a los dos de nuestros pensamientos y con una mirada de disculpa, se levantó a atender la llamada. No tardó en volver.

—Vas a tener que disculparme, pero mi hija está muy preocupada. Me marché sin decirle nada. ¿Te importa si nos vamos?

—No, claro. Tu hija primero, siempre. —Se aclaró la garganta ante mi comentario.

—Te llevo a casa.

—Oh, no, no te preocupes. Creo que no ando muy lejos y me apetece caminar. —Cogí mi chaqueta, a juego con mi vestido, junto al bolso que Melissa me había dejado.

Me adelanté a pagar la cuenta.

—La próxima, invito yo. Esta vez has sido demasiado rápida. —Reímos los dos a la vez y, al final, terminó convenciéndome y subí al coche.

Hicimos el trayecto en silencio, escuchando una bonita melodía de una famosa cantante italiana que comenzaba a hacerse hueco en el mundillo. El coche paró frente al edificio dónde vivía.

—Gracias por todo, Lorenzo.

—A ti.

Nos dimos dos besos y salí del coche.

Capítulo 7

Marco

Las palabras de Laura me dieron que pensar. Tenía razón y no podía seguir así. ¿Qué me estaba ocurriendo? No dejaba de analizar nuestra conversación, examinar la rabia que sentía cuando la tenía delante sin saber de dónde venía. Estaba siendo un maldito egoísta, ella también sufría, yo no iba solo en el coche, ella podía haber muerto y todo, por mi culpa. Huía de la realidad y tendría que enfrentarme a ella tarde o temprano y mi comportamiento, no era una solución. Lo único que estaba consiguiendo con mi actitud, era agravarlo todo. ¿Qué pasaría si una mañana me levantase recordando todo?

Bajé las escaleras con la intención de disculparme con ella, pero no la encontré y cuando me acerqué a mi hermana para preguntarle, enfadada me cogió del brazo llevándome hasta un lugar apartado, casi todo el mundo se había sentado para comer a la mesa del jardín.

—¿Pero a ti que te pasa? —Preguntó sin dejar de mirarme.

—No entiendo.

—Pues tonto no eres para no entenderme. Mira, hago todo lo que está en mi mano para no atosigarte, para darte espacio, comprenderte y Laura hace lo mismo. He de ver a mi mejor amiga llorar, sufrir ¿Acaso no te das cuenta que no está bien lo que estás haciendo? ¿Qué te estás equivocando?

—Melissa, solo quiero disculparme con ella, tienes toda la razón. —Mi hermana me miró en silencio, respiró fuerte y se inclinó hacia mí.

—No entiendo que es lo que te pasa, nunca quieres hablar. ¡Joder, Marco! Soy

yo, Melissa.

—Lo sé y lo siento. Pero cada día, cada minuto que pasa, todo es mucho más difícil.

—Laura se ha marchado a casa. Así que, si quieres disculparte con ella, será mejor que vayas y lo hagas como Dios manda.

Enfadada, pasó por mi lado y volvió con los demás.

Me sentí un ser miserable. ¿Quién se ponía en mi lugar? No dejaba de sentirme solo y a pesar de que Laura era la única que se acercaba, yo no dejaba de echarla de mi lado. «¡Maldito idiota!», me dije un poco cansado de toda esta situación.

Durante la comida, no puede evitar pensar en ella, en su forma de hablarme, en su mirada. Pillé en varias ocasiones a Vero mirándome y no era una mirada simpática precisamente, así que, tras terminar, no dudé en acercarme a ella.

—Hola, ¿qué tal lo estás pasando? —fingí una sonrisa y traté de ser lo más amable que pude.

—¿Qué quieres? ¿Acaso tu madre o alguien de tu familia nos está mirando? —Me dejó tan cortado que no supe que decirle. —Acabo de hablar con Laura y me lo ha comentado. ¿Y sabes por qué? —se inclinó apuntándome con el dedo. —Porque tratamos de que no tire la toalla contigo, que te de las oportunidades que te hagan falta, pero al final, su salud terminará dañándose.

—Tú no eres nadie para hacerle creer que algo va a salir bien, cuando no depende de ti. Ni siquiera depende de mí.

—Te has vuelto un capullo sin sentimientos, Marco. No, no te conozco.

—Yo a ti tampoco. —Soltó una carcajada irónica. —En la carta, tu querida amiga me hablaba de ti con dedicación y admiración, pero por la forma que me estás tratando ahora mismo, cuando mi intención era pedirte el número de Laura para poder disculparme con ella y que me estés recibiendo de esta manera... me parece un poco egoísta de tu parte. —Para mi sorpresa, sonrió.

—Espero que así puedas, aunque solo sea un poquito, poder entender lo que siente Laura cada vez, que, con buenas intenciones, se acerca a ti. —Y sin más, se dio la vuelta y se marchó.

Tenía tanta razón...

No tardé en marcharme tras excusarme de que empezaba a dolerme la cabeza. Subí al coche y tras pensarlo mucho, decidí ir hasta la calle dónde vivía Laura, pero mi cobardía, impidió que saliera del coche.

Qué manera tenemos los humanos de complicarlo todo.

Volví a casa dudando, peleando conmigo mismo y me di cuenta, que desperté en el hospital siendo una persona totalmente distinta, siempre fui un hombre con unos principios claros y sentía que lo perdía todo a cada paso que daba. ¿Podría ser todo, a causa de la maldita carta que me descolocó por completo? Respiré fuerte.

—No lo sé—, me contesté.

Me di una larga ducha, disfrutaba sintiendo el agua caer por mi cuerpo. Cerré los ojos y deseé ser esa persona, ese hombre que Laura describía en la carta.

—Podría intentarlo—, me dije hablando en voz alta.

Suspiré frustrado, confundido ante mis propios pensamientos. El agua no dejaba de caer por mi cuerpo y entonces, su imagen apareció en mi mente, su sonrisa. Sus ojos verdes me miraban con intensidad cambiando el tono de su color..., sus labios..., tan cerca de los míos.

No fui consciente de que mis latidos se habían acelerado al pensar en ella. Intenté imaginármela, aquí, en la ducha, conmigo, como ella describía en la carta y lo conseguí. Sentí como sus manos buscaban mi piel, oí su sonrisa y me estremecí. «¡Joder!» pensé, abriendo los ojos de par en par. Cerré el grifo. Me coloqué el albornoz, me sequé y me vestí todo lo rápido que pude.

De nuevo, salí de casa.

Allí me encontraba, frente a su puerta. Me temblaba las piernas, mis manos sudaban. Las ganas de salir corriendo volvieron a mí, pero traté de ser más fuerte que mis impulsos y conseguí, a pesar de todo, estirar mi brazo y llamar al timbre.

Tardó en abrir, imaginé que se sentía igual de confundida que yo al encontrarme allí, frente a la puerta de su casa, cagado de miedo y supe, que mantenía la respiración por la forma de mirarme.

—Hola... —me aclaré la garganta. De repente, era como si no supiese lo que tenía que decir. —Perdona que haya aparecido sin avisar. ¿Estás ocupada? —Sus ojos brillosos confesaron que había estado llorando.

—No, tranquilo —abrió la puerta echándose a un lado dejándome así acceder. Caminé por el pasillo y tuve la sensación de que conocía esa casa y no me equivoqué, cuando sin sus indicaciones, llegué hasta el salón.

—¿Quieres darme tu chaqueta? —se la di y comprobé que antes de colgarla, ella aspiró mi aroma.

—Hola —dije al tenerla delante.

—Hola —con un gesto me pidió que me sentará en el sofá. —Justo ahora iba a picar algo para comer. ¿Quieres beber algo?

No sé qué es lo que me pasaba, me costaba hablar...

—Agua —dije al fin.

Miré todo a mi alrededor con la esperanza de que mis recuerdos se activaran, pero no fue así y cuando quise darme cuenta, ella volvió al salón, dejando delante de mí, unos vasos y una botella de agua.

Decidí levantarme a echarle una mano y antes de entrar en la cocina, la observé en silencio sin que ella se diese cuenta. Vestía con un pijama de color rosa y llevaba el pelo recogido en un moño. Se dio la vuelta en un gesto involuntario y al verme allí, apoyado en el marco de la puerta, dio un respingo, a punto de caerse el plato que acababa de coger. De una zancada me acerqué a ella para ayudarla.

Nos miramos a los ojos, ninguno de los dos habló.

Cuando volvimos al salón, tras dejar el plato con empanadillas recién hechas, ella dejó una ensalada y una tortilla de patatas.

—Son las primeras que hago —dijo refiriéndose a las empanadillas. Espero que hayan salido buenas —se sentó a mi lado.

Observé sus ojos verdes y comprobé como cambiaban de color.

—Laura... —empecé a decir. —Quería pedirte perdón por mi comportamiento de esta mañana.

Cerro los ojos un instante.

—Yo también quería pedirte perdón. He sido una mal educada por mandarte a la mierda.

Me reí.

—Lo tenía bien merecido. He estado comportándome como un auténtico gilipollas, lo siento.

Ella sonrió y fue entonces, cuando descubrí como el pulso se me aceleró, como mi estómago se encogió.

—Disculpas aceptadas. Marco... —jugueteó con los dedos de sus manos. — Sé que no es fácil, levantarte un día, no recordar nada y descubrir cosas desagradables, entre ellas, yo.

—No seas tonta, Laura, por favor. No eres desagradable, te has mostrado muy amable conmigo en todo este tiempo mientras yo... en cambio...

—No dejes de preguntarme cómo puedo ayudarte.

De nuevo, nos miramos en silencio.

—Fuiste muy clara esta mañana. Tu eres la única que puede darme todas las respuestas que ando buscando.

—O tal vez, no. ¿La carta, te ha ayudado, o te ha generado más preguntas?

Suspiré.

—Todo genera preguntas y creo, que las respuestas están en mi interior, guardadas en alguna parte.

—¿Vas a terapia? —su mirada era tan cálida... familiar...

—Sí. Pero de momento, solo me sirve para sacar todo lo que tengo dentro. La psicóloga me dice que tenga paciencia, que intente no exigirme tanto, pero, ¿Sabes lo difícil que resulta todo esto?

—Me hago una idea —colocó su mano sobre la mía. Se me erizó la piel y noté como su respiración se aceleró, contagiando la mía.

—Me gustaría que me hablaras de nosotros, de cómo era mi vida antes del accidente. —Le pedí con voz ronca, se me había secado la boca. Cogí el vaso con agua que minutos antes me había llenado y di un pequeño sorbo.

—Te hablo de nosotros en la carta—. Suspiró apenada.

—No quiero que me cuentes como nos conocimos. Quiero que me hables de lo que no has escrito. —Su mirada era de confusión—. Necesito que me cuentes como soy realmente. —Ella seguía mirándome, sin abrir la boca. —Mira, siento mucho todo lo que te estoy haciendo pasar. —bajó la mirada—. Pero necesito encontrarme en todos los sentidos. No me conozco, ni ahora, ni en la carta. Necesito que alguien...

—¿Qué clase de persona te transmito que eres en la carta?

—No sé, pero no quiero aceptar que yo soy ese de ahí.

—¿Y por qué no? —sonrió, su sonrisa era preciosa, me gustaba—. Solo puedo hablar de lo que he vivido contigo, no... no puedo decirte más. Desde el minuto uno, siempre me pareciste un hombre maravilloso y conforme te fui conociendo, me pareciste humilde... sincero. No sé —se encogió de hombros.

Me miró avergonzada.

—¿Tienes fe en mí? —me tomé una pausa. —¿Crees que podré superar esto?

Nos miramos a los ojos fijamente, y como si estuviéramos sincronizados, suspiramos a la vez.

—Tengo fe en ti y en el caso de que... bueno... no volvamos a estar juntos, siempre querré estar a tu lado, como amiga.

—Yo no tengo fe, Laura —llevé mi mano hasta su mejilla, toqué su pelo. — Todos tenéis tantas expectativas y me da mucho miedo no poder estar a la altura suficiente para poder superar esto.

—¿Has pensado que es lo que tú quieres, en vez de pensar en lo que quieren los demás? —la pregunta me hizo pensar. —Olvídate de lo que a mí me gustaría, o de lo que los demás quieren, piensa en ti.

—Si pienso en mí, soy un egoísta y no quiero eso. Los dos íbamos en ese coche.

Apartó la mirada un instante.

—Para mí, quejarme es muy fácil porque yo soy quien lo recuerda.

—Lo siento mucho, de verdad. —Me acerqué a ella con la intención de darle un abrazo.

Miré sus labios... y no pude evitarlo, tuve la necesidad de probarlos.

—Marco... —una lágrima resbaló por su mejilla y la atrapé con la yema de mis dedos.

—Lo siento... —cerró los ojos. —Solo quería comprobar una cosa.

—¿La has comprobado? —tragué saliva.

—No me ha dado tiempo —dije bajito.

—Puedes volver a intentarlo, si quieres... —fue lo último que me dijo. Sin rodeos, volví a acercarme a sus labios, los toqué con los míos y con delicadeza, abriéndome paso hasta su interior, nuestras lenguas se enredaron despacio, con mucho mimo. Mi corazón latía deprisa y comprobé, poniendo la mano sobre su pecho, que el suyo también. Pero no pude seguir... y terminé apartándome.

—Lo siento... —intenté disculparme y ella colocó su dedo índice en mis labios que aun quemaban, evitando así que siguiera hablando.

—No te preocupes, espero haberte ayudado —sus ojos se humedecieron y por primera vez desde que desperté, me puse en su lugar. La abracé.

—Si alguna vez recuerdo la memoria, no me lo podré perdonar.

Capítulo 8

Laura

Coloqué mis dedos sobre mis labios y los acaricié. Aún sentía el sabor de sus besos, su tacto, su lengua..., su aliento. ¡Dios!, cuanto lo echaba de menos.

Esa noche casi no dormí, no por nada, sino por la emoción de volverle a sentir, de creer por un instante, que todo volvía a la normalidad. Me levanté con energía, con ganas de volver a ser esa Laura a la que no solo mis amigas echaban de menos, sino yo también. Necesitaba reencontrarme con urgencia y sentí que había llegado el momento. Volví a tener esperanza y él me la proporcionó, me dio ese pequeño empujón que tanto había estado necesitando.

La felicidad absoluta no duró mucho.

Cuando vi llegar a Melissa, me preocupé por su estado. Traía mala cara y casi no hablamos en toda la mañana. Sabía que algo no iba bien y cuando quise acercarme a su despacho, ella se marchaba. Se excusó diciendo que había pasado muy mala noche, que necesitaba descansar y que creía que había cogido algún virus, pero yo no era tonta y cuando algo no iba bien, lo sabía. Le di un abrazo y un suave beso en la mejilla.

—Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme, por favor —dije en voz baja.

Marco salió varias veces de su despacho y empezó a relacionarse con los empleados. Se tomó un café con Leo y luego, sin esperármelo, me pidió que lo tomara con él.

—¿Qué ha pasado? No esperaba tener tanto trabajo —bromeé, echando el azucarillo. Me miró con una sonrisa de medio lado y me cautivó como si fuese la primera vez que lo hacía.

—He empezado a mover ficha. Hablar contigo me ha ayudado a tomar varias decisiones—. Sonreí. Me alegraba mucho por ello—. He hablado con varios clientes y he hecho algunas ofertas.

—Tú también me hiciste tomar algunas decisiones tras la conversación —dije divertida.

—Me alegro, Laura. Por cierto —dijo antes de darse la vuelta para marcharse, tras terminar de un trago su café—, me gusta verte así de feliz...

¡Dios! ¿No se daba cuenta de que mi felicidad total, y casi absoluta, era él?

El pequeño descanso no duró mucho así que no tardé en volver a mi mesa de trabajo.

—¿Qué tal? Veo que las cosas empiezan a ir mejor, ¿no? —Leo preguntaba sonriente, acercándose hasta mi mesa. Cogió una silla y se sentó a mi lado.

—La verdad es que sí. —Mis labios se estiraron tanto...

—Ojalá todo salga bien. —Acarició mi mejilla—. Te mereces todo lo mejor, Laura. —Sonreí ante su comentario.

No tardé en llamar a Melissa en cuanto decidí salir a comer algo. Necesitaba saber cómo se encontraba. Tras marcar su número, me preocupó que tardase tanto en coger la llamada.

—¿Todo bien? —Su tono era cansado.

—¿Cómo te encuentras? —Me sentí aliviada al escuchar su voz.

—Pues estaba en la cama, tengo algo de fiebre.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que al salir me pase por tu casa?

—No, no. No te preocupes. Mi madre ya se ha encargado de todo, acabo de tomarme la medicación que me ha proporcionado el médico de la familia y he decidido tumbarme un rato a ver si se me pasa este maldito dolor.

—¿Al final se trata todo de un virus?

—Sí, pero no es nada importante. Solo necesito descansar.

—¿Te llamo luego?

—No, mejor te llamo yo, ¿de acuerdo? —Tras despedirme de ella y colgar, seguía estando preocupada.

Cuando volví a la oficina, el teléfono no dejaba de sonar y al ver que Leo no se encontraba, me atreví a atender la llamada apuntando los recados en una hoja en blanco que encontré sobre la mesa.

Sabía que no era la única que se sentía un poco desbordada con el trabajo. Marco estaba solo y sin Melissa, pensé que todo se le complicaría.

Me coloqué frente la puerta del despacho, no pude evitar preguntar si necesitaba alguna ayuda extra. Golpeé de forma suave la gruesa madera y esperé alguna señal por su parte para poder entrar. Cuando la obtuve, abrí con cuidado.

—Perdona que te moleste —hablé despacio—. ¿Necesitas que te ayude en algo? Casi he acabado de pasar unos informes y Leo aún no ha llegado. —Su cara reflejaba cansancio.

—Gracias, Laura, pero de momento lo estoy llevando medianamente bien. — Se pasó la mano por el cuello y humedecí mis labios.

—¿Te duele algo? —Caminé decidida hasta él.

—La cabeza lleva doliéndome desde ayer, pero no te preocupes. Creo que es tensional, porque los calmantes no me ayudan.

He llegado a la conclusión de que a veces es mejor no pensar las cosas más de dos veces, aparece el miedo, te hace dudar y no deja que avances como pensaste en un principio. Así que no lo dudé y amasé su cuello con mucho cuidado, con mimo....

—No hace falta... no quiero... —Se quedó en silencio y pude sentir cómo se iba relajando. Me gustaba esa sensación.

—Tienes todo esto engarrotado. ¿Cómo no quieres que te duela? —Mordí mis labios. ¡Dios!, tocarle era un sinfín de emociones positivas—. Estás haciendo demasiado—. Le quité la chaqueta mientras él se dejaba hacer. Desabroché con cuidado los botones de su camisa y tuve que aguantar la respiración mientras dejaba sus hombros al descubierto.

Un cosquilleo se instaló en la boca de mi estómago y bajó sin escrúpulos hasta el centro de mi cuerpo.

—¿Mejor? —Casi no me salía la voz.

—Si, la verdad... —Su voz sonaba más relajada y noté los músculos de su cuello menos tensos.

Bajé hasta el centro de su espalda y varios recuerdos golpearon mi mente; la primera vez que le toqué..., ¡madre mía!, me pareció que había pasado una eternidad desde aquel momento. Tragué saliva e intenté pensar en otra cosa, pero no podía, mi mente se negaba a hacerlo.

—Propongo que pongáis una camilla de masajes para los días estresantes como este.

—¿Y quién se encargaría de darlos? —Sentí su sonrisa. Dios..., su sonrisa.

—Depende de a quién haya que dárselos, me ofrezco voluntaria.

Nos reímos, aunque yo más que él. Y ahí se giró para mirarme, haciéndome entender que el masaje había terminado. Lo mismo fue mi comentario, que estuvo fuera de lugar y lo incomodó. No me atreví ni a pedir disculpas y a preguntarle siquiera si se había sentido molesto.

—Gracias. —Sonó amable.

—De nada. —Salí de su despacho con una sensación extraña en la boca de mi estómago.

«¿Quién me mandaría a mí hablar?» Me fui quejando hasta la cocina, necesitaba un café, una tila, algo que llevarme a la boca y saciar mi sed.

Leo se encontraba allí, pensativo. Miraba por la ventana y no se percató de mi presencia hasta que abrí el pequeño frigorífico, de donde saqué una lata de *Coca-Cola*. Se giró, su cara mostraba varios signos de preocupación.

—¿Qué ocurre? ¿Todo está bien?

—Mi madre está ingresada en el hospital.

—¿Qué ha pasado?

—Ha sufrido un ataque, pero está controlada y está bien. —Cogió aire y yo ni me lo pensé, le abracé con cariño.

—Si quieres puedes marcharte. Yo me ocupo de todo.

—Gracias. —Se separó de mí y agarró mi mano—. Pero ahora mismo, mi familia está allí y no dejan verla. Está en observación. Así que yo no pinto nada y para estar dándole vueltas a todo... mejor ocupo mi mente con el trabajo.

—Joder, Leo. —Sentí su pena, su dolor, su preocupación—. Lo siento mucho, si hay algo que pueda hacer...

—Gracias, Laura. —Y, para mi sorpresa, me dio un beso en la mejilla que volvió a ruborizarme.

La tarde fue más ligera. Estuve pendiente de Leo, que, concentrado en su trabajo, casi no habló en toda la tarde.

Le mandé varios mensajes a Melissa y no recibí respuesta. Al comentárselo a Vero, me di cuenta que no solo yo estaba preocupada por ella. Vero también notó que algo no iba bien.

—Tenemos un código —dijo tranquila.

—¿Un qué? —no la entendí.

—Pues que las amigas sabemos cuándo algo no marcha bien.

—¿Y qué propones?

—Pues... —Suspiró fuerte—. No sé. —Hice un mohín divertido con la boca y llevé mi mano libre hasta mi frente.

—¡Pues que bien! Oye, ¿crees que debería acercarme a su casa? —Apagué el ordenador y recogí mis cosas.

—Si la agobiamos aún será peor. Vamos a darle unos días a ver si decide contarnos algo y si vemos que la notamos igual... y que no... arranca, pensaremos en qué hacer. ¿Te parece?

Sonreí.

—Me parece. ¿Qué haces? —Vero trabajaba por la mañana para poder así ocuparse de la niña por la tarde.

—Esta hija mía es una pesada y se ha empeñado en ir al centro comercial.

—¿Hay sitio para una más?

—¡Claro!

No me apetecía encerrarme en casa y pensar, como si eso adelantara el tiempo que parecía ir despacio.

Leo se había marchado un rato antes de su hora y Marco también había salido, así que no tardé en bajar hasta el garaje, donde se encontraba mi moto. Subí en ella y, a la salida, me pareció ver su coche parado junto al andén. Disminuí la velocidad y vi que hablaba por teléfono. Mi curiosidad iba en aumento, pero me centré en la carretera, aceleré y llegué hasta el centro comercial.

María lucía un precioso vestido color rosa a juego con un bolso de princesa. No pude evitar reírme al verla correr hasta mí.

—¡Holaaa, tita! —La abracé con todas mis fuerzas—. Hoy voy de princesa ¿Te gusta? —Miré a Vero antes de contestar y por la manera de poner los ojos en blanco, me hizo soltar una carcajada. Se acercó y nos dimos un beso.

—¡Me encanta! ¿Dónde lo has conseguido?

—Me lo ha comprado mamá. Hace tiempo que lo quiero, y como estoy sacando tan buenas notas..., me lo he ganado. —Volví a mirar a Vero.

—No preguntes —gesticuló con los labios.

—Si quieres, podemos ir a preguntar si hay alguno para niñas mayores.

Vero y yo nos echamos a reír.

—¿Niñas mayores? —La dejé en el suelo—. ¿Eso es lo que soy para ti?

—Para mí, eres mi tita Laura, pero a mis amigas, le digo que eres una niña mayor. Aunque últimamente casi no jugamos como antes... —Su cara se entristeció.

Me agaché hasta estar a su altura.

—¿Sabes qué? —Metí un mechón de pelo detrás de su oreja—. Esa niña mayor está volviendo y para celebrarlo... —Volví a cogerla en brazos—. Nos vamos a ir a ver una peli y comer palomitas. ¿Quieres?

—Síiiii.

—¡Qué divertido! —Vero no sabía dónde meterse—. Yo que quería estar tan tranquila..., irme a casa..., tumbarme en el sofá...

—Esto es mejor. —Me agarré a su brazo—. Cenaremos luego una hamburguesa como en los viejos tiempos.

No le quedó otra y las tres nos fuimos a ver una película bastante bonita: «Coco». Cómo lloré, cómo lo hizo Vero... las dos parecíamos un mar de lágrimas y la niña, al final, terminó llorando y todo por nuestra culpa. Menos mal que el hecho de ir a cenar fuera las tres juntas nos calmó.

—Necesitaba esto —dijo Vero, en cuanto la pequeña se fue a jugar con los demás niños.

—¿Ver una peli? Porque, que yo sepa, preferías irte a casa, leer, tumbarte en el sofá —me quejé divertida.

—Que volvieras, Laura. —Sus ojos se humedecieron y el corazón me dio un vuelco.

—Te prometo, —cogí su mano—, que no pienso irme jamás. Y... —Cogí aire y suspiré—. Que pasaremos más tiempo juntas.

—Sí, por favor.

Mi intención al volver a casa, era darme una ducha, tumbarme en el sofá y disfrutar de un buen libro hasta que me entrara el sueño. Pero no, ¡ja!, Melissa me sorprendió junto a la puerta. Su aspecto era... otro. Sonreía y no tenía nada que ver con la chica que apareció por mañana en la oficina y que no tardó en marcharse porque no se encontraba bien.

—¿Qué haces aquí? —pregunté extrañada sin dejar de mirarla en cuanto salí del ascensor.

—Pues que ya me he recuperado y estaba aburrida en casa. ¿Te apetece salir a dar una vuelta? —preguntó animada. Sonreí.

Os cuento una cosa: si llego a saber que la noche se alargaría, me hubiera negado, pero ver a Melissa tan... animada, me animó a mí también.

Después de la tercera copa, entorné los ojos y miré a Melissa antes de mirar a mi alrededor.

—Ya me estás contando qué es lo que te pasa. —No había dejado de sonreír en ningún momento, —raro en ella—. No quiero decir que no estuviese bien, pero reír tanto... me hacía sospechar demasiado.

—Ya te lo he dicho. Me levanté mal, el doctor dijo que era motivo de un pequeño virus y debe haberse ido, porque, tras descansar, me siento como nueva.

—Y se ha ido... así, ¿de repente? ¿Qué es, un virus exprés? —Las dos reímos a la vez.

—Deja de preocuparte tanto por mí, anda y dime que no te lo estás pasando bien. —Melissa se puso a bailar al ritmo de la música y, divertida, se acercaba y se alejaba sin dejar de moverse, invitando a que siguiera sus pasos.

—¿Qué te ha recetado el doctor? Necesito algo igual para tener tu misma energía. —Me quejé sin dejar de reír.

—No seas tonta.

—Eres tú quien me toma por tonta al no contarme lo que te está ocurriendo. ¿Crees que no es evidente? ¿Es por Marco?

Su mirada se tornó triste y un escalofrío me recorrió entera.

—Sinceramente, hay cosas que es mejor no hablarlas, Laura. Y, por favor, no me malinterpretes, pero no puedo contarte algo que ni yo misma sé. Necesito las palabras adecuadas... y...

—Vale, no te preocupes. —Creí que era lo mejor—. Cuando estés preparada, sabes que puedes contar conmigo. —La abracé.

A la mañana siguiente, me levanté con un dolor de cabeza bastante intenso y la culpa no era de otra, sino mía. Por beber más de lo que estaba acostumbrada y por acostarme a las tantas. No recuerdo la hora a la que lo hice y a sabiendas de que tenía que madrugar, casi ni me importó. Por lo menos no vomité. Me di una ducha para apaciguar así el dolor y mientras bebía el primer café de la mañana, miré por la ventana de la cocina, la abrí y respiré hondo el suave aroma a tierra mojada.

Las nubes grises amenazaban con descargar en forma de lluvia toda su furia y, precavida, decidí llamar a un taxi. Aprovechando el vehículo de cuatro ruedas, decidí ponerme uno de los últimos vestidos que me había comprado.

Cuando bajé, sonreí al mirar la torre acristalada que tenía delante de mí. Empezaron a caer las primeras gotas y, casi corriendo, entré en el edificio. Melissa justo esperaba el ascensor.

—Que sepas que me duele la cabeza a rabiar. —Las dos empezamos a reírnos e intenté parar de hacerlo, pero no pude.

—Aspirina y punto. ¿Un café?

—Dos. —Las puertas del ascensor se abrieron y juntas, nos fuimos hasta la cocina. Mientras ella preparaba los cafés, no pude evitar observarla. Volvió su mirada ausente, falta de vida y me preocupaba no poder ver más allá de la coraza que se había construido. Tras bebernos la bebida, casi en silencio, cada una perdida en sus pensamientos, nos levantamos.

—No te he dicho que estás muy guapa, Laura. —Su dulce voz me hizo sonreír más que el mismo piropo.

—He de engordar —había adelgazado y mucho.

Solo sonrió, no dijo nada más. Nos dimos un beso, un pequeño achuchón y cada una nos fuimos a nuestro puesto de trabajo.

Observé a Leo, no lo vi llegar y me sentí un poco mal por ello.

—¿Cómo está tu madre?

—Mucho mejor. —Sonrió a duras penas—. La noche la ha pasado tranquila, así que... —Suspiró—. Espero que pronto le den el alta.

—¿Te apetece que vayamos a comer juntos? —pregunté al mediodía.

—¿Me lo estás pidiendo en serio? ¿Tú?

Sonreí.

—No, te lo pido de mentira. —Asintió con la cabeza y, a las tres de la tarde, nos fuimos a comer al pequeño restaurante donde ya había comido con él antes.

Está vez nos acompañó hasta la mesa una camarera bastante jovencita que hablaba español. Me alegró mucho hablar castellano con una desconocida. Trajo las bebidas y pedimos el menú de la casa.

—Te veo muy bien —dijo Leo, que bebía de su cerveza.

—Pues sí. —Sonreí—. He decidido que basta ya de estar todo el día lamentándose. Que la vida son dos días, que es para vivirla y que me voy a tomar las cosas de otra manera. —Jugueteé con la servilleta—. Me siento bien, ¿sabes? Creo que Marco y yo... estamos avanzando. —Qué ganas tenía de poder decirlo en voz alta.

—Cómo me alegro, Laura, de verdad. Estáis teniendo más relación, ¿verdad?

—Sí, vino a casa y estuvimos hablando sobre nosotros, quería saber cómo era él.

—Muy buenas noticias, sí señor. —Se acomodó en su asiento y me miró fijamente—. Pero... —Chasqueó la lengua contra el paladar.

Lo miré extrañada y el corazón empezó a acelerarse sin poderlo remediar.

—¿Qué pasa?

—No sé... si contártelo.

—Eh... Leo, te mato, que lo sepas. Ya lo estás soltando. —Tragué saliva, mi cuerpo se tensó.

—No es seguro, ¿vale? —Se inclinó hacia mí, colocando los codos sobre la mesa y me habló bajito, para que solo yo pudiera oírlo.

—Que no es seguro, ¿el qué? —Yo hice exactamente lo mismo que él.

—Creo que ha conocido a una chica.

Abrí los ojos todo lo que pude y noté como el corazón se paró en seco casi produciéndome un infarto.

—¿Cómo que ha conocido a una chica? ¿Y cómo sabes eso? ¿Acaso ahora te cuenta su vida íntima? —pregunté molesta. De repente, era como si el mundo que había empezado a crearme ese día, ¡Pum! Desapareciera. Tragué un nudo de emociones y la camarera apareció con los primeros platos, pero a mí se me había quitado el hambre.

—Lo siento, Laura —se disculpó—. Pero últimamente lo veo... muy animado y habla mucho por teléfono, y creo que es con una chica. —No podía seguir escuchando aquello. Mordí mi labio e intenté centrarme en la respiración, calmarme, no gritar, no romperme más de lo que ya estaba—. Si quieres..., puedo preguntarle.

Cerré los ojos y jugueteé con la comida de mi plato, que tenía una pinta deliciosa.

—No te preocupes, Leo. —Fingí una sonrisa—. Lo mejor es que él empiece a rehacer su vida, si eso le hace feliz. —Un silencio incómodo se apoderó de nosotros. Leo me miraba. —Bueno, cuéntame que tal está tu madre —cambié de tema más rápido de lo que imaginé.

—Mi madre tiene epilepsia —apartó la mirada y se rellenó de agua su vaso medio vacío. —Trato de cuidarla lo mejor que puedo, pero no se toma la medicación..., bebe.

—Siento haber preguntado... —iba a peor. No me lo podía explicar.

—Tranquila. A veces viene bien hablar de estos temas.

—¿Y tú padre? ¿Cómo lo lleva?

—Mi padre nos abandonó cuando mi hermano y yo solo éramos unos críos. Se fue con una chica mucho más joven.

—Qué hijo de puta. —Dije enfadada.

—Por eso te entiendo tanto. Tenemos muchas más cosas en común, de lo que crees. Siento haberme comportado como un gilipollas todo este tiempo.

—Eres idiota.

Cuando volvimos a la oficina, no pude ser la misma. Quería volver al estado en

que me levaté, imposible. ¿Podría ser Mónica... quién volviese a la vida de Marco? ¿Sería eso lo que le estaba preocupando a Melissa y que no sabía cómo explicármelo? Me sentía derrotada y no esperé a comprobarlo. Entré en su despacho. Hablaba con un cliente.

—Ya sé el secreto que guardas —dije en cuanto colgó la llamada. Me senté frente a ella.

—¿Cómo?

—Pues que no hace falta que lo sigas ocultando. Ya me he enterado y, bueno... —Bajé la mirada—. No sigas fingiendo, no me trates como una estúpida, por favor. —Melissa me miraba sin pestañear—. No pasa nada, lo entiendo, de verdad. Era de esperar. —Suspiré y eché la cabeza hacia atrás en el respaldo de la silla—. Dios, ¿cómo no me he dado cuenta antes? Se nota muchísimo.

—¿Tanto se me nota? —Se llevó una de sus manos a la boca mientras seguía sin pestañear. ¡Dios! Sé que sonará a hipocresía, pero esperaba y deseaba escuchar una mentira.

—Claro que se te nota. Vero también se ha dado cuenta, ¿sabes?

Se levantó.

—¡Joder, Laura!

—Tranquila, Melissa. Hay que afrontarlo y tirar para adelante ¿no? —Miraba cómo caminaba de un lado a otro. —Eso es lo que supone que yo siempre digo.

—¿Tú crees? Lo he estado pensando mucho y he barajado varias opciones, pero tengo mucho miedo a que algo salga mal.

Parpadeé dos veces, ¿acaso apoyaba la nueva relación de su hermano? ¿Pero de que parte estaba? —La miré confundida.

—No sé si te estoy entendiendo bien. Me estoy quedando flipada. ¿En serio?

—He pensado en abortar. —Abrí la boca todo lo que pude. ¿Melissa, embarazada?—. Aunque a medida que pasan los días, creo que empiezo a tener claro lo que quiero.

—¿Estás embarazada? ¿En serio? ¿De quién? —Ni siquiera le dio tiempo a responder a mis preguntas de una en una.

—Creí que...

—Madre mía Melissa, no tenía ni idea. Yo he venido aquí a hablar de tu hermano.

—¿De mi hermano?

Aquello era un maldito caos y todo se complicaba cada vez más.

—Sí, creo que ha conocido a alguien o que se está viendo con Mónica, no lo sé.

—Por Dios, Laura, pensé que te estabas refiriendo a mí.

Pasaron unos minutos hasta que decidimos hablar.

—No sé qué decirte, aún estoy asimilando la noticia.

—Por favor, Laura. —Se acercó a mí, rogándome—. Él no debe saber nada, nadie, debe saber nada.

Acaricié su cara.

—Tu secreto está a salvo conmigo, no te preocupes. —Sonreí—. ¿Quién es el padre? —Tragó saliva.

—Cristiano.

—¿¡Cristiano!?! ¿Desde cuándo estáis juntos? ¿Crees que es buena idea, después de todo lo que has pasado? —Volvió ese silencio incómodo—. Perdona por meterme donde no me llaman—. Lo último que quería era que la culpabilidad la terminara consumiendo.

—Apareció de nuevo mientras mi hermano estaba ingresado. No sé qué me pasó, Laura. —Empezó a explicarme mientras me miraba a los ojos y agarraba con fuerza mis manos—. Pero era como si le necesitase... —Cogió aire—. Me dejé llevar y... —Apartó la mirada—. Estamos juntos. Ha cambiado, de verdad.

Humedecí mis labios y cogí todo el aire que pude.

—¿Qué opina sobre lo de ser padre?

—Aún no lo sabe, no sé si decírselo.

—Tiene todo el derecho de saberlo.

—Lo sé, lo sé, pero tengo miedo... —Suspiró.

—¿Miedo? ¿de qué?

—Miedo de que me pida que aborte, y no quiero eso.

—Melissa, la última palabra es la tuya. Si él no quiere, pues: ¡hasta luego, Lucas! Debes pensar en ti.

—Necesito tiempo, no sé. Hasta hace poco, la idea de abortar era constante en mi mente, pero al contarle a María mis anécdotas cuando yo era niña, me vi haciendo eso mismo con mi bebé.

Sonreí al pensar en ellas.

—Vero estuvo sola cuando tuvo a la niña. Estoy muy orgullosa de la decisión que tomó y si tú sigues adelante, también estaré orgullosa de ti. Porque no estarás sola. —La abracé—. Lamento decirte que tendrás que aguantarme toooda la vida. —Nos reímos.

—Joder. —Se levantó y limpió sus mejillas, se había emocionado—. Lo del tema de mi hermano me ha dejado un poco... rara.

Los nervios me hicieron reír.

—No te preocupes. Ahora lo importante eres tú. —Toqué su barriga—. Y esta cosita que está naciendo dentro de ti.

Cuando salí de su despacho me sentí contrariada, alegre por la noticia del embarazo, preocupada porque estuviera con Cristiano y el tema de Marco... ¡Buff! La cabeza me iba a explotar.

—¿Todo bien? —preguntó Leo. Fingí una sonrisa.

—Sí, no te preocupes. —Trabajé sin distracciones aparentes durante toda la tarde. Mi cabeza, eso sí, no dejaba de repasar una y otra vez la actitud de Marco esas últimas semanas.

Me fui pronto a casa. No sabía ni qué pensar. Me di una ducha y al salir, picoteé algo. Volví a analizarlo todo mientras intentaba leer un poco. Era desesperante toda la situación y lo peor de todo, era que no podía hablarlo con nadie.

La una de la madrugada..., las dos..., las tres..., cinco y media... y yo sin poder pegar ojo. Vueltas y más vueltas era lo único a lo que me dediqué en toda la noche.

A la mañana siguiente, decidí irme antes a la oficina. Por lo menos dejaría de pensar tanto adelantando trabajo. Aún no había salido el sol, observé el cielo desde el interior del casco y aceleré, aprovechando que la carretera estaba libre de coches. Lo que no imaginé era que Marco cogió la costumbre de llegar pronto y allí, con la puerta de su despacho abierta, lo vi sentado, pensativo y con un café en la mano.

El sonido de mis pasos lo alertaron de mi presencia y no tardó en girar la cabeza, encontrándose con mi mirada.

—Buenos días —dijo desconcertado—. ¿Qué haces aquí tan temprano? — Salió de su despacho y noté cómo a medida que me iba acercando a él, el estómago me iba encogiéndose.

—No podía dormir y he pensado que podía aprovechar el tiempo, ¿y tú? —Se apoyó en el marco de la puerta. Qué sensación más excitante recorrió mi cuerpo.

—Tampoco podía dormir.

Colgué mi chaqueta, el bolso y guardé el casco. Marco me siguió hasta la cocina.

—¿No te da miedo conducir la moto?

Tras prepararme el café, opté por sentarme a su lado.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—No sé... —Volvió a mirarme. Su azul penetrante me puso el vello de punta.

—Al principio sí que tuve miedo por si la pierna me fallaba, pero no. Me siento libre al conducirla, al escuchar su rugido. —Di un sorbo a mi café.

—Conozco esa sensación. —Sonrió, dejando su vaso vacío encima de la mesa—. Yo también me siento libre al coger la mía.

—¿Cómo te encuentras? —quise cambiar de tema.

—Bien, bastante animado. ¿Y tú?

Apreté mis labios dejando una delgada línea.

—Tengo días mejores, la verdad.

—¿Qué ocurre?

—Nada. —Le sonreí, creyendo así que me dejaría de preguntar—. Tengo

mucho trabajo, ¿hablamos en otro momento?

Me sentía tan estúpida. No me sentía ni con ganas ni con fuerzas para continuar mirándole, deseándole... Tuve la necesidad de alejarme de él.

Lo que hubiera dado por entrar en su cabeza y despejar cualquier duda que tuviese. Vale, lo confieso, también para ver si de verdad había alguien. Revivir todos esos recuerdos dormidos y besarle, hacerle el amor como solíamos hacer antes. Pero todo eso solo pasaba a ser parte de mi pasado.

Al salir de la cocina, serio, se encerró en su despacho, ni siquiera me digné a mirarle, evitaba hacerlo por mi bien.

—¿Sabes qué le ocurre a Melissa? —preguntó Leo al ver que no dejaba de entrar y salir de su despacho, que si con agua, que si con algún dulce...

—Nada ¿por?

—¿Está bien?

—¡Claro! —Volví a mi mesa.

A la semana siguiente, me sorprendió tanto revuelo en la oficina. Leo estaba más ajetreado de la cuenta, caminaba de un lado para el otro, entrando y saliendo del despacho de Marco, con varias carpetas en sus manos. No me atreví a preguntar y Melissa aún no había llegado.

No fue hasta pasadas dos horas cuando decidí acercarme a Leo y preguntarle qué era lo que ocurría. Si llego a imaginarme su contestación, os juro que ni me hubiera molestado en preguntar. Es más, ni en ir ese día al trabajo.

—Leo, ¿Estás bien? Te noto un poco agobiado.

—Sí, tranquila, las candidatas se han presentado al mismo tiempo y el de recursos y yo nos hemos visto desbordados. —No estaba entendiendo nada.

—¿Candidatas?

—Sí, ¿no te lo ha contado Melissa? —Negué con la cabeza—. Pensaba que os lo contabais todo. —Me tensé, no hubo ni un músculo que no lo hiciera—. Marco ha decidido contratar a más gente por todo el volumen de trabajo que estamos teniendo últimamente. Es más, te diré una cosa, entre ellas, hay una traductora.

—¿Traductora? —Me alarmé—. ¿Crees que no hago bien mi trabajo para que tengan que contratar a más gente? —Y la inseguridad empezó a adueñarse de mí.

Capítulo 9

Marco

—Las candidatas ya están esperando para la entrevista y el de recursos humanos ya está con una de ellas —me comunicó Leo.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí, no es nada. Ya sabes, lo de mi madre. —Se sentó frente a mí y dejó varias carpetas sobre la mesa—. Bueno... —Resopló—. La verdad es que empiezo a sentirme un poco agobiado con Laura, no sé... —Se encogió de hombros.

—¿Qué ocurre con ella?

—Está... un poco pesadita con el tema de las entrevistas, no le ha sentado muy bien el tema de que solo haya chicas, la verdad.

Lo miré extrañado.

—Ella no tiene por qué opinar, así que no debes preocuparte. —Miré la pantalla del ordenador y seguí con el correo que estaba redactando. Y cuando vi que seguía sentado, volví a mirarle—. ¿Algo más?

—¿Puedo comentarte algo?

—Claro. —Me recliné en mi asiento.

—¿Es cierto que habéis vuelto a estar juntos?

—¿Perdón?

—Sí, he escuchado que habéis vuelto. Si eso es así, perdona mi comentario de

antes.

No sé por qué, pero me mantuve en silencio sin saber qué decir al respecto. Cuando Leo se marchó del despacho, yo seguía igual de confuso, contrariado.

Abrí la puerta del despacho al cabo de media hora, encontrándome con su mirada.

—¿Puedes venir un momento? —mi voz sonó tensa.

—¿Todo bien?

—Cierra la puerta, por favor. —La observé detenidamente, su mirada, sus gestos, analicé su voz. —Siéntate, por favor —le pedí con voz ronca. Ella obedeció y vi un pequeño ápice de miedo en su rostro—. No sé si habrás sido informada sobre las entrevistas de hoy.

Se aclaró la garganta.

—Sí, ya me he informado de ello.

—¿Puedo saber tu opinión al respecto? —La corbata empezaba a agobiarme, la aflojé.

—Creo que no tengo nada de que opinar al respecto. —Hablaba muy segura de sí misma—. Tú eres el jefe, tú has de saber qué es lo mejor para tú empresa. Lo único que me hace pensar, es el hecho de que solo haya candidatas y ni un solo chico para entrevistar. —Su comentario me hizo gracia.

—Bueno, si no hay chicos, —me levanté para acercarme a ella. —Es porque ninguno se ha presentado a la oferta. —Me miraba sin saber qué decir—. No veo el problema. —La miré a los ojos— ¿Celosa? —La pregunta salió de mis labios sin haberla pensado.

Levantó las cejas con cierto énfasis y su mirada se tornó confusa. Río de mala gana.

—¿Sabes qué? —sus labios se ensancharon. —A este paso... vas a lograr que al final, siendo tan imbécil, te terminé odiando. Y del amor, al odio, solo hay un paso —dio un paso hacía mí. —Si ese es tu objetivo —aplaudí —sigue así.

Su comentario me excitó. También me acerqué a ella, miré sus labios..., me parecieron tan jugosos.

—No quiero que me odies —estiré mi mano hasta su mejilla, acaricié su piel.

—Necesito odiarte Marco —cerró los ojos.

Y entonces, sin meditarlo, aproveché para besar sus labios que me recibieron con ternura.

Disfruté del beso.

—No me hagas esto, por favor —me pidió en un suspiro.

La empujé hacia mi cuerpo y despacio empecé a desabrochar los botones de su blusa. Mis labios seguían pegados a los suyos. Ella estaba quieta, dejándose hacer y eso me excitaba cada vez más.

—Necesito saber a qué sabes... necesito que tu cuerpo me enseñe el camino, que tu voz me guíe.

¿Quién era yo? ¿Qué había pasado?

Le di la vuelta, tras desabrochar su vaquero, la cogí a pulso y la senté encima de la mesa. Una de sus manos se enredó en mi pelo y la otra, acariciaba mi piel bajo la camisa.

Suspiró de placer en cuanto toqué sus pechos.

Me encontraba tan excitado, con tantas ganas de tener sexo...

Con mi mano derecha bajé hasta sus braguitas, toqué su sexo por encima de la fina tela. Note su humedad.

Volvió a suspirar en cuanto le regalé un camino de besos húmedos por el cuello, bajé lentamente hasta sus pechos y eché a un lado la tela de sus braguitas para así tocar su piel, suave y delicada.

—Marcos... —dijo con un hilo de voz. Noté su placer, abrí más sus piernas y bajé hasta el centro de su cuerpo. Besé su sexo, lo lamí entero y jugueteé un poquito con mi lengua. Cuando sentí que estaba a punto de estallar de lujuria, introduje dos dedos en su interior.

Como disfruté de ese momento, sin pensar en nada, centrándome en lo que quería.

Sus dedos tiraron de mi pelo y subí, en busca de su boca. Necesitaba besarla, desabroché mi pantalón, saqué mi miembro duro, acaricié su piel con la punta y la fui introduciendo, hasta encajar su sexo con el mío.

—Ohh—gimió gustosa. —Así no podré odiarte Marco. No puedes seguir haciendo esto.

—Shhh, calla —mordí sus labios mientras iba acelerando las embestidas. El placer nublaba el poco sentido que tenía. —Necesito follarte —estaba a punto de alcanzar el clímax.

—¿Follarme? Creía... —su cuerpo se tensó. Colocó la palma de sus manos en mí pecho y me empujó.

—¿Qué haces? —estaba molesto.

—¿Me estás follando por follar?

—Somos dos personas que estamos teniendo sexo, no entiendo el problema.

Comenzó a vestirse.

—¿Qué no entiendes el problema? —pues no, no lo estaba entendiendo.

—Creía que estabas disfrutando.

—¿Qué te crees que soy? ¿Un aquí te pillo y aquí te mato? Pero..., ¿pero te das cuenta el daño que haces? —me miró enfadada. —¿A qué juegas? —elevó la voz y de nuevo, la besé. Su resistencia duró solo unos segundos.

—Ya te odio —dijo antes de desabrochar la camisa y bajar mis pantalones. — Te odio con todas mis fuerzas. —Se dio la vuelta, bajó sus braguitas y se apoyó en la mesa.

Agarré sus caderas y de nuevo, me introduje en su interior. Las embestidas eran fuertes, rápidas..., lentas..., rápidas...

Estallé en un brutal orgasmo que me dejó sin fuerzas y seguidamente, noté como ella también lo recibió.

No dijimos nada mientras nos vestíamos.

—¿Eso era todo? —ni siquiera me miró. Asentí y justo cuando iba a darse la vuelta, la agarré del brazo haciendo que me mirara.

—No quiero que pienses... que yo...

—¿Qué eres un hijo de puta? Tranquilo, no lo pienso —sonrió de mala gana. —Me lo acabas de demostrar. Si para eso es lo que he quedado...

En cuanto la puerta se cerró, un nudo de emociones se instaló en mi pecho. No sabía cómo actuar ante esa sensación.

Me sentí un miserable.

Así, lo único que conseguiría sería hacerla daño.

Me preocupé, por ella y por mí.

No podía dejar de pensar en lo ocurrido, analizaba mi comportamiento hasta que el sonido del teléfono me sacó de mis pensamientos.

—Dime que no estás entrevistando sin consultarme primero.

—Sí, Melissa. —Suspiré agobiado, llevando los dedos hacia mi entrecejo.

—Que yo sepa esta empresa es tanto tuya como mía. —A cada palabra, su voz se iba elevando—. Y las decisiones, siempre, siempre las tomamos juntos y por norma general. Eso fue lo que acordamos.

—Tranquilízate. Siento no haberte dicho nada. Iba a hacerlo, créeme.

—¿Cuándo, Marco? ¿Cuándo ya la tuviéramos contratada? ¿Y, encima, una traductora? Tuve que echar a bastante gente porque la cosa no iba bien. —Su voz empezó a sonar más relajada—. Y... ¡Joder! No necesitamos contratar a más gente. Laura hace muy bien su trabajo.

—No es por Laura. Desde que volví todo empieza a ir bien, más clientes, mejores ofertas y hablando con varias personas importantes, el hecho de que solo tengamos a una traductora para que se ocupe de todo el trabajo no es buena publicidad para nosotros y se supone que es a eso a lo que nos dedicamos.

—Creo que no estás siendo justo, Marco. Necesitamos a más gente en otras áreas.

—Melissa, no solo busco traductoras, sino más diseñadores... Por favor, confía en mí. ¿Alguna vez te he defraudado?

—No.

—Entonces, confía. Todo saldrá bien. Además, míralo por el lado bueno, ella tendrá menos trabajo, menos carga.

—Vale, puede que tengas razón, es demasiado trabajo para ella.

—¿Quedamos para comer?

—Claro.

Dejé el móvil sobre la mesa tras despedirme de ella.

A medio día, Melissa me esperaba sentada en un restaurante que ella misma había elegido, con vistas al mar. Decidimos no hablar sobre temas de trabajo y hablar más de nosotros, recordar momentos que aún seguían en mi memoria.

—¿Piensas en la niña? —preguntó tras dar un trago a su zumo de Pomelo.

—Todos los días, Melissa.

—¿Hablaste con Mónica de ello?

—Me llamó, pero no quise saber nada.

—¿Y no la has vuelto a ver?

La miré extrañado.

—¿A qué viene tanta pregunta?

—A que hace tiempo que no hablamos de nuestras cosas y lo echo de menos. Últimamente estás tan centrado en el trabajo, que me da cosa llegar y preguntar qué tal te encuentras.

Suspiré.

—Pues no, lo último que quiero es volver a ver a Mónica. No me sirven sus excusas y respecto al tema del trabajo, he de estar concentrado si quiero que las cosas vuelvan a ser como antes. Me está costado mucho ponerme al día.

—¿Y tema Laura?

Sonreí. ¿Por qué sonreí? Se supone que me sentía como un miserable.

—Ahora tolero verla por la oficina, incluso tomarme algún que otro café con ella.

—¿En serio? —Ella rio—¿Cuándo has de ir al médico?

—Me he acostado con ella —¿Desde cuándo no pensaba las cosas antes de decirlas?

—¡¿Qué!? ¡¿Cómo?!

—No me lo hagas repetir —froté mi cara frustrado. Ni siquiera sabía qué coño hacia contándoselo a mi hermana.

—Eso significa... —puso cara de interrogación mientras sus labios empezaban a dibujar una sonrisa.

—Eso significa que tenía ganas de sexo y ha pasado, nada más.

—¿Y cómo se lo ha tomado?

Hice un mohín con la boca mientras suspiré.

—Mal. Ahora dice que me odia.

—Eh... lo más normal, Marco, lo más normal. ¿O te gustaría que a mí me hiciesen lo mismo?

—No, claro que no, pero... ha pasado. No quiero seguir hablando del tema —aparté la mirada.

—Si me lo has contado es por algo. —Se quedó pensativa, noté como me miraba. —¿Tú que es lo que sientes?

Por fin la miré.

—No lo sé.

Silencio.

—Deberías hablarlo con ella. Aclararle todo lo que sientes.

—¿Aunque no lo sepa?

Sonríó apenada y cogió mis manos.

—Aunque no lo sepas. Ella es mi amiga, tu mi hermano y no me gustaría veros a ninguno sufrir más de la cuenta.

Laura permanecía concentrada en su trabajo y me permití el lujo de mirarla más de la cuenta. No se percató de mi presencia y si no fue así, disimuló bastante

bien.

Tras sentarme y desabrochar mi corbata, seguí mirándola.

Capítulo 10

Laura

Eran las dos de la mañana cuando el sonido del timbre me despertó. Me incorporé algo aturdida y, al volver a escuchar el sonido de forma insistente, me levanté con el corazón en un puño, pensando que algo malo podía haber ocurrido. Descalza, llegué hasta la puerta y al mirar por la mirilla, casi consigo atragantarme con mi propia saliva.

Era él, «¿qué hace aquí a estas horas? Lo mismo estaba borracho» pensé, aunque ni siquiera supe cómo pude hacerlo, tenía el cerebro colapsado en ese instante. Abrí la puerta despacio. Su mirada se encontró con la mía.

—Perdona que venga a estas horas. —Su rostro delataba su cansancio.

—¿Ha ocurrido algo? ¿Estás bien? —A medida que preguntaba, iba abriendo más la puerta hasta que con un gesto le hice pasar.

—Sí, estoy bien, no te preocupes. —Caminamos hasta el salón y, para asegurarme, volví a mirar la hora en mi reloj.

Nos sentamos cada uno en una punta del sofá.

Se sentó el primero y yo lo hice después un poco alejada.

—¿Qué haces aquí? —Jugueteé con los dedos de mis manos.

—Verás... hay muchas cosas que no dejan de rondarme por la cabeza y... —Lo miré confusa—. ¿Alguna vez mostré mi inseguridad?

Apreté mis labios y lo miré fijamente a los ojos. De nuevo se mostraba tan perdido...

—Siempre me has parecido un hombre muy seguro de sí mismo. No tan gilipollas como me has demostrado está mañana, o al principio, pero si, muy seguro de tus actos, de tus ideas...

Había pensado tanto en lo ocurrido por la mañana, que decidí no darle más importancia de la que tenía. Vale, terminé engañándome a mí misma, sentirlo de nuevo me dio vida, aunque al mismo tiempo me la estaba quitando. Eso sería ahora para él, ¿un objeto, alguien con quien desahogarse?

—¿De verdad?

—Sí. —Llené mi pecho de aire—. ¿Qué es lo que tanto te preocupa?

—Hay un año de mi vida que ha pasado desapercibido y no sé cómo tomármelo... —Clavó la vista en el suelo y me dieron ganas de abrazarle, besar su mejilla y decirle que todo iría bien. —Hablar con Gaia no es suficiente.

—No puedes vivir a base de preguntas que no puedes responderte, Marco. ¿Qué es lo que consigues así? —Volvió a mirarme—. Que tus preguntas se acumulen, que con urgencia necesites obtener respuestas y, así, saturarte. ¿Crees que es lo mejor? —Sus labios dibujaron una bonita sonrisa mientras no dejaba de mirarme.

—¿Y qué es lo mejor? No dejo de cagarla.

Tragué saliva.

—Si te refieres a lo de esta mañana, olvidalo. Olvidemos el tema. —Me acerqué y cogí sus manos. —¿Puedo darte un consejo? —asintió. —Haz todo lo que crees que necesitas y creas conveniente. Solo piensa en ti, no tengas miedo por recordar, vive el ahora, que lo que tenga que venir..., vendrá. —Me miraba asombrado. —¿Sabes qué he aprendido en todo este tiempo? —me tomé un minuto—. Que por mucho que nos forcemos, no depende de nosotros. A mí me encantaría que por fin recordaras, y que todo volviera a ser como lo fue antes. Pero eso solo aumentará mi angustia y no conseguiré nada, sino sentirme cada día peor. Eso no es bueno para mí. Mi meta es que tú estés bien, si me recuerdas... pues feliz, pero si no... no pasará nada, —mentí —lo superaré como todo lo que he superado hasta hoy en día.

—A veces tengo otra visión de ti. —Tragué saliva. Hablaba con el corazón en la mano a pesar de lo mal que lo estaba pasando.

—Prefiero no saber que visión tienes. —Fingí una sonrisa, porque me lo imaginaba.

En silencio, nos quedamos mirando el uno al otro. Me acomodé en el sofá y le miré fijamente a los ojos.

—No estás siendo justo contigo mismo y por eso estás así, Marco. Eres más fuerte de lo que puedes imaginar y todos los que te conocemos sabemos que es así. No debes preocuparte por nada, solo en estar bien. —

Noté cómo los ojos se me iban cerrando. Tenerle cerca era como un ansiolítico natural que relajaba todo mi cuerpo. No recuerdo haber oído nada más, entraba en un bucle de relajación y era incapaz de abrir los ojos. Pero sabía que él estaba allí, no sé si mirándome o no, pero estaba a mí lado.

Capítulo 11

Marco

Llevaba una hora en mi despacho cuando Melissa entró. Teníamos una reunión bastante importante con varios clientes y dejé a Laura con la chica que había seleccionado para que le enseñara las instalaciones y resolviera sus dudas.

—¿Has dormido bien? ¡Tienes buena cara! —dijo mi hermana mientras salíamos del despacho. Busqué a Laura con la mirada y sonreí. Llevaba unos días con la necesidad de ir a visitarla, conversar con ella y al final, terminaba quedándome.

El primer día al despertar, tuve una sensación extraña pero placentera al mismo tiempo y me permití el lujo de observarla hasta que despertó.

—Me he debido de quedar dormida, ¿no? —preguntó avergonzada en cuanto despertó, mirando su reloj. Me hizo gracia y en modo de agradecimiento, decidí invitarla a desayunar. Todo seguía siendo tan contradictorio que era como si conociera a dos Lauras distintas dentro de una misma persona.

La reunión se alargó más de la cuenta y Paolo, el cliente nos invitó a comer.

Aunque tenía pensado denegar la oferta, terminé aceptando. Le convenía a la empresa para llegar a más clientes.

La cabeza empezó a dolerme a medida que íbamos pidiendo el segundo plato y se fue intensificando hasta llegar al postre.

—¿Te encuentras bien? —Paolo me miraba preocupado, al igual que mi hermana.

—Sí, sí, solo es un pequeño dolor de cabeza.

—¿Quieres que avise al camarero para que traiga algo?

—No, no, de verdad.

Pero entonces, todo empezó a ser borroso y aunque no quería asustar a mi hermana y al Paolo, cuando quise darme cuenta, todo se volvió oscuro.

Un frío recorrió mi cuerpo en cuanto mis ojos se abrieron.

Estaba tumbado en el suelo con las piernas levantadas y demasiada gente a mi alrededor, todos interesados e intranquilos por mi estado.

—Dime que estás bien, por favor. —Melissa estaba muy asustada.

—Sí, tranquila, estoy bien. Solo ha sido un mareo. —Me incorporé despacio, con la ayuda de uno de los camareros.

Bebí el agua que me habían ofrecido y, justo en ese momento, escuché la sirena de la ambulancia.

Terminé aceptando el consejo de mi hermana de ir al hospital, porque sabía que se pondría insoportable y su cara de pánico no se me quitaba de la cabeza. Pero si llego a saber que se pondría como una loca cuando le dijeron que el doctor Tejón no se encontraba disponible en ese instante, me hubiera ido directamente a casa a descansar. No paró hasta que no logró que me atendiera en la consulta y le pedí, por favor, que se quedara en la sala de espera. Necesitaba estar a solas con él, bastante había hecho ya y me encontraba un poco molesto.

—¿Qué tal ese dolor de cabeza? —El doctor, especializado en su labor desde hacía más de quince años, se levantó para darme un buen apretón de manos.

—Perdone a mi hermana, se ha puesto un poco nerviosa.

—No te preocupes, estoy acostumbrado. —sonrió—. ¿Cómo va todo?

—Si le soy sincero, me encuentro igual de confuso, o incluso más, que cuando

salí de aquí.

—Seguro que has avanzado, aunque casi no te des cuenta.

—Eso espero. —Me encogí de hombros. No estaba nada de acuerdo. Si hubiera mejorado, ¿no me habría dado cuenta de ello? Exhalé todo el aire que tenía acumulado en mi pecho—. Todos mis pensamientos se amontonan en mi cabeza, pequeños fragmentos desordenados flotan a sus anchas, me siento muy confundido.

Me miró y asintió con la cabeza conforme iba hablando.

—Eso es motivo para tener esperanza. Hay personas que no tienen ningún tipo de imagen o tardan mucho en tenerlo. —Pensativo, miró la pantalla de su ordenador—. ¿Te mandé cita para neuropsicología?

—Sí, hace unos días fui a ver al doctor.

—¿Y qué tal?

—Bueno..., me hizo una serie de pruebas que me parecieron un poco absurdas —se rió.

—¿Conseguiste hacerlas?

—La verdad es que me constó concentrarme.

Los dos sonreíamos a la vez.

—Por el informe de Gaia, veo que te has incorporado al trabajo.

—Sí, y aunque al principio costó, ahora siento que empiezo a controlarlo todo mucho mejor.

—¿Duermes bien? ¿mareos, dolores de cabeza, olvidos frecuentes?

—Hasta ahora, los dolores de cabeza que he estado teniendo de forma esporádica, pensé que podían ser por el estrés. No le suelo dar mucha importancia.

Se levantó y me hizo sentarme en la camilla.

—Mira aquí por favor. —Con una luz, observaba mis pupilas—. Ahora sigue la luz. —Le hice caso—. Mis dedos... —Levantó los dedos hacia arriba—. Ahora aquí. —Los llevó hasta abajo y apagó la luz unos segundos después—. Al parecer, todo está en orden, aunque creo que lo que estás teniendo son migrañas. —Me levanté de la camilla y me senté frente a él—. Te voy a recetar unas

pastillas, y si ves que después de dos semanas sigues igual o todo ha empeorado, te mandaré unas pruebas para descartar algo mucho más grave, ¿de acuerdo?

—Vale, espero que solo sea eso.

—Seguro que sí. No he visto nada raro y tampoco quiero tenerte preocupado a base de pruebas. Imagino que debes tener mucho estrés estos días. —Asentí. — Es lo normal en estos casos, bueno —soltó una pequeña carcajada. —El estrés forma parte de nuestra vida, pero en tu caso, es normal. ¿Cómo estás durmiendo?

—Llevo unos días durmiendo algo mejor.

—Descansar es muy importante, Marco. Tanto como el comer, el respirar. Todo influye.

—Lo sé.

—Te vendría bien aprender técnicas de relajación. —Cogió un talón de recetas y empezó a escribir.

Y, de repente, recordé las veces que Laura me hablaba sobre el Mindfulness, cómo lo redactaba en la carta... y sonreí casi sin darme cuenta.

—¿Te encuentras bien? —insistió el doctor haciendo que volviera a la realidad.

—Sí, sí, es que... —Lo miré y solté todo el aire que empezaba a acumularse en mi interior—. Me ha venido algo a la mente.

—¿Podrías compartirlo? —Asentí.

—Recuerdo que Laura hacía Mindfulness para tranquilizarse, lo menciona en la carta. Pero no lo recuerdo por haberlo leído, sino por haberlo escuchado de sus labios.

—Eso es maravilloso y son muy buenas noticias. ¿Qué tal tu relación con ella? —se interesó.

—Al principio mal. No quería ni verla y ... no se —me encogí de hombros. —Ahora que me estoy acercando un poco más, me tranquiliza saber que está a mi lado. —Confesé. —Todo es contradictorio.

—¿Puedo darte mi opinión? Puede que muchos de mis colegas de profesión no estén de acuerdo con lo que te voy a decir, pero he aprendido tanto de las mujeres... Estoy casado con mi tercera esposa, —Lo miré atento—. Y al principio nos llevábamos fatal, una parte de mí no quería saber nada de ella,

generalicé a todas las mujeres, creyendo de que pie cojeaban, lo había pasado muy mal. Pero, por otro lado, quería probar, porque me gustaba. Era como si mi corazón... siento sonar tan cursi... —Sonrió—. Era como si la parte del miedo, quisiese bloquear a la de «¿por qué no intentarlo?» Y eso creo que puede ser lo que te esté pasando.

—No siento nada por ella si es eso a lo que se refiere. —Me quedé pensativo. —Quiero decir, no siento nada por ella, pero... —llevé mi mano hasta mi barbilla. —Me atrae ¿Sabe lo que le digo?

—Perfectamente. Tu cabeza dice una cosa y tu corazón empieza a decir otra.

¿Tendría razón?

—No quiero hacerle más daño del que le estoy haciendo —y entonces caí en la cuenta, que seguir yendo a su casa a pasar la noche, no era buena idea. —A veces, tengo la sensación de ver a dos Lauras totalmente diferentes.

—Conociste a una Laura por carta, como ella te mostró, ahora estás conociendo a Laura de verdad ¿puede ser?

—No lo sé.

—El cuerpo es muy sabio y la mente, lo es más a pesar de que aún está débil.

—¿Y qué crees que debería hacer? —Empecé a ponerme un poco nervioso.

—Tienes que tener ganas de recordar y no obligarte a ello. Deja que todo fluya y las cosas irán surgiendo solas.

Mi hermana no tardó acercarse cuanto salí de la consulta. Me avasalló a preguntas y se las contesté de una a una a sabiendas de que era la única manera de que se quedase tranquila.

Ya en el coche, camino a la oficina, mi móvil empezó a sonar: mi madre. Melissa la había estado llamando y le contó lo ocurrido, como también llamó a mi padre, a mis hermanos...

—¿También has llamado a Laura?

Melissa sonrió de medio lado.

—¿Te molesta que no haya llamado? —salimos del coche.

—He recordado algo de ella. —Sus ojos se iluminaron. —Solo una tontería, pero puede ser por haber leído la carta, no estoy seguro.

—¿Se lo vas a contar?

Salimos del coche.

—¿Debería? —nos dirigimos al ascensor.

—No quiero que crea en falsas esperanzas.

Me quedé en silencio, tenía razón.

—No le diré nada, no te preocupes.

Pulsé el botón correspondiente a nuestra planta.

—No ha dejado de llamar. —Le miré algo desconcertado. —Laura ha estado todo el tiempo llamando.

—Gracias —y salimos.

Llegué hasta mi despacho.

—Marco. Prométeme que no te quedarás hasta muy tarde.

—Tranquila hermanita. Te lo prometo—. Quería que me tomase la tarde libre, pero había mucho que hacer y gracias a Dios, el dolor de cabeza casi había desaparecido.

Capítulo 12

Laura

—¿Qué tal la chica nueva? —Vero me miraba seria, curiosa, mientras daba un trago a su cerveza. Nos encontrábamos en casa.

—Silvana es bastante maja —era la verdad.

—Yo sigo sin entender el porqué de su contratación —volvió a dar un trago. Tú eres la mejor. —Como siempre, a Vero le daba igual si Melissa estaba o no presente. No tenía pelos en la lengua, y terminé riendo, al igual que Melissa que no se pudo contener.

—No en serio, el trabajo se me acumulaba y no ha sido tan mala idea después de todo. —Pinché un poco de tortilla que quedaba aún en el plato.

—Opino lo mismo que Vero; eres la mejor. Y ahora se nota la fluidez de los resultados.

—De verdad que es una chica muy maja.

—¿Y tiene novio?

Empecé a quitar el envoltorio de mi botellín

—Creo que está empezando con un chico. No habla mucho de su vida personal y yo tampoco soy de preguntar —me reí.

—¿Y Leo? Hace tiempo que no le veo.

—Tiene problemas —Habló Melissa.

—Su madre al parecer lleva una racha de ataques o algo así —seguí diciendo yo.

—¿Quieres que lo llamemos? —Melissa reía.

—No, gracias —Vero parpadeó dos veces seguidas, levantó las cejas y apretó

los labios.

—Ya sabéis que no me cae muy bien. —Era verdad, no terminaron de cuajar.

—¿Y por qué preguntas por él? —me quejé, volviendo a coger un trozo de tortilla

—Simple curiosidad —se levantó. —Voy a ver a la niña, que hace rato que no la oigo y no me fio mucho de ella.

Melissa y yo nos reímos y aprovechando que nos quedábamos solas, pregunté por su embarazo.

—Hasta la semana que viene, no tengo que ir al médico.

—¿Nauseas?...

—Nada de nada, estoy como una rosa —creo que mentía.

—¿Y con Cristiano? —suspiró apenada y fijó la vista al suelo.

—Bueno, ya te lo contaré —escuchamos a Vero acercarse. —¿Vemos una peli?

—¿De qué hablabais? —Se acercó sonriente.

Llevábamos casi dos fines de semana haciendo lo mismo, nos reuníamos en casa, bebíamos cerveza, picoteábamos comida basura y hablábamos de nuestras cosas, nunca en profundidad, pero ahí estábamos las unas para las otras. Me sentía muy afortunada al tenerlas. Miré a Melissa y pensé en que juntas, superaríamos todo. Ella nunca dejó de estar a mi lado y yo tampoco dejaría de estar en el suyo. Con Vero más de lo mismo, ella lo había dejado todo por mí, era como una hermana. Todo iba mejorando y cada día me sentía mejor.

La relación con Marco iba despacio... pero progresaba, o eso me parecía a mí. Estuvo varios días viniendo a casa quedándose a dormir y aunque no hablábamos, sabía que lo único que necesitaba era compañía y tiempo. Tiempo para reflexionar. Me gustaba la sensación de que me necesitase, me daba esperanzas.

Miraba el móvil de vez en cuando deseando encontrar algún mensaje preguntando; «¿Estás despierta? ¿Te importa si voy a tu casa? No puedo dormir».

La noche se alargó más de lo que esperábamos y María terminó quedándose

dormida como siempre, en el sofá.

Sonreí al mirarla.

—¿En qué piensas? —preguntó Vero, ofreciéndome unas palomitas caseras a las que habíamos añadido azúcar y chocolate blanco. Yo ya no podía comer más, tenía la sensación de que en cualquier momento iba a explotar. La miré a los ojos a pesar de la escasa luz que provenía de la televisión. Se suponía que yo estaba viendo también la película, pero no tenía ni idea de cómo esos enanos del señor de los anillos, habían llegado hasta allí. ¿Cómo no se iba a dormir la niña? La película llevaba tres horas puesta.

—En la suerte que tengo de teneros a vosotras.

—Ohhhhh —dijeron las dos a tiempo que me abrazaban.

María, que era una gran madrugadora, nos despertó a las ocho y media de la mañana. Reía a carcajada limpia mientras veía los dibujos. La madre que la parió.

—Chicas, os tengo que confesar una cosa —Vero se había encargado de preparar el desayuno.

—¿Qué ocurre? —Me preocupé a pesar de que seguía medio dormida.

—Me han despedido.

—¿¡Cómo!? ¡¿Y eso!?! —Ni Melissa ni yo podíamos con nuestro asombro. — ¿Por qué no nos has dicho nada?

—No quería estropear el día de ayer. —Se sentó junto a nosotras y se echó a llorar.

Se me partió el alma al verla así y lo peor de todo es que lo que pensé, fue que todo era por mi culpa.

—Pero, ¿Qué ha pasado?

—Al parecer, no supero el nivel de exigencia mínimo y han decidido prescindir de mí.

—Qué putada —susurré pensativa.

—No deberías preocuparte —empezó a decir Melissa—. ¿En qué te gustaría trabajar?

—Hombre... —Suspiró apenada—. Aquí, a lo único que puedo aspirar es a limpiar. Un hotel y volver a los masajes, porque, lamentablemente, mi italiano es pésimo. —Se quejó relajando sus brazos.

—Pues las clases que dije que te pagaría con mucho gusto, siguen en pie —Melissa se ofreció a pagarle un curso intensivo de italiano hacía varios meses, en cuanto vino. Pero Vero, tan modesta, se negó.

—Es mucho dinero, Melissa, y no podría aceptar algo así. Y el trabajo no me ha permitido ahorrar mucho, que digamos —trabajaba como repartidora en unas oficinas. Melissa le ayudó a encontrar algo para ir tirando mientras le buscaba algo mejor.

—Por el dinero sabes que no debes preocuparte, cielo. Pero con tus estudios podrías trabajar en la empresa y, qué quieres que te diga, me gustaría mucho. ¿Te imaginas siendo mi secretaria?

Las tres reímos. Melissa era tan buena persona, que a veces me parecía de mentira.

—Solo aceptaría las clases, si me dejaras ir pagándotelo poco a poco. Y sí, me imagino llevándote el café, las copias de documentos, analizando tu agenda...

—Es un trabajo muy duro ¿eh? —Melissa me miró conteniendo la risa.

—Si bueno, pues que yo sepa, Leo está como Dios, así que de duro nada.

Volvimos a reír.

—Bueno, pues entonces... trato hecho, dejare que me lo vayas pagando poco a poco. —Melissa me miró y me guiñó el ojo sin que Vero se diese cuenta.

—No sé cómo lo voy a hacer —pensó en voz alta.

—Ya te he dicho, que de eso no tienes nada de lo que preocuparte. —Tuve que saltar ante su comentario.

—No quiero que tengas que ocuparte de nosotras —dijo apenada.

—Y yo te he dicho muchas veces, que tu opinión... me resbala. Sois mi familia ¿caso tu no harías lo mismo por mí? Te recuerdo que dejaste tu casa, tu vida para trasladarte a un país que no conocías.

—No es lo mismo.

—Si es lo mismo —Alcé la voz. Melissa nos miraba a las dos.

—¿Puedo dar mi opinión? —Ahora la miramos a ella. —Mi consejo es que te centres en aprender el idioma, cuando lo domines en todos los sentidos, pensaremos en algo. Y mientras tanto, te aguantas con las amigas que te has buscado.

—Sois insoportables, que lo sepáis. —Dijo emocionada. —Os odio.

—Si ya, de la misma forma que nosotras a ti.

Vero no tardó en marcharse a casa, tenía que bañar a la niña, y hacer algunas cosas. Excusas. En realidad, necesitaba estar sola un ratito, la conocía bastante bien.

—Creo que tienes algo pendiente que contarme —si Melissa creía que se me había olvidado, lo llevaba claro.

—¿Tiene que ser ahora? —Nos fuimos al salón y nos sentamos en el sofá. Puse la tele para escuchar algo de fondo.

—Sí, ahora mismito. —La empujé hacia mí.

Silencio.

Le di tiempo, la escuchaba respirar, aguantar las lágrimas que desde ayer acumulaba.

—Ayer hablé con él —empezaba a desquebrajarse—. Le dije que estaba embarazada. —Yo permanecía en silencio. —¿Sabes qué dijo? —Negué con la cabeza en cuanto levantó la mirada hacía mí. —Nada. Ni una puta palabra.

—¿Qué te gustaría que hubiera dicho? —Melissa se incorporó limpiando sus lágrimas con la manga de su camiseta.

—No lo sé. —Y se derrumbó.

—Tranquila, —la abracé. —Eres fuerte, lo superarás.

—No, Laura —se apartó y volvió a limpiarse, obligándose así a parar de llorar. —No soy fuerte, soy débil, por eso vuelvo a tropezar con la misma piedra.

Acaricié su melena.

—No lo pienses de esa manera. Todo el mundo termina haciéndose amiga de la piedra de la que no deja de tropezar.

—Pensé en abortar.

—Y no lo has hecho Melissa. Has decidido tirar hacia delante. ¿Qué Cristiano no quiere hacerse cargo? ¿Qué prefiere mantener silencio? Él es quien se lo pierde y no tú. A ti te está haciendo un favor.

—¿Y por qué quiero e imagino que formamos una familia?

Suspiré apenada.

—Porque lo idealizas. En el pasado era el hombre con el que te ibas a casar, era el hombre con él que ibas a formar una familia. Ahora que ha vuelto, creo que idealizas al hombre del que te enamoraste.

Durante varios minutos se mantuvo en silencio.

—¿Puede ser... —agarró su cabello formándolo en una coleta. —que lo esté sacando todo de contexto? —Su tono cambió y me preocupé, porque su mente hiciera de las suyas. —Tendría que haberle dado la noticia a la cara y no por teléfono. Puede que lo esté mal interpretando.

—Melissa. Ese hombre no te hizo bien ni lo está haciendo ahora.

—Yo tampoco soy perfecta que digamos.

—Nadie lo es.

De nuevo silencio.

—Soy la peor amiga del mundo. Yo, contándote mis problemas después de todo lo que estás pasando.

Me reí.

—Eres tonta. —Dije con un tono de burla. —Somos tontas, muy tontas. El amor esta para disfrutarlo y míranos a la dos. —Volvimos a reír.

—¿Te apetece pasar el día fuera? —Saltó animada al cabo de un rato.

—¿Me prometes que no hablaremos ni de Marco ni de Cristiano?

—Prometido —me mostró su dedo meñique e hicimos una promesa.

Nos vestimos y fuimos en busca de Vero, pero como siempre, usaba la niña

como excusa.

—¿Y dónde dejo a la niña?

—Recuerda que eres mujer aparte de madre. Que de vez en cuando, vamos digo yo, tendrás que salir. —Me crucé de brazos y me apoyé en el marco de la puerta.

—Ya, pero todo el día...

—Hemos hablado con Jimena, y le hemos alegrado el día. Está sola en casa y ha quedado encantada. Ni ha dudado.

—Qué maja es esa mujer. Pero... ¿Estáis seguras?

—Te doy tres segundos para escuchar un sí. —La niña nos miraba.

—Yo quiero irme con Jimena, ella me compra chuches —reímos ante su comentario. —Y me leé cuentos.

Y así fue.

Necesitábamos pasar tiempo juntas, desconectar, y ver una peli no era lo suficiente. Disfrutamos de un paseo por la parte histórica de la ciudad y sus mercados al aire libre. Nos íbamos parando casi en todos los puestos, probando alimentos nuevos y bebiendo del mejor vino, aunque Melissa no lo probó.

—Hija, ni que estuvieras embarazada para no beber. Anoche con la cerveza sin...—Salto Vero. Melissa se la quedó mirando sin saber que decir, y fue descubierta. —¡Vamos! No me lo puedo creer —también me miró a mí.

—Iba a contártelo —Melissa habló apurada.

—No, sí ya me he dado cuenta —echó a andar molesta, adelantándonos.

Fuimos detrás.

—Vero, por favor —le pedí haciendo que parara.

—¿Qué os pasa a las dos? No me contáis nada.

—No quería que te preocuparas.

—Pues hacéis todo lo contrario, porque te recuerdo —me apuntó con el dedo —guapita, que las dos estábamos preocupadas por ella.

—Yo le pedí que no lo contara. Lo siento —Melissa se acercó.

—Sois..., sois lo peor. Se supone que todas estamos para una.

—Lo sé y lo siento. Te lo contare todo.

Y lo que se supone que iba a ser un día para desconectar, terminó siendo un día de confesiones.

Fuimos hasta la playa, dónde las tres nos tiramos a la arena.

Mientras Melissa narraba, yo cerraba los ojos, centrándome en el sonido del mar, sintiendo que tocaba las olas.

—¡Joder Melissa! —Exclamó Vero. —Entre las dos me vais a matar.

Y si por si eso era poco, empecé a hablar.

—Yo me acosté con Marco en su despacho —tapé mi cara con las manos.

—¡¿Qué?! —Vero miró a Melissa y las dos, me miraban a mí.

—¡Hostias! Laura, no puedes esconder algo así, aunque... —Miré a Melissa.
—Yo ya lo sabía. —Me sorprendí ante su comentario. —Mi hermano me lo contó.

—¿Entonces..., —Vero empezó a venirse arriba —quiere decir... que tú y él...?

—No —la corté. —Quiere decir que le entraron ganas de follar y justo en ese momento, estaba yo.

—Bueno, mejor tú que no otra ¿no? —Vero...

—No lo había pensado así, —fingí una enorme sonrisa. —Gracias, ¿eh?

—Qué tonta eres. —La mano de Vero palmeó mi hombro. —¿Recuerda algo?

—No —jugueteeé con la arena calmando así mi ansiedad. —Pero se está acercando y eso es bueno.

—Vale, día de confesiones. —Suspiró. —Os tengo que confesar —Melissa y yo la mirábamos atenta. —Que me han echado de trabajo porque me pillaron manteniendo sexo con el encargado.

¿Perdón? Abrí los ojos como platos.

—No habléis las dos a la vez, que no os entiendo —Vero se puso algo nerviosa.

—¿Y tú te quejas de que no te contamos nada? —Comenté.

—No quería parecer una guarra.

Pero mira que era idiota. Empecé a reírme a carcajadas sin poderlo evitar y Melissa imitó mi gesto.

—Somos tres tontas muy tontas —Vero también empezó a reír.

Aquello se fue de madres y tras las risas, llegó el silencio. Las tres, pensativas mirábamos el mar.

—¿Qué hago si Marco vuelve a querer tener sexo? —Terminé sacando las preguntas que retenía en mi interior.

—Te diría..., que si tienes ganas, que lo disfrutes. —Hablaba Vero.

—Ya, pero y ¿luego? Me quedo echa una mierda.

Suspiramos las tres.

—Te sigo diciendo que trates de conquistarlo. —Ahora era Melissa quien hablaba.

Volví a reír.

—Con el sexo también se conquista —¿Y está Vero dónde estaba escondida?

—Queremos saber la historia del encargado —Melissa habló por mí.

—Pues..., —Vero sonreía. —Está divorciado, tiene dos hijos, uno de ellos es mayor de edad y... ¡Chicas! ¿Sabéis cuánto tiempo llevaba sin probar a un hombre?

—No te veo llevando la iniciativa —confesé.

—Ni yo, pero oye, la necesidad es lo que tiene. —Siguió con su historia. —Acababa de terminarme un libro, llamado ¿Te miento o te digo la verdad? De una escritora que lleva poco tiempo en el mundillo, Coral Fernweh —¿os suena? —nos miró a las dos.

—No, no me suena. Pero ya que lo dices... habrá que leerla.

—Bueno, el caso es que... no sé. ¿Por qué no tener sexo? ¿Acaso eso es malo? —sus preguntas me dieron que pensar. —Llevaba días que lo pillaba

mirándome más de la cuenta, así que... —Se encogió de hombros. —Empecé a exhibirme delante de él, paseándome, sonriendo más. Un mañana un café, otro día... algo de picoteo..., y en la sala de archivos, coincidimos. Olía de bien... —Marco también olía muy bien... —él se acercó demasiado y yo..., pues eso.

—Eso, qué —quería que llegara hasta el final.

—Pues que le besé.

—¿Y? —ahora era Melissa quien preguntaba. Nos miramos y reímos impacientes.

—Pues que tuvimos sexo —se tapó la cara —sexo oral.

—¡Dios! ¡Sexo oral! —me hice la sorprendida. —Vale, sigue —me puse seria.

—Volvimos a coincidir más de una vez al día..., y más sexo, de todas las posturas... —se reía nerviosa. —Hasta que nos pillaron.

—¿Más de una vez al día?

—Sí —volvió a tapar su cara. Melissa intentó apartar sus manos mientras reíamos.

—Y yo que pensaba que eras virgen —nos reímos más.

—Me he vuelto una marrana, ahora solo sé pensar en todo lo que me gustaría hacer..., como disfrutar más.

—Para eso tienes que salir más..., conocer chicos..., usar vibradores para así poder conocerte más.

—¡Laura, por Dios! —se puso colorada.

—Eh..., tener sexo es lo más natural. —Las dos volvían a mirarme como si estuviera diciendo algo anormal.

—¡Perdona, guapa! Pero tú, no es que hayas sido...

—Lo sé. Pero conocí a Marco y conocí el significado de echar un buen polvo.

—Soy la hermana —Melissa levanto la mano, por si se te olvida y cuentas algo...

—¿Otra? —solté una carcajada. —Te has leído la carta y no me he cortado ni

un pelo al explicar todo, lo que hacíamos literalmente.

—No es lo mismo leerlo y no visualizaros a ninguno de los dos que...

—¿Qué ponías, otras caras? —Vero estaba que se salía esa tarde-

El día comenzó a nublarse. Respiré hondo la brisa del mar.

—¿No tenéis hambre? —Melissa tocó su barriguita. Ese gesto me pareció tan tierno...

Disfrutamos de una rica merienda con abundante chocolate frente al mar.

—¿Y qué pasa con el encargado? Quiero saber más —corté un trozo de creps y me lo llevé a la boca.

—Pues nada. El sigue con su puesto de trabajo y yo..., yo he quedado como la buscona.

—¿Disfrutaste? —no quería que se quedara con el lado malo.

—Mucho.

—Pues quedate con eso y que el próximo ligue, sea un hombre de negocios que nos saque de pobres. Eso, si, que haya amor de por medio.

Eran las ocho de la tarde cuando abrí la puerta de casa. Cogí aire, de nuevo todo era pensar y pensar. Me di un baño y no salí hasta que noté el agua fría.

La mañana del domingo la aproveché para limpiar la casa a fondo. Vero salió con la niña, se sentía la peor madre del mundo por haberse escapado el día interior y quiso compensar a la niña llevándola al cine.

Y por la tarde, esperé impaciente alguna noticia de Marco. Tentada estuve de llamarle en varias ocasiones, pero lo pensé bien y terminé borrando la idea de mi mente.

Llamé a Melissa, una vez..., dos veces... tres... y no tuve noticias de ella hasta

casi las diez de la noche.

Su voz me alarmó.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Sí, no te preocupes. —Empezó a llorar. ¡Ay Dios! —He salido a tomar el aire.

—¿Tu sola?

—Sí.

—Vale, dime donde estás que iré para allá.

—No, Laura. Pronto me iré a casa.

Silencio.

—Cuéntame que ha ocurrido —lo imaginé.

—Hemos hablado y...

¿Acaso es que ese hombre no se cansaba? ¿Qué era lo que quería conseguir?

—¿Y...?

—No quiere hacerse cargo. Dice no estar preparado.

—Como si tu si lo estuvieras, no te jode. Para meterla sí, pero para asumir consecuencias, ¿no? —me enfadé. —Lo siento Melissa.

—Tienes razón.

No entendía el porqué de la necesidad de estar junto al hombre que le estaba destrozando la vida, no una vez, sino dos y encima ella, que podía tener al hombre que quisiera solo con chasquear los dedos.

—¿Y qué pasó con esa amiga tuya? ¿Tampoco estaba preparado? —No tardé en arrepentirme tras preguntar.

—Según él, al final no tuvo al bebé y yo no volví a tener contacto con ella.

—¿Por qué no te vienes a casa?

—Necesito estar sola, encontrarme.

—Si necesitas algo, ¿me llamarás?

—Te lo prometo.

Capítulo 13

Marco

—He pensado que podíamos quedar a comer, conozco un sitio que te va a encantar.

—He de terminar estos documentos para la presentación del cliente. Si no te importa esperar un poco...

—Tranquilo.

No tardé más de media hora en finalizar todo lo que tenía previsto. Leo me esperaba fuera del edificio.

—Ya estoy —dije desabrochándome la corbata con una sonrisa en los labios.

El restaurante era más pequeño de lo que me había imaginado pero muy acogedor. Una de las camareras, nos llevó hasta la mesa que Leo había reservado para nosotros.

—Gracias —le dije a la chica que sonreía amable. Pedimos las bebidas y se marchó.

—Espero que te guste el sitio. Suelo venir a menudo. Hacen comida muy buena.

—Si, no está mal.

No tardaron en traernos los platos que nos habían recomendado del día.

—¡Hombre! Leo, nuestro hombre favorito. —Una mujer, se acercó a darle dos besos—. ¿Qué tal estás? —La mujer, de pelo claro y ojos oscuros, me miró y

sonrió de medio lado. Gesto que imité y, sin esperar a las presentaciones, me levanté para darle dos besos.

—Ella es Regina, amiga de hace muchos años.

—Un placer —dijo ella volviendo al lado de Leo, que no le quitaba los ojos de encima.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó ella.

—Regina, es la dueña de todo este sitio —puntualizó Leo.

—Espero que te esté gustando todo lo que ves aquí, está hecho con mucho cariño y mimo. Lo heredé de mis padres. —Miró hacia arriba—. Que en paz descansan. ¿Puedo sentarme?

Los dos asentimos con la cabeza y se sentó junto a Leo.

—¿Por qué no me has avisado de que venías? Ha sido una casualidad que esté hoy aquí. —Regina me miraba a pesar de que sus palabras no iban dirigidas a mí.

—Ha sido de improviso, tenemos mucho trabajo —Contestó Leo.

—¿Eres su compañero? —preguntó la chica, dando un sorbo a su copa mientras su mirada ardiente intentaba penetrar en mí.

Incliné los codos sobre la mesa y sonreí, sintiéndome alguien importante. Por primera vez sentía que volvía a ser yo.

—Soy su jefe.

—¡Vaya! —Se sorprendió e incluso diría, que eso le provocó más interés—. Un placer, entonces. Veo que cuidas muy bien de mi amigo.

—Se intenta.

La comida fue bastante agradable. Conocer a gente nueva que no esperase nada de mí, era algo que necesitaba casi con desesperación. Regina era muy simpática, guapa, atractiva y sensual. Tenía varios negocios y no solo de restauración. Tenía una tienda de moda en una de las calles más prestigiosas de la ciudad.

—¿Te veré en la fiesta? —Preguntó a Leo.

—Claro.

Regina me miró a tiempo que esbozaba una sensual sonrisa.

—¿También vendrás?

—No he sido invitado —bebí de mi copa sin dejar de mirarla.

—Ya te invito yo.

—Gracias. Lo pensaré —dije.

En cuanto se dispuso a marcharse, me levanté por cortesía para acercarme y le di un beso con bastante intensidad, notando como su respiración se aceleraba y mi pulso, también.

—A Regina le has gustado.

—¡Venga ya! —Me reí. Aunque yo ya lo supe.

—No seas tan modesto. Le has gustado, la conozco desde hace muchos años y su forma de mirarte... no es la habitual, créeme.

—¿Y de qué la conoces? —Cruzábamos la calle y justo en ese instante, la vi, acompañada de Lorenzo.

—¿No es esa Laura? —Leo me miró—. ¿Y Lorenzo?

Ellos no nos vieron y lo preferí. Charlaban, ella no dejaba de reír. ¿Si me sentí celoso? solo una sensación rara recorrió mi cuerpo, encogiendo mi estómago y acelerando mis latidos como minutos antes me ocurrió con Regina.

Decidí dejar la puerta de mi despacho abierta y esperé algo inquieto, nervioso, a que ella volviera. Cuando por fin regresó la observé en silencio, no entendía que era lo que me pasaba. Se se dio cuenta de que la miraba.

—Hola —gesticuló con los labios.

Me levanté y llegué hasta ella.

—¿Podemos hablar un momento?

No tardó en entrar a mi despacho.

—Cerré la puerta y al hacerlo, me permití el lujo de mirar su trasero. Llevaba un vestido oscuro ceñido a su cuerpo que acentuaban sus curvas.

—¿Estás bien? —se sentó. Yo me apoyé sobre la mesa, me crucé de brazos y piernas. —Hace varios días que no sé nada de ti.

—Lo siento, demasiado liado y cansancio acumulado que ha hecho que logre dormir de una sentada —mentí. —He pensado que podíamos salir a cenar... —no lo pensé, se me ocurrió así, de repente.

—¿Tú y yo?

—Sí, en plan amigos. —Lo quise dejar claro y vi, como su sonrisa se fue congelando.

—Por mí, bien.

—¿Te paso a recoger a las nueve? —Busqué su mirada.

—Sí. —Humedeció sus labios. Ese gesto me provocó.

—¿Qué tal con la Silvana? ¿Se adapta? —Necesitaba cambiar de tema.

—Ha sido muy acertada su contratación —sonreía enseñando sus dientes. —Ahora con tanto trabajo, creo que no hubiera conseguido todas las traducciones.

Silencio.

Empecé a sentirme como un idiota.

—¿Algo más? —se puso en pie. La tenía frente a mí. Acarició su larga melena y la echó a un lado dejando su cuello visible.

—No, nada más. ¿Nos vemos a las nueve?

—Perfecto.

Se marchó con una bonita sonrisa en los labios y yo me tiré bastante tiempo analizando mi reacción.

Casi me atraganté cuando la vi salir del edificio con un bonito y elegante vestido color crema. Yo la esperaba en el coche. Salí a recibirla. Sonreía acercándose a mí y cuando me quise dar cuenta, yo imitaba su gesto.

—¿Qué tal? —preguntó dándome dos besos.

—Estás muy guapa —casi no me salía la voz.

—No exageres, es lo primero que he pillado en el armario —mentía seguro.

Llevaba el pelo suelto y se lo había rizado. Dejaba visible un bonito escote que te dejaba sin respiración y los zapatos de tacón, definía su cuerpo realzando sus bonitas piernas.

Le abrí la puerta del coche y entró.

—He pensado llevarte a un restaurante que han abierto hace poco. Ha recibido buenas críticas.

—Yo me conformo con comerme un bocadillo tirados en la arena de la playa —la miré confuso. —Pero con este atuendo, no sé yo —se echó a reír.

Hicimos medio camino en silencio, probé en probar algo de música, pero todo lo que había en la radio no terminaba de gustarme. Así que me dispuse a hablar.

—¿De verdad estás bien? La miré un pequeño instante.

—Sí. ¿Y tú?

—Igual.

—¿Nada nuevo?

Parecía una conversación forzada.

—Nada nuevo.

Llegamos al restaurante.

El *maître* nos llevó hasta la mesa. Laura estaba casi con la boca abierta observando el lugar. Era bastante elegante y había acertado con la ropa.

El *maître* la ayudó a sentarse, le mostró la carta aconsejándole los mejores platos y cuando llegó mi turno, me dio a probar una botella de vino. Muy acertado.

—Exquisito —dije tras saborear el líquido rosado, mirando a Laura. —

Tráiganos una botella.

—Enseguida, señor.

Cuando nos quedamos solos, no dudé en inclinarme para preguntarle a Laura que le parecía el sitio.

—Muy bonito y elegante, sin lugar a dudas, pero... ¿por qué no me han dado de probar el vino? ¿Por qué solo a ti? Me ha parecido un poco machista, la verdad.

Me reí.

—Estoy tan acostumbrado a que siempre sea a mí a quien le den de probar, que no he sido consciente.

—Nunca me llevaste a un sitio de estos cuando estábamos juntos. Yo no sé comer y hay demasiados tenedores ¿cada uno es para una cosa? —volví a reírme.

El camarero no tardó en regresar con la botella.

—Disculpe —llamé su atención. —¿Podría servirle a mi chica —¿mi chica? Esa pregunta salió de mis labios sin haberla pensado, sin permiso, —un poco de vino? Se ha sentido algo molesta por no haber tenido el gesto con ella hace unos minutos.

El chico se puso rojo como un tomate.

—Discúlpeme, señorita —hablaba nervioso. Le dio de probar.

—Disculpado. Espero que no sea habitual servir siempre al hombre, como si la mujer no existiera. —El chico me miró.

—Tiene razón.

—Qué para lo que queréis, las mujeres somos primero —volví a reírme. La mujer que tenía delante, tan desconocida para mí, probó el vino sin dejar de mirarme.

—Está muy bueno, pero... si es tan amable, ¿puede traerme un refresco?

«¿Sería de poco profesional que, en este tipo de reuniones una se pidiese un refresco?» «¿Qué quieres que te traiga? Pídeme lo que quieras». Ella, vestida con un conjunto que Melissa le había dejado. Me miraba algo avergonzada.

—¿Estás bien, Marco? —su voz me sacó de mi pensamiento. Tragué saliva.

—Sí, no te preocupes. —No dije nada al respecto. Sonreí. El corazón martilleaba mi pecho. Meforcé por seguir recordando, pero solo eran algunas imágenes sueltas, un beso, unos labios que se acercaban...

—¿Cómo van las consultas con Gaia?

—Bien, suelo ir una vez a la semana.

—¿Y el médico?

—Aun espero los resultados de la última vez que estuve.

Y menos mal, que el camarero apareció con los platos que nos habían recomendado. Todo tenía una pinta deliciosa y de lo último que quería hablar, era de médicos, dolores de cabeza, recuerdos...

—¿Sabes si mi hermana está bien? —Esa pregunta la pilló por sorpresa. Bebió un poco de agua y me miró algo seria.

—Sí, ¿por qué? ¿Te preocupa algo?

—La veo algo distante últimamente.

Silencio.

—Si me entero de algo... —mentía, lo noté en su mirada. Sabía lo que ocurría.

Diez minutos más tarde.

—Me gustaría celebrar una pequeña comida en modo de agradecimiento — otra vez haciendo planes que ni había pensado. —Invitando a Lorenzo —analicé su reacción. —Imagino que hace tiempo que no lo ves, ¿no?

—Lorenzo y yo mantenemos una relación bastante agradable. Hoy mismo he estado con él. Me invitó a comer.

—Vaya, no sabía que mantuvierais relación.

—Desde el accidente, él me ha estado apoyando mucho. También a Vero,

poniéndoselo todo más fácil.

—Nadie me mantenía informado de ello.

Dejó su cubierto sobre el plato.

—No creí que esa información fuera relevante. Nunca has preguntado ni ha salido el tema.

Cogí aire disimuladamente. Me sentí tan gilipollas.

—Me alegro de que os esté ayudando. —¿En serio me estaba alegrando? Este era un tema que tendría que hablarlo con Gaia. —Tuvo que ser muy duro para Vero ¿verdad?

Pestañeó varias veces, sus ojos brillaban y por el gesto, supe que retenía la emoción de pensar en todo lo que su amiga, había sufrido.

—Muy duro, muy pero que muy duro. Ella no ha superado aún la muerte de su madre y aunque no habla de ello, sé que lo sigue pasando mal. El accidente la dejó tocada. Pensó que me perdía. Creo que tomar la decisión de quedarse le ha venido muy bien. Ahora domina mejor el italiano, se entiende con Melissa, han conectado —sonrió —y la niña está súper integrada. Os quiere mucho.

—Lo sé. Creo que mi madre ha volcado todo el cariño que le tenía a Bella, a María. Cuando voy a casa suele hablar mucho de ella. —No mentí.

—¿Sabes algo... de?

—No. ¿Crees que es lo mejor?

Estiró su brazo hasta llegar a mi mano. El contacto de su piel me transmitía la tranquilidad que me faltaba.

—Por la niña, sí.

Silencio.

Tomamos el primer plato, parte del segundo y el postre.

—¿Qué tal tu relación con Leo? —decidimos dar un paseo antes de subir al coche.

—Leo es un buen chico —dijo con una sonrisa en los labios. —También él me ha estado apoyando mucho. Al principio, no te voy a negar que me caía mal. Pero ahora..., pienso todo lo contrario.

—Me alegro de que no te hayas sentido sola en ningún momento. —Posé mi mano en la parte baja de su espalda, gesto que la hizo mirarme a los ojos.

—Siento si he molestado.

—No, tranquilo. No me molesta... —mostró su brazo. —La piel se me pone de gallina con solo tocarme.

Tragué saliva.

—¿Nos sentamos? —Fuimos hasta un banco de piedra, dónde dejaba la ciudad bajo nuestros pies.

Volvió ese silencio incómodo.

—¿En qué piensas? —no podía dejar de mirarla. Ella sonrió antes de contestar.

—En la primera vez que fuimos a tomarnos algo juntos, antes de saber quién eras.

—¿Qué fue lo que te atrajo de mí? —Quería saber tantas cosas.

Parpadeó varias veces y mordió sus labios. Gesto que me provocó excitación.

—Bueno..., no quiero sonar superficial —apartó la mirada un instante. No paraba de sonreír. —Pero creo que tú sabes perfectamente que es lo que atraés a las mujeres.

Me hice el tonto.

—Pues ni idea, de verdad.

—Idiota, sé que estás mintiendo —nos reímos. —Cuando te vi por primera vez..., el color de tus ojos fue lo que más me llamó la atención. Y luego todo estaba a tu favor. Tu cuerpo, tu espalda... —se tapó la cara. —¿Por qué me haces esa pregunta?

—Solo es pura curiosidad.

—Mentiroso, en la carta te describo ese momento.

Silencio.

—Sí, pero no es lo mismo que tú me lo cuentes. —Nos miramos. —Me da mucha pena no recordar...

—¿Pena? —sonrió. —Mi tía decía que pena, era la mujer del pene.

Solté una carcajada. —Debes sentirte más que orgulloso por lo fuerte que has sido este tiempo. Saliste del coma gracias a las ganas de vivir —me dejó sin palabras.

—Pero no te recuerdo, Laura.

—He pensado mucho sobre este tema —nos íbamos acercando. —Y debo dar las gracias por tenerte, me dan igual las formas, las condiciones, es un precio que prefiero pagar. Tenerte vivo es suficiente para mí.

Tragué saliva..., ella humedeció sus labios.

—¿Quieres que nos vayamos? —se me secaba la boca. Sentía el corazón latir por todas las zonas de mi cuerpo. Me puse de pie.

—Sí, —miró la hora en su reloj. —Además, ya es tarde y mañana tenemos trabajo.

Hicimos el regreso en silencio y la miré de forma disimulada todas las ocasiones que pude.

Abrí la puerta del coche.

—Gracias.

La acompañé al edificio.

—¿Quieres..., subir? —Deseaba esa pregunta.

—¿Te apetece que suba? —miraba sus labios.

—Sí.

Las puertas del ascensor se abrieron y entre besos, accedimos a él. No sé cómo hicimos para llegar hasta su puerta sin habernos arrancado la ropa. Abrió con desesperación, entramos, la cogí a pulso, besé sus labios con rabia, con urgencia y cerré de un puntapié.

—¿Estás segura? —susurré a su oído.

—Sí.

—Ya sabes las condiciones —besé su cuello.

—Deja de hablar, por favor.

La desnudé, ella hizo lo mismo y fuimos hasta la habitación.

—Deja que sea yo quien te pruebe a ti —me pidió. Mordió mi labio y dejó que hiciese lo que quisiese con mi cuerpo. Contemplé su boca abrirse para introducir lentamente mi sexo en su interior.

—¡Joder!... —cerré los ojos y me dejé llevar por el placer que me proporcionaba.

Cuando ya no pude aguantar más, la cogí por los hombros levantándola y la tiré a la cama.

Su mirada echaba fuego.

Relamió sus labios y abrió sus piernas solo para mí.

La penetré con ganas, con fuerza, con locura...

Gritó mi nombre presa del placer.

Chupé sus labios, bajé hasta su cuello y seguí con las embestidas hasta que los dos alcanzamos el clímax, quedándonos rendidos sobre el blando colchón.

Los latidos aceleraban mi respiración.

La miré..., me miró.

—He de irme.

—¿En serio? —irritada se incorporó, tapó su cuerpo con las sábanas.

—Sabes cual son las condiciones.

—Ya, pero... ¿Qué soy ahora? ¿Una puta? ¿Por eso sacarme a cenar? ¿para tenerme contenta?

—No. Si te he sacado a cenar es porque me ha apetecido —no estaba yo muy seguro de eso.

—Te sale muy barato echar un puto polvo conmigo —buscó algo que ponerse. —Vete si has de irte, lo mismo alguien te está esperando. —Lo dijo con tanta rabia...

Capítulo 14

Laura.

—Lo que quedaba de semana se me hizo demasiado larga. Melissa casi no pisaba el despacho, Leo muy ocupado y Marco... La verdad es que me sentía tan sucia, que no quería ni verlo.

Terminé de recoger mis cosas y fui directa hacia mi moto.

—Laura... —era él.

—No me apetece hablar contigo. No te molestes —ni le miré.

—Yo sí tengo que hablar contigo y sí, me molesto en hacerlo.

—Vale, pues rapidito —le reté con la mirada, sabía que pronto llegaría la puta debilidad de tenerlo delante.

—No se volverá a repetir, lo siento.

Silencio.

—Por mi parte, por supuesto que no. —¿Pero a quien quería engañar? Disfrutaba teniendo sexo con él, pero sentía una rabia porque él no avanzara... ¿No sentía nada al tocarme?

Lloré nada más llegar a casa y pensé en tirar la toalla, abandonarlo todo y volver a empezar de cero, pero pronto se me quitó la idea de la cabeza en pensar en todo lo que dejaría por el camino.

Me cansaba de mis propios sentimientos. ¿Dónde estaba la chica segura que siempre fui? ¿Dónde estaba la chica, que, aunque le daban miedo las cosas..., seguía hacia delante? Casi no me conocía.

Al cabo de un rato, cansada de estar tirada en el sofá de mil posturas diferentes, llamé a Melissa.

—¿Estás bien? Casi no he sabido nada de ti.

—Sí, no te preocupes. Hoy fui al médico.

Me incorporé.

—¿Y por qué no me has avisado?

—Porque no he ido sola.

Cogí aire y cerré los ojos.

—Entiendo. —Silencio por parte de las dos. —¿Está ahí ahora?

—Sí.

—¿Qué fue lo que hablamos el día que fuimos a la playa las tres?

—Sé lo que dije antes y después de estar allí, pero... hemos hablado y...

—No hace falta que me des explicaciones, no te preocupes.

Estaba claro que Melissa no estaba en su mejor momento y que por culpa de ello, se arrimó a Cristiano como si fuera la única persona en darle algo que solo podría darse a sí misma.

—Me quiere...

Chasqué mi lengua contra los dientes.

—¿Y tú?

—También le quiero.

—No te he preguntado si le quieres, te he preguntado si tú, te quieres a ti.

De nuevo ese silencio ruidoso.

—No sé a qué te refieres. —Lo sabía perfectamente. Toqué mi pelo.

—No necesitas que él te quiera, debes hacerlo tú. Tu eres quien debe quererse.

—¿Pero qué tontería estás diciendo? —preguntó graciosa, cambiando por

completo su tono de voz.

—Imagino que lo tendrás justo ahí.

—Ajá.

—Espero que medites sobre lo que te he dicho. Para que los demás te quieran como tu mereces, primero has de quererte tú—. Y colgué.

Tapé mi cara y resoplé fuerte. Me dieron ganas de gritar, de romper mil cosas, llorar de rabia y la única solución que encontré al cabo de una hora y media pensando, fue llamar a Lorenzo, pero era tan tarde... que decidí posponerlo al día siguiente.

No pude dormir. Miraba constantemente la pantalla del teléfono esperando algo, una llamada, un mensaje, de Melissa, de Marco...

—Perdona que te llame a estas horas. —Sentí un poco de vergüenza. Eran las ocho y media de la mañana.

—No te preocupes ¿ocurre algo?

—¿Podemos vernos, en la cafetería de la última vez?

—Claro.

Si mi llamada ya le preocupó, mi tono de desesperación lo empeoró.

Me vestí, bajé hasta el garaje y en cuanto subí en mi moto y arranqué, esa sensación que tanto necesitaba se apoderó de mí.

Conduje deprisa, la adrenalina me aportaba tranquilidad, ser dueña de mis emociones, de mis pensamientos, así que no tardé en llegar hasta la cafetería. Entré en el local y pedí por los dos.

Lorenzo no tardó en aparecer.

—Me tienes preocupado.

—Lo sé y lo siento. ¿Estabas durmiendo?

—No, suelo madrugar los fines de semana para adelantar trabajo. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, solo que... he estado pensando toda la noche en lo que estuvimos hablando el otro día —le miré. —Respecto a recibir información de mis padres. Dijiste que conocías a alguien, que ese alguien...

—Sí.

—¿Podrías hacerme un favor?

—Dime.

El camarero trajo las bebidas y dulce para acompañar al café.

—He pedido por ti, espero que no te importe.

—No te preocupes.

—¿Conoces a Cristiano, ex de Melissa? —Yo comía intentando aparentar tranquilidad, aunque su forma de mirarme, delataba su preocupación.

—Sí, ¿por? —No quería entrar detalles. —¿Se siguen viendo?

—No, que yo sepa. —supo que mentía. —Siento curiosidad. —Ni siquiera insistió.

—Ese chico... No es bueno.

—Ya, imagino —aparté la mirada.

—Si lo que te preocupa es que le cuente algo a Blanca o a Marcelo, no tienes nada de lo que alarmarte. —Me quedé callada.

—Necesito información, eso es todo.

—¿De qué tipo?

—Saber quién es, por dónde se mueve.

—No pienso poner tu vida en peligro.

Me reí.

—No voy a hacer nada que me perjudique.

—Si quieres saber quién es, y por dónde se mueve, solo significa una cosa. —
Vale, me había pillado.

—Por favor...

Le miré con cara de corderito.

—Quiero ayudar a Melissa, eso es todo —confesé.

Pensativo se quedó en silencio.

—Si me lo cuentas, yo también podré ayudarla.

Cogí todo el aire que pude.

—Si me das lo que te pido, la estarás ayudando a través de mí.

—¿Me prometes que no te meterás en líos y si hay algún problema..., me
mantendrás al corriente?

—Te lo prometo. —Ya estaba incumpliendo mi promesa.

—También me gustaría... —ahora me puse nerviosa, de verdad. Lo había
estado pensando durante toda la semana.

—¡Venga, sin miedo!

—Quiero saber sobre mis padres.

—¿Segura? —Asentí con la boca cerrada a tiempo que tragaba un nudo de
emociones. ¿Os podéis creer, que sentí pánico por saber de mi pasado?

—Creo que sí —cogió mis manos. Ya me había acostumbrado a ese gesto y no
me importó.

—¿Quieres saber algo de tu padre... —

—No, por ahora no —ni siquiera le dejé terminar y en el fondo sí que me
hubiese gustado saber... pero mi orgullo lo estaba impidiendo.

Tras acordar que buscaría la información que le había pedido, estuvimos
hablando un poco de nosotros. Me habló de Alexia y lo orgullo que se sentía de
ella. Había ido a pasar el fin de semana con Claudia y Marco a otra ciudad.

Capítulo 15

Marco.

Ya había llegado el sábado. Me levanté temprano y me encerré en mi despacho para adelantar un poco de trabajo. Recuerdo que me gustaba hacerlo desde casa, me sentía más tranquilo. Puse algo de música de fondo y cuando me quise dar cuenta, ya era mediodía. Leo me llamó para convencerme de asistir a esa fiesta a la que Regina, nos había invitado.

—¡Venga! Has de salir, divertirte, conocer a gente nueva...

—¿Ese es el motivo real por el que insistes tanto? —reí.

—Bueno, Regina —Su nombre me devolvió su imagen. —No deja de pedirme que te convenza, si esa es la excusa real que quieres.

—Tengo muchas cosas que hacer hoy, Leo. Mucho trabajo que adelantar.

—¿A que tienes miedo? —¿miedo? ¿Tenía miedo?

Suspire.

—¿A qué hora quedamos?

—¡Ese es mi chico! Antes de ir a la fiesta hemos quedado para comer ¿te apuntas?

—Venga vale. Dame media hora para pegarme una ducha.

—¿Pasas a buscarme?

—Sí. ¡Hasta luego!

Salir, distraerme con gente que me hacía sentir bien, era lo que necesitaba para seguir con mi vida.

La imagen de Laura apareció en mi mente y volvieron las dudas, las inseguridades que me advertían de si estaba haciendo lo correcto o no. Intenté no hacer mucho caso a mi cabeza, sabía que intentaba hacer de las suyas, y, como dijo el doctor, a veces, pensar mucho es perjudicial para la salud.

Me di una ducha. Tras ponerme unos vaqueros y una camisa de color oscuro, me miré al espejo con la duda de si ponerme o no una corbata. Idea fuera en cuanto me desabroché el primer botón e imaginé la cara que pondría Regina al verme.

Me sonreí a mí mismo.

Diez minutos antes de la hora asignada, estaba frente a la vivienda de Leo que no tardó en salir en cuanto toqué el claxon. Sonrió al abrir la puerta del coche y al entrar, nos estrechamos la mano.

—Se me hace raro verte fuera del horario de trabajo. —Reímos

—Eres idiota. —Aceleré y me incorporé a la carretera mientras me daba las indicaciones para ir a buscar a Regina.

Nada más llegar, la vi saliendo de una bonita casa de dos plantas ajardinada, con un vestido ceñido a su cuerpo, marcando sus sensuales curvas y sus largas piernas definidas por unos tacones que quitaban el hipo.

—Buenas tardes —saludó con su dulce voz, entrando al coche. Me dio un beso en la mejilla y sonreí algo excitado.

Me entró un calor insoportable en cuanto visualicé las escenas haciendo mía a Laura, en su casa..., en mi despacho. ¿De nuevo esos remordimientos?

—¿Te encuentras bien? —Leo preguntó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—Tengo un poco de calor. —Por el espejo retrovisor, ella me miraba de forma intensa.

—¿Qué tal, Regina? Me alegro mucho de volver a verte —dije sin dejar de mirarla. Olía de maravilla y su sonrisa me cautivó.

—Yo también me alegro mucho de verte —humedeció sus labios.

El calor iba en aumento.

—¿Y a dónde vamos? —La miraba por el espejo retrovisor—. Porque

conozco un sitio muy bueno —dije.

Salimos del coche en cuanto llegamos a nuestro destino; el restaurante que descubrí con Laura.

El teléfono de Leo sonó y se alejó de nosotros para atender la llamada.

Regina me agarró del brazo.

—Y dime, chico guapo, ¿sales con alguien? —Su pregunta me hizo dudar por un momento, me sentí confuso.

—No —tardé en responder.

—Vaya, no suenas muy convencido. No serás de esos hombres que dicen no salir con nadie mientras una mujer les espera en casa, ¿no?

—Podría ser. —Sonreí con malicia—. Pero no es mi caso.

Entramos en el local y pedí al *maître* que se mostró muy amable, que nos llevaran a algún lugar apartado.

—Qué lujo. —Regina observaba todo a su alrededor. La repasé con la mirada de arriba abajo. Me sentía bastante atraído por ella.

—El lujo es mío al tener tu compañía. —Arrastré la silla para que se sentara.

—Y encima caballero. —Volvió a cautivarme con su sonrisa.

Leo tardaba más de la cuenta. Me encargué de pedir una buena botella de vino, que el camarero no tardó en traer y nos sirvió dos copas. No sin antes, darme a probar dos sabores diferentes.

Recordé el enfado de Laura.

Elegí el sabor más intenso y el chico bajó a la bodega a por una botella.

—¿No te ha molestado el gesto que ha tenido el chico, dándome a mí a probar mientras tu mirabas?

—En esta vida, tengo asumido dónde está el papel de la mujer y dónde el del hombre, sobre todo en el nivel de vida en el que te estás moviendo.

—¿Y no te gustaría cambiarlo?

—Creo que la idea no me entusiasma demasiado.

Hubo un breve silencio, el tiempo justo en el que el *camarero* regresó con la botella que había pedido.

—¿Esperamos a Leo, antes de servir?

Sonrió.

—No vamos a gastar la botella, ¿verdad? Ya se servirá cuando regrese. ¿Por qué no hablas un poquito de ti? —mostró bastante interés, sobre todo al apoyarse en la mesa exponiendo un sugerente escote. Inevitable no mirarlo.

—Mi vida es aburrida —dije.

—Mientes —se echó a reír. —¿Me estás diciendo que eres aburrido?

—Yo no he dicho eso —sonreí pícaro. Sabía que mi forma de mirarla la estaba poniendo a cien. —¿Y de ti?

—¿Si soy aburrida, o si mi vida es aburrida?

Bebí de mi copa.

—Las dos cosas.

—Mi vida para nada es aburrida. —Sonrió—. Todo lo contrario, demasiado... movidita —se cruzó de piernas.

Leo seguía tardando y miré con disimulo la hora en mi reloj. Llevaba casi media hora fuera. Mi móvil sonó.

—Marco, vas a tener que disculparme, pero ha surgido algo y no voy a poder acompañaros a la comida. —Me preocupé.

—¿Tu madre?

—Sí, le ha vuelto a dar otro ataque y tendré que ausentarme. Luego, si puedo, te llamo. Discúlpame con Regina.

—Vale, vale. No te preocupes. —Y colgué.

—Creo que vamos a comer solos.

—Vaya... ¿excitante, no crees? Tú y yo, solos en una sala exclusiva para nosotros... ¿Se puede pedir algo más? —Se levantó y, con movimientos sugerentes, se sentó a mi lado—. Dime, —su boca se estaba acercando a la mía—, ¿Qué te parece la idea, chico guapo?

Su aliento chocaba en mis labios y mi entrepierna, ya dura, la estaba reclamando.

—La idea me parece morbosa.

—¿Cuánto de morbosa? —sus labios entreabiertos tocaron los míos. Nuestras lenguas no tardaron en enredarse.

Pero no eran esos labios lo que mi boca echó en falta...

Capítulo 16

Laura.

Mientras disfrutaba de un sándwich vegetal, hojeé el informe de Cristiano, que Lorenzo me había conseguido. Aún no me sentía preparada para ver el de mi madre, así que lo dejé para lo último. Sé que era una tontería, pero no me atrevía a leer sobre ella.

Descubrir cosas nuevas me asustaba.

Cristiano Moretti. Alto, corpulento, tatuajes en el brazo derecho. Moreno de piel y cabello, ojos claros. Mujeriego. Tres veces detenido por vender estupefacientes y posesión de drogas. Robo con violencia. Condenado a dos años de cárcel por pegarle una paliza a un hombre importante de negocios pero que no cumplió por tener un buen abogado.

«Pues que bien», me dije algo asustada. Supuse que el contacto de Lorenzo sería un detective o algo así. Había fotos de Cristiano saliendo y entrando a su casa, a sitios que solía frecuentar e incluso a las horas más habituales. En una de las fotos distinguí el nombre de un local que no estaba muy lejos de casa.

Lo que pensaba, no era buena idea... ¿Y si Melissa se enteraba? ¿Y si algo salía mal?

Estaba tan concentrada en el plan que me traía entre manos, que ni siquiera advertí a Marco entrar a la cocina.

—Buenos días —dijo serio. —De un sobresalto, me di la vuelta con la mano en el pecho. Dejé el informe rápidamente sobre la mesa tapándolo con una

revista.

—No te he sentido llegar. ¿Qué tal? —ni siquiera le miré al hablar.

—¿Puedo invitarte a desayunar?

—Yo ya lo estoy haciendo —enseñe el sándwich que sostenía mi mano derecha.

—¿Estás bien?

—Perfectamente, ¿y tú?

Me miraba demasiado y no podía catalogarlo como bueno o malo. ¿Tendría algo en la cara? ¿Una hoja verde el algún diente?

—Melissa va a ausentarse unos días, al parecer ha cogido un virus estomacal, así que como tenemos la ayuda de Silvana, he pensado que podías echarme una mano.

—¿Y Leo?

—Leo se está encargando de cambiar las citas que tenía Melissa programadas para esta semana.

—¿Y qué se supone que voy a hacer yo? —Sonaba estúpido todo lo que estaba preguntando, pero tener la carpeta de Cristiano, entre una revista... me daba bastante inseguridad. ¿Y si venía alguien a cogerla? Todo se iría al traste y tendría que dar muchas explicaciones.

—Estuviste ayudando a mi padre con varios clientes, necesito que me informes al respecto de esas últimas reuniones.

—Ah, vale. Si me das un minuto —cogí la revista casi con desesperación y salí de la sala de la cocina directa hasta mi mesa, dónde guardé la carpeta.

Cuando quise darme la vuelta, Marco iba directo a su despacho.

—Si has terminado, te espero. —Lo dijo bastante serio.

Entré en su despacho, en la mesa tenía todo preparado. Él, sentado, tecleaba en su ordenador con la vista fija en la pantalla. Ni me miró.

Así pasé las dos primeras horas de la mañana, redactando documentos y todo sobre la reunión en la que presencié.

—¿Algo más que deba saber? —ahora si me miró.

—Pues... —me quedé pensativa. Mi mente no daba a más. —Ese cliente en concreto, es demasiado serio. Le gusta ir directo y no se anda con rodeos. Sabe lo que quiere y como lo quiere. También... —apoyé mis codos sobre la mesa y dejé caer el peso de mi cabeza en una de mis manos. —Me fijé que le gusta el café bien cargado y solo. Creo que eso jugaría a tu favor. —Sonríó. Le miré.

—Eres observadora —dijo.

—Más de lo que crees. ¿Qué tal el fin de semana? —se puso tenso.

—Bien ¿y el tuyo?

—Aburrido —me quejé, guardando la documentación en la carpeta.

Su móvil sonó. Se quedó pensativo con la mirada clavada en la pantalla, hasta que desvió sus ojos hacia los míos, un instante.

—Si quieres que salga... —me encogí de hombros. Negó con la cabeza y aceptó la llamada.

—Hola Regina. —¿Quién era esa y porqué le estaba llamando? —Tranquila, dime. —Andaba de un lado para otro, me miraba, apartaba sus ojos de los míos, volvía a mirarme, volvía a apartarla. —Si, creo que debería explicar lo que ocurrió el sábado— ¿sábado? ¿había quedado con una mujer? ¿Explicaciones? Sentía que iba a marearme. Empecé a sudar, el corazón aceleró mis pulsaciones. —De acuerdo. Nos vemos a la hora de comer.

Y colgó.

Me sentí incomoda y quería marcharme de su despacho, no verle, no mirarle, no escucharle. Cuando se sentó de nuevo, sentí su mirada. Quemaba.

—¿Quién es Regina? —No lo pude evitar.

—¿Escuchando conversaciones ajenas?

Levanté las cejas sorprendida.

—Has hablado delante de mí, podrías haber tenido la decencia y respeto, de decirme que saliera mientras hablabas con esa mujer.

—Regina es solo una amiga con la que quedé el sábado a comer.

Apreté los labios, estaba celosa, rabiosa.

—Y dime —me puse en pie. —¿Te la follas, como a mí? —se quedó callado. Y su silencio fue mí respuesta. ¡Mierda! Cogí aire y deseé tirarle algo a la cabeza. —¡Pues muy bien! —cogí mis cosas. —Espero que te vaya bien.

—Laura... —intentó agarrarme del brazo, pero se lo impedí.

—Como vuelvas a tocarme, te pego un puñetazo. —Le reté con la mirada hasta que la apartó.

Cerré de un portazo.

Tanto Silvana como Leo se me quedaron mirando, no di ningún tipo de explicación, tampoco ellos me la pidieron. Intenté trabajar, intenté decirme que no pasaba nada, que era normal que alguien se hubiese fijado en él, que era inevitable que eso ocurriera.

Y me acordé de las palabras de Leo, cuando me dijo que creía que se veía con una chica, y me acordé de cuando lo vi en su coche hablando por el móvil. ¿Pero entonces? ¿Entonces porque nos hemos estado acostando?

Me fui a casa, no pude aguantar estar allí, no. Lo intenté, pero resultó imposible y una vez tranquila y agotada de tanto pensar, llamé a Melissa para preguntar por su estado.

De nuevo, Cristiano la había dejado tirada.

Mi rabia iba en aumento.

—Melissa, por favor, no vuelvas a dejarlo entrar. ¿No entiendes que no te está haciendo ningún bien?

—No puedo, Laura, no puedo.

—¡Si puedes, joder! —se quedó en silencio. —Te está afectando personal y profesionalmente.

—Lo sé..., lo sé.

—Deberías pedir ayuda, Melissa. No puedes seguir así. No es bueno para el bebé. —Y se echó a llorar.

—¿Voy a buscarte? ¿Te vienes a casa?

—Si, por favor.

Llamé a un taxi y por el camino, la idea de comprarme un coche, iba en

aumento.

Bajé de la moto rápidamente, ella me esperaba fuera. Nos fundimos en un abrazo. La miré, no tenía buen aspecto, sus ojeras delataban su poco descanso, y sus ojos hinchados, que no había dejado de llorar.

—El día que lo vea... —dije enfadada.

—El día que lo veas, no harás nada —me advirtió con un nudo en la garganta.
—Porque eso no ocurrirá.

—¿Y cómo estás tan segura? —Cogí la mochila que había preparado con sus cosas.

—Le dije que, si volvía a dejarme tirada, que no se molestara en regresar.

—Eso no te da seguridad.

Subimos a la moto y llegamos a mi casa.

—Mañana llamaré a un cerrajero para que venga a cambiar las llaves de casa,
—se quitó el casco. —No lo quiero volver a ver más.

—¿Sabes dónde está?

—Ni lo sé, ni me importa. Apareció borracho, ¿sabes? Olía a perfume de mujer y me confesó que mientras estaba conmigo se veía con otras.

Y preferí mantener la boca cerrada para no empeorar más las cosas.

Subimos hasta casa en silencio.

Preparé algo de cena.

—Ahora eres tú quien cuida de mi —acababa de salir de la ducha. Secaba su pelo con una toalla.

—Para eso estamos las amigas, hoy por ti, mañana por mí. ¿Quieres que llame a Vero?

—No por favor. No quiero preocuparla más. ¡Además! Sé que ha empezado las clases y no quiero ser motivo de su desconcentración.

Tenía razón.

Dormimos juntas y me aseguré de que lo hiciera tranquila. Yo no pude pegar ojo pensando en mil cosas. Se me quitaron hasta las ganas de llorar.

Tres días fue lo que Melissa aguantó en casa. Hablaba por teléfono a escondidas y supe que lo hacía con él. Quise contárselo a Lorenzo, a Marco, pero fui incapaz.

Preferí hacer las cosas a mi manera.

El trabajo se me hacía duro. En varias ocasiones Leo habló de una tal Regina, no quise preguntar de si se trataba de la misma, así que me iba haciendo la tonta. Marco no volvió a necesitar de mi ayuda, ni se dirigió a mí y lo preferí. Melissa volvió al trabajo y a pesar de que intentaba disimular su estado, era evidente de que no estaba bien. Pregunté, pero no quería hablar del tema.

Pronto llegó el viernes y no lo dudé. Volví a repasar la carpeta de Cristiano y me di una ducha.

Eran las diez de la noche cuando subí a la moto. El local que frecuentaba Cristiano no tenía perdida, así que no tardé en llegar. Entré ante la atenta mirada de varios hombres que estaban en la puerta, los cuales empezaron a piropearme y preferí ignorarlos para así no llamar mucho la atención

No fue difícil dar con él. Estaba junto a la barra, bebía una jarra de cerveza y reía sin parar junto a una chica despampanante que se acercaba provocativa.

Si Melissa se enteraba dejaría de ser mi amiga para toda la eternidad.

Al acercarme a la barra y tenerlo cerca, me dio mucho más asco del que ya le tenía.

Me senté y pedí algo de beber. Fueron muchos babosos los que decidieron acercarse y no me corté en mandar a más de uno a la misma mierda; estaba harta. ¿A caso tenía un cartel en el que les invitaba a sentarse a mi lado y pedirme el número de teléfono? No, claro que no.

Cristiano ni se había movido de su sitio. Pedí otra copa. El camarero, bastante simpático, me puso frutos secos junto a la bebida y con una sonrisa se lo agradecí.

—¿Qué hace una mujer como tú sola en un sitio como este? —Era él, sentirle tan cerca aceleró mis pulsaciones.

Mis piernas empezaron a temblar. De cerca daba miedo, lleno de tatuajes y esa

mirada penetrante, que parecía que era capaz de adivinar lo que estabas pensando.

Llené de aire mis pulmones y me giré para observarle. Miré fijamente sus ojos, rabiosa, con ganas de darle su merecido y amenazarlo con matarle si seguía haciendo daño a Melissa. Pero lo mejor era que estuviese en silencio, así que traté de tranquilizarme.

—¿Te ha comido la lengua el gato? —Su risa me molestaba.

—No tengo gatos —menuda estupidez dije. Acerqué la copa a mis labios y di un sorbo.

—¿Puedo invitarte a lo que sea que estés bebiendo?

—No, gracias —fui clara e ignorándolo, miré hacia el frente.

—¿Has venido sola? —Se sentó a mi lado.

—¿A caso hay que venir acompañada? —No contestó y pidió otra cerveza.

—Las mujeres como tú es mejor que vengan solas a sitios como este. ¿Sabes por qué?

Sentí que se me paraba el corazón.

—¿Por qué? —De nuevo le miré fijamente a los ojos.

—Porque así, hombres como yo, pueden acercarse. —Me reí por dentro. ¡Hombres! Tenía la pinta de todo, menos de eso.

—Nadie te ha pedido que te acerques, además, te vi con una chica.

—¿Celosa? —apoyaba la cabeza en una de sus manos como si le pesara.

—¿Tu que te piensas? ¿Qué eres guapo? —se echó a reír y se permitió el lujo de colocar una de sus manos en la parte baja de mi espalda. Le miré de forma asesina—. ¡No estoy bromeando! y quita esa mano de ahí si no quieres que te la rompa. —¿En serio acababa de decirle eso? Me sacaba dos cabezas. Me puse colorada como un tomate ante mi comentario y tragué saliva, deseando que se olvidara de mis palabras.

—Dios, no sabes cómo me acabas de poner. —Humedeció sus labios, se acercó. El olor que provenía de su boca me echaba para atrás que daba gusto y su mano, seguía ahí.

De un trago vacié mi vaso y pedí la cuenta.

—¿Te marchas ya? —preguntó desconcertado.

—He de marcharme, las chicas como yo tienen muchas cosas que hacer. —Me levanté y en cuanto me dispuse a andar hacia la puerta, agarró mi brazo frenándome en seco.

—¿Puedo acompañarte? Los hombres como yo... —de nuevo me hizo gracia la palabra «hombres»— no dejan que una señorita como tú, se vaya sola a estas horas. —Ni siquiera sabía el tiempo que había pasado desde que entré en aquel local.

Conseguí soltarme, pero no sirvió de nada.

—Quédate, anda.

—Lo siento, pero no puede ser, me están esperando. —Y salí del local, pero ese «hombre» o era tonto, o se lo hacía. Llegué hasta mi moto, me puse el casco.

—¿Podrías acercarme a mi casa? No puedo coger el coche así, bebido. —Una idea bastante interesante se pasó por mi mente. ¿Debería aprovechar esa oportunidad, o esperar?

Dudé mientras le miraba. El llevaba un casco bajo su brazo y sonreía con malicia.

—No, mejor llama a un taxi. —Y subí.

—¡Venga! No seas así, a estas horas —miró su reloj. —Los taxistas no suelen parar por aquí. —La verdad es que la calle daba miedo. No sé cómo me atreví a ir hasta allí.

Subimos a mi moto y no me gustó nada cuando arranqué y sentí sus manos rodear mi cintura. Cuando más gas le daba, más lo sentía detrás de mí; sabía lo que se hacía, pero no lo que le esperaba. Tras sus indicaciones, decidí meterme por un camino de piedras, alejado del centro.

—Te gusta el riesgo, ¿eh? —Sus manos llegaron a mis pechos. Solo tenía que aguantar unos minutos. Paré cuando creía que estaba lo suficiente oscuro y alejado de la ciudad. No tendría otra oportunidad como esta, era la ocasión.

—Baja de la moto —dije en cuanto me quité el casco.

—Ibas de dura, ¿Qué ha pasado? —relamió sus labios e hizo lo que le pedí. —

¿Cuál era tu nombre?

Me reí.

—Mejor no quieras saberlo. —Y me lancé a sus labios. ¡Qué asco me di en ese momento! Le quité la camiseta.

—Eh... preciosa, ¿no crees que vas demasiado deprisa?

—Creí que era esto lo que querías. —Desabroché sus vaqueros.

—¿Por qué no mejor nos vamos a mi casa?

—¿No te da morbo hacerlo al aire libre? ¿Lo has hecho alguna vez?

—Solo quiero disfrutar de ti como mereces. Saborearte y que nunca olvides esta noche —tenía claro que no podría olvidar ese día ni lo que estaba haciendo.

—Creo que será mejor que me vaya, no te veo muy seguro —me hice la dura sabiendo que eso le gustaba.

—¿Y qué pasa contigo? —se quitó los pantalones y los dejó sobre el sillín de la moto.

—Todo a su debido tiempo. —Dije besándolo de nuevo.

—Quiero verte desnudo. Estoy muy cachonda —fingí sensualidad, morbo. Su mirada, en cambio, era confusa.

—¡Quitate la ropa! —su voz sonó a orden y no me gustó. Me asusté un poco y me aparté.

—A mí nadie me da órdenes —me giré fingiendo seguridad. —¿Quieres verme desnuda? —Asintió sin abrir la boca y empecé a acercarme a él despacio. Sonreía relamiendo sus labios, yo también reía, pero por lo que mi mente recreaba.

—Voy a follarte hasta que te duela —su voz ronca y babosa removieron mis tripas.

—A ti si que te va a doler —y con las mismas, le propiné un puñetazo que le hizo caer de bruces contra el suelo. Mi mano dolía, pero mereció la pena.

—¡Maldita hija de puta! —vociferó, llevándose la mano hasta la nariz para comprobar si sangraba. Lo hacía.

—¿Maldita hija de puta? —Solté una carcajada.

—¿Pero de qué coño vas? —Seguía en el suelo.

—Te dije que no me gustan las malas compañías y por si no te has dado cuenta, no me gustas tú —le aclaré.

Él soltó una carcajada y le propiné una patada. Necesitaba pegar, desahogar todas mis frustraciones.

—Dime... —empezó a levantarse y retrocedí unos pasos, la sensación de miedo volvió a mí—, ¿todo esto lo haces por ella?

—¿¡Qué!?! ¿De qué me estás hablando?

—Y... —Reía—. ¿Acaso te haces una idea de quién soy?

—Un hijo de puta al que nadie ha conseguido parar los pies. —Solté rabiosa.

—¿Y tú eres quién cree que me va a parar? ¿Laura-Bellucci-Caputo?

Me quedé sin aire en los pulmones. ¿Quién era este hombre y por qué sabía quién era? —¡Vaya! ¡Vaya! ¡Vaya! —Seguía riendo, casi pude ver cómo frotaba sus manos satisfecho por el efecto que había provocado en mí. —¿Qué ocurre? ¿Te has quedado muda, cielo?

—No soy tu cielo.

—Dame mi ropa. Ahora —exigió.

Tras unos segundos en silencio, terminé dándole lo que me pidió.

—Dime qué sabes de mí. —Me crucé de brazos, intentando así aparentar seguridad.

—Sé muchas cosas de ti. —Mientras se iba vistiendo, se iba acercando cada vez más, lentamente, como un animal a su presa—. ¿Qué tal tu amiga Vero? —Se llevó la mano a la barbilla—. Su hija era María, ¿Verdad?

—Como se te ocurra acercarte a ellas, juro que te mato.

Soltó una carcajada.

—¿Qué tal tu padre? ¿Ya has averiguado de quién se trata? —Lo miraba sin decir nada—. ¡Vaya! Por tu cara, deduzco que aún no lo has descubierto. Andas muy cerquita, ¿lo sabes? —Parecía que me había quedado clavada en el suelo

—. Mujer..., no me mires así. ¿Prefieres descubrirlo tú o te lo digo yo, y así te lo ahorras?

—¿Crees que me das miedo? ¿Crees que esta noche no voy a dormir pensando en lo que estás diciendo?

Suspiró.

—¿Sabes? Pareces un ángel cuando duermes. —Me asusté mucho—. Verte con los ojos cerrados me relaja. Y cuando decides dormir con ropa interior, no sabes las ganas que me dan de meterme en tu cama y poder así follarte.

Quería gritar, huir.

—No me das ningún miedo —. La voz me temblaba.

—No quiero darte miedo. —Acarició mi cara—. Solo quiero advertirte de que lo que has hecho hoy, vas a pagarlo. —Metió un mechón de pelo en mi oreja—. Últimamente empiezas a entrometerte mucho. Y no me gusta nada. —Habló en mi oído, poniendo mi piel de gallina—. Y espero..., por tu bien, ya que sería una lástima, que permanezcas calladita, si no quieres que las cosas se tuerzan. ¿Está claro? —Elevó la voz al tiempo que tiraba de mi pelo, haciéndome daño.

—Sí.

—Ahora, lárgate.

Subí a mi moto como pude, llegué a casa casi corriendo y cerré la puerta echando la llave. Miré todas las ventanas, comprobé que estaban cerradas y decidí pasar la noche en el salón, atenta a cualquier ruido, asustada, escuchando sus palabras repetirse en mi mente, su forma de mirarme, su forma de hablarme. No entendía nada y no estaba para seguir haciéndome preguntas que no obtenían ningún tipo de respuesta.

No pude dormir.

Varias veces cogí el móvil, quise llamar a Melissa, a Lorenzo, y contarles lo que había pasado... pero no fui capaz, el miedo me paralizó.

A las nueve de la mañana, un pequeño estruendo me despertó de golpe. Con el corazón a mil, comprobé que no había nadie en casa, solo hacía viento y fue la persiana lo que sonó. Solté todo el aire que tenía retenido en mi interior. Me preparé un café para aguantar el día y releí los informes que Lorenzo me había conseguido. ¿Por qué tendría interés en mí ese maldito hijo de puta?

Pasaron solo cinco minutos cuando decidí marcar su número.

—¿Sí? —su voz sonaba dormida. Cerré los ojos y lamenté tener que despertarlo y, sobre todo, tener que involucrarlo en mis problemas.

—Lorenzo, soy yo, Laura.

—¿Te encuentras bien? —sonó más despierto.

—¿Podemos vernos?

—Sí, claro.

—Vale.

Media hora más tarde, me encontrada apoyada en mi moto cuando vi su coche.

Caminamos hasta el local y me dejó pasar a mí primero.

—Pues tú dirás —dijo en cuanto me senté frente a él. Miré a mi alrededor antes de inclinarme sobre la mesa—. Ayer fui al local que frecuenta Cristiano —hablaba en voz baja, para que solo él pudiese escucharme.

—Por el amor de Dios, Laura. ¿Estás loca?

—Solo quería que dejara de hacer daño a Melissa —me justificué.

—Ese hombre es peligroso... —Un nudo se formó en mi pecho y mis ojos se humedecieron. Tragué saliva, dolía. —¿Te ha hecho algo?—. Negué con la cabeza incapaz de hablar, y gracias a Dios, que la camarera apareció y nos tomó nota.

—No me ha hecho nada —conseguí decir—. Pero lo sabe todo de mí.

—¿Cómo?

—Sabe cómo me llamo, mis apellidos. Me confesó que le gusta verme dormir. —La voz se me desquebrajó.

Lorenzo se llevó las manos a la barbilla, y al tapar su boca, soltó un bufido.

—Vendrás a mi casa unos días, te pondré vigilancia... —empezó a decir.

—¿¡Qué!?! —me negué, no iba a permitir que se involucrara más de lo necesario.

—Laura, ¡hazme caso, por favor! En tu piso no estás segura. Ni tú, ni Vero.

No sabemos de lo que ese hombre es capaz de hacer. —Lorenzo me ocultaba algo, su forma de mirarme, su nerviosismo, sus palabras me decían que sabía mucho más acerca de ese hombre que empezaba aterrorizarme.

—No puedo irme a tu casa. Me buscaré otro sitio, un hotel...

—Como quieras, pero aléjate de tu casa. Llama a tu amiga. —Lorenzo se puso en pie. Cogió su móvil—. Dame un segundo. —y se alejó para poder hablar.

Yo me encontraba nerviosa, paralizada, no sabía que pensar, como reaccionar, mi mente estaba colapsada.

Cuando Lorenzo se acercó a la mesa, con la cara más relajada, empezó a hablarme.

—He hablado con un amigo. Te pondré a alguien para que te proteja. —Mis ojos se abrieron de par en par. ¿Estábamos locos?—. Te daré la dirección de un hotel.

—¿También de un amigo tuyo? —interrumpí.

—No. Soy uno de los socios mayoritarios, así que... —ese hombre me impresionaba cada día más—, he hablado con el equipo de recepción, he dado tus datos y el nombre de Vero. Podréis iros las dos esta misma tarde. Allí estaréis seguras, Laura. —Hablaban como si todo lo tuviese pensado desde hacía tiempo.

—Son muchas molestias, Lorenzo, yo no puedo...

Cogió mis manos.

—Sí puedes, Laura. Tú no me lo estás pidiendo, yo te lo estoy ofreciendo—. No supe qué decir... me sentía tan avergonzada por todo lo que yo misma había provocado... Pero si ese hombre de verdad me estuviese espiando, atrevido a entrar a mi casa mientras yo dormía, ¿qué podría haber pasado?

El desayuno fue un poco extraño. Lorenzo no dejaba de realizar y recibir llamadas. Conseguí tomarme el café y una napolitana de chocolate blanco, a pesar de que tenía el estómago cerrado.

—Por favor, estaré pendiente del móvil, dime que me llamas para lo que sea —agarro mis manos.

—Gracias Lorenzo. —Las apreté. —Te mantendré informado de todo lo que haga, ahora iré a hablar con Vero, convencerla sin tener que decirle toda la

verdad.

—Las tres estaréis en constante vigilancia. Hablaré con Marco y con Marcelo. Los tendré al corriente sin dar mucho detalle.

Todo estaba dando un giro de 360° grados.

—Vale —lo dije poco convencida.

Salimos del local.

—Siento mucho todo esto, yo..., yo no debí...

—Si lo piensas bien, ese hombre ha confesado de alguna manera que entra en tu casa.

—¿Y si solo lo ha dicho para asustarme?

—Pues lo ha conseguido, Laura. Gracias por contármelo todo.

—No sabía qué hacer, ni a quién acudir. Tengo miedo.

—Tranquila. —Me abrazó. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí un abrazo cálido, sincero—. Todo saldrá bien.

—¡No te lo vas a creer! —Sonreí y elevé la voz en cuanto Vero abrió la puerta de su casa. Aún estaba en pijama y, por la música que oí de fondo, supe que estaba limpiando.

—¿Te ha tocado la lotería? —preguntó con sarcasmo, dejándome pasar.

—Algo mejor que eso.

—Ya lo estás largando por esa boquita. —Cerró la puerta de un puntapié.

—He conseguido estancia de una semana gratis, con todos los gastos pagados, en un hotel. —Me miró seria.

—No me lo creo.

Me hice la indignada.

—¿Y por qué iba a mentirte?

—No sé. —Me miró pensativa—. ¿Qué escondes? —Miré para otro lado. A veces pensaba que podía tener rayos x, descubriría todo de una persona si se lo proponía.

—¿Tengo que esconder algo? Oye, eres muy mal pensada. —María jugaba en su habitación.

—Te conozco y sé que algo estás tramando.

—Pues no me conoces bien, porque no estoy tramando nada. —Me senté en el sofá. Me miraba con los brazos cruzados. —Oye, ¿qué te pasa?

Se sentó a mi lado.

—Solo estoy cansada. —Me la quedé mirando—. Cansada de esta situación. De no tener trabajo, de no avanzar en el idioma, en sus costumbres... —resopló—. No sé qué hacer, la verdad.

—¿Qué insinúas? No estarás pensando...

—No lo sé.

—¿Por qué no te tomas esta semana para pensar desde el hotel?

—Te recuerdo que María tiene colegio.

—Bueno, pues yo te recuerdo que tiene una tía súper molona que puede encargarse de ella.

—No.

—Vale, pues... —Me levanté—. Buscaremos un transporte para que puedas llevar a la niña al colegio.

—En los gastos pagados, por casualidad, no incluye un chofer ¿o algo parecido?

—Tendría que consultar.

—Porque si eso es así, ahora mismo hago las maletas.

No tardé en llamar a Lorenzo y comentarle lo que se me había ocurrido. Por supuesto, el tema de que alguien ayudara a Vero con la niña y poder llevarla al

colegio, estaba resuelto.

—¡Buenas noticias! —De nuevo fui hasta el salón. María se encontraba allí y echó a correr hacia mí. Le di un abrazo y me la comí a besos. Vero dejó la aspiradora y se acercó con una bonita sonrisa en los labios—. Dispones de un vehículo que llevará a la niña al colegio y a ti a dónde tú quieras.

Me miró pensativa.

—¿Estás planeando algo?

De nuevo me hice la ofendida.

—¿Puedo pensar en mi mejor amiga? —La niña apreció con una de sus muñecas preferidas en la mano. Sonreí nada más verla—. ¿Y en mi ratita presumida? —me la comí a besos.

—Vale, vale. Iré entonces a hacer las maletas —dijo por fin.

—¿A dónde vamos, tita? —Dejé a la niña en el suelo, me costaba tenerla en brazos demasiado tiempo, se estaba haciendo tan mayor.

—Mamá y tú vais a ir a un hotel, como al que van las princesas, y estaréis en una habitación súper chula. ¿Te parece bien?

—Síiiiiiiii ¿Puedo ir con mi vestido?

—Puedes ir con lo que tú quieras.

Me tiré al sofá nada más subir a casa. Cerré los ojos y tras coger un cojín, grité, soltando toda la frustración que retenía desde hacía tiempo.

Capítulo 17

Marco.

Fui hasta el restaurante donde había quedado con Regina. Nada más entrar, la vi sentada en una de las mesas. Gesticuló con la mano llamando así mi atención y me acerque hasta ella.

Me sentía avergonzado.

—Siento el retraso —me disculpé.

—No te preocupes. —Llamó al camarero.

Pedí una copa y algo para picar.

—¿Cómo estás?

—Pues después de haberme dejado tirada el otro día y con un buen calentón, ¿tú que crees?

—Lo siento, pero... —¿Qué le decía? Hola, perdona, pero es que de repente me puse a pensar en la chica que se supone que es mi novia y no se me puso dura.

—¿Acaso no te gusto?

—No es eso.

—¿Entonces? ¿A qué has venido?

—He venido a darte los motivos por el cual, me marché.

—¿Eyaculación precoz?

—No.

—Pues entonces no entiendo el motivo. Te noté bastante activo al acercarme a ti. Los dos queríamos hacerlo.

—Sí, quería hacerlo. Pero no pude.

—¿Hay otra?

—Tal vez.

—¿Tal vez?

¿Quería o no mis explicaciones?

—Es largo de contar.

Miró su reloj.

—Pues tengo toda la tarde.

—Mira..., Regina, lo siento, de veras que siento lo del otro día. No fue mi intención. —No podía seguir intentando dar unas explicaciones que ni yo mismo creía.

—¿Y creés que vas a conseguir mi perdón de esta manera? No me estás contando nada.

—No busco tu perdón.

—¿Eres gay?

—¿¡Qué! No.

—Eres el primer tío que me rechaza. Deberás darme alguna excusa más coherente u original. —Miraba sus uñas. Negué con la cabeza en un intento de entender algo.

—Creo que no ha sido buena idea venir —me levanté. —Solo quería decir que lo siento.

—No, espera —su voz sonó a súplica. —Perdona, es que... —me senté de nuevo. —Estoy cansada de que los tíos me usen a su antojo y que cuando desaparecen nunca den una explicación. Suelo ser la otra... —quería hacerme la dura, lo siento. —Asentí.

—Hace unos meses que desperté de un coma. —Se quedó asombrada —No recuerdo nada de este último año ni tampoco con la chica que vivía conmigo y he de enfrentarme a ello todos los días.

—Vaya...

—No sé lo que siento, si la quiero, si no... pero ese día, mi mente la dibujó y

no pude seguir.

—Así que..., esa es la historia aburrida que no quisiste contarme el otro día —sonrió, dándome así confianza y tranquilidad. ¿Cómo es esa chica?

—Se llama Laura —sonreía al pronunciar su nombre. —La conocí en Madrid, la capital de España en un viaje de negocios —y entonces mi mente empezó a dibujar pequeños fragmentos.

Lo que sentí cuando la vi por primera vez...

Cuando quedé para tomarnos algo...

Sus manos acariciando mi piel...

Me quedé en silencio. No sabía si todo era producto de un recuerdo o porque lo había leído.

—¿Te encuentras bien? —La mirada de Regina era de preocupación. Sonreí como pude.

—Sí, sí, no te preocupes.

Eran las cinco de la mañana del domingo. Deambulaba por casa sin poder dormir. Rebusqué en los cajones de la cómoda, del armario con la intención de encontrar aun no sabía el qué.

Cansado de rastrear todos mis objetos personales, me preparé un café. Miré distraído por la ventana, las maravillosas vistas, el olor a humedad salada..., el sonido de los primeros pájaros me ayudaban a permanecer tranquilo. Y su imagen, apareció de nuevo.

Esta vez reía por algo que yo le había contado...

El corazón aceleró mi respiración y supe entonces dónde encontrar aquello que andaba buscando.

Abrí la caja fuerte y allí estaba, en una bonita caja decorada con varios lazos de seda, junto a una carta que yo mismo había escrito con mis propias manos.

Capítulo 18

Laura

—Un café normal y un descafeinado, por favor —le pedí al camarero justo antes de sentarnos en la primera mesa que habíamos visto libre.

Decidí quedar la mañana del domingo con Melissa. No estaba bien y sabía que ir de compras le hacía sentirse la mujer más feliz del mundo. Vero ya gozaba de su estancia en el hotel y no quería saber nada de nosotras mientras disfrutaba de todas las comodidades. Era lo mejor.

—Gracias —me dijo una Melissa tristonca, en cuanto nuestras miradas entraron en contacto.

—Tú eres tonta —me reí, sacándole la lengua. Cogí la carta de la cafetería y me decanté por un Brownie con helado de vainilla—. ¿Quieres algo para comer?

—Chocolate, por favor —suspiró.

—¿Cómo te encuentras? —no sé la de veces que ya le había preguntado.

—¿Cómo he de encontrarme? —La misma respuesta una y otra vez.

Dejé la carta sobre la mesa y la miré a los ojos.

—Libre.

—No puedo. No dejo de pensar en él.

—Si puedes dejar de pensar en él. —suspiré. —Melissa, no entiendo tantas preocupaciones. —Menos mal que aún no le había dicho nada de lo ocurrido. —Además, pensar no es muy bueno que digamos.

El camarero trajo los cafés y lo que habíamos pedido.

—Que me lo estés diciendo tú... —echó dos azucarillos. —La reina del pensamiento —preferí no hacer mucho caso al tono que usó. Podía entender

cómo se encontraba, que era lo que sentía, decepción, ira...

—¿Y quién mejor para decírtelo?, ¿eh? Cuanto más tiempo estés pensando, peor lo pasarás y ahora lo importante es que estés bien, tranquila y relajada. Ya no solo por ti, sino por el baby —dije burlona

Pero Melissa no tenía ganas de bromas. En silencio, nos tomamos el postre. Melissa perdida en sus pensamientos y yo, observándola. Corría peligro y no tenía ni idea; y yo me sentía entre la espada y la pared, sacando fuerzas de dónde no tenía para que no sospechara mi preocupación en exceso.

La amenaza de Cristiano retumbaba en mi cabeza.

El sonido de mi móvil me sacó de mis pensamientos y en cuanto en la pantalla vi reflejado el nombre de Lorenzo, tragué saliva.

—Disculpa —me levanté a atender la llamada.

—¿He de preocuparme por qué no me hayas hecho caso en nada de lo que te he pedido?

—Suspiré.

—Siento no haber sido yo misma la que te hubiese informado.

—¿Qué fue lo que hablamos, Laura? Corres peligro. —Se me puso la piel de gallina y opté por quedarme en silencio.

—Sé lo que hablamos —por fin me salieron las palabras—. Tendré cuidado, lo prometo.

—Un agente infiltrado os está vigilando. —Miré a mi alrededor—. A partir de ahora, quiero que me mantengas informado de todos los movimientos que hagas.

—¿Por qué tanta preocupación por mí? —Me lo había preguntado tantas veces... en esos días.

—Porque, aunque te parezca mentira, te tengo aprecio.

No me quedé muy convencida con su respuesta y sin quererlo, mi menté empezó a hacer de las suyas.

—Gracias, Lorenzo. —Una parte de mí no se perdonaba haberle metido también a él en mis problemas.

—Estoy en casa de los Loruso. Hablaré con Marcelo y lo pondré al tanto.

Pero, por favor, mantenme informado.

—He decidido pasar el día con Melissa, despejarla un poco y poder así pasar más tiempo con ella. He pensado incluso que podíamos pasar la noche juntas.

—De acuerdo, pero tened cuidado, por favor.

Tenía razón. Seguía haciendo lo que me venía en gana y creía conveniente para mi bienestar, seguía en casa, asustada a pesar de todo, pero allí. Sin dormir en condiciones, escuchando ruidos extraños que mi mente moldeaba a su antojo... ¿Qué ganaba con complicarlo todo? Nada, no conseguía nada más que dejar a todo el mundo preocupado por mis estupideces.

Miré la pantalla del móvil pensativa, preocupada por Melissa, por mí, por Marco, al que no veía desde hacía una semana. Por esa tal Regina a la que imaginaba la mujer más perfecta del mundo dándole al hombre de mi vida todo lo que yo deseaba.

Cogí todo el aire que pude y regresé a la mesa tras guardar mi teléfono en el bolsillo de mi sudadera.

Melissa seguía igual que cuando me marché.

—Bueno, ¿adónde te apetece ir ahora? —Di un sorbo a mi café ya frío.

—¿Con quién hablabas? —Tuve que pensar rápido mi respuesta—. *Nah*, se han equivocado y querían venderme una lavadora. —Mi comentario le hizo gracia y las dos nos echamos a reír.

—Cristiano me ha llamado. —No pestañeé—. Quiere que hablemos. Lo ha estado pensando y todo apunta a que quiere formar parte. —Melissa sonreía, pero yo no—. ¿Qué ocurre? —preguntó un poco más seria.

—Melissa... —Respiró hondo y cerró los ojos un instante antes de interrumpirme.

—Ya sé que Cristiano no es el hombre adecuado para mí ¡Joder! Laura, es escuchar su voz y todo se remueve. Le quiero... le odio... —empezó a llorar. No dudé en abrazarla. —No sé qué tiene, pero no puedo evitar sentir que le quiero. Soy capaz de olvidar todo lo que ha estado haciendo solo con escuchar un te quiero de sus labios.

—¡Por Dios, Melissa! —empecé a romperme. —Es un maltratador, juega con tus sentimientos, te manipula.

—No, Laura, no es eso. Le quiero ¿acaso tú no eres capaz de entenderlo? Creía que querías a mi hermano.

—Y lo quiero —me puse de cuclillas mientras colocaba mis manos sobre sus muslos. —Le quiero, pero no de la misma manera dañina que tú quieres a Cristiano.

—Creía que lo entenderías —ahí descubrí que le habían robado toda su autoestima, su capacidad de pensar por sí misma, por ver las cosas con claridad.

—Lo entiendo más de lo que puedes llegar a imaginar, pero eso no es amor. No puede aparecer un día y decirte que no te quiere, que se ve con otras mujeres y luego otro y decirte que te quiere, que quiere formar parte de algo de lo que huye.

—Es nuestro hijo —Melissa ya no era ella. —La conversación ha sido diferente al resto. —Cerré los ojos, sabía que no tenía nada que hacer.

—Ha estado detenido muchas veces por posesión de drogas. —Sus ojos se abrieron sorprendidos por mi comentario.

—¿Y tú como sabes eso? ¿Quién te lo ha dicho?

—Eso no importa ahora. ¿Realmente quieres estar con una persona así?

—Ha cambiado. —No podía creer lo que oía.

—¿Te recuerdo las palabras del otro día? Tú misma decías que solo sentías la necesidad de estar con él y eso no es amor, ni lo será —intentaba hablar calmada, pero me suponía demasiado esfuerzo.

—Sé lo que dije y sé lo que digo ahora.

—¿Y si te abandona? ¿Qué les dirás a tus padres?

—Cuando esté preparada, daré la noticia. —Frunzo el ceño—. Y si me abandona, superarlo como tantas otras veces y seguir adelante. No pienso abortar si es lo que estás pensando.

Conté hasta cinco mentalmente.

—Nunca te pediría algo así. Solo quiero lo mejor para ti y para el bebé, Melissa. ¿Tan difícil es comprenderlo?

—No quiero seguir hablando del tema. Es mi bebé, es mi vida.

Melissa ya no fue la misma. Dejó de apetecerle entrar en sus tiendas preferidas, mirar complementos, todo se volvió en continuas quejas, solo abría la boca para quejarse.

—¿Estás enfadada conmigo? —pregunté al cabo de un rato.

—Estoy cansada, eso es todo —dijo sin mirarme.

—Melissa, solo quiero que estés bien.

—Estaré bien. Yo soy quien tendrá el bebé y no tú. Yo soy quien sufrirá y no tú.

Levanté las cejas con énfasis.

—O sea... —No sabía si reír o llorar por su comentario tan «empático» y tonto—. ¡Claro!, ¡qué tonta! —Golpeé mi frente con gracia—. Es verdad, que como no me preocupas una mierda, ¿por qué interesarme por ti? Me debe dar igual que estés con un capullo que no deja de hacerte daño, ¿no? —La miré seria y me dejé de bromas—. ¿Acaso tú harías lo mismo?

y justo en el momento que iba a decir algo, su móvil sonó.

—Es Cristiano —. No tardó en atender la llamada.

Cinco minutos estuvo al teléfono, yo me había sentado en un banco a esperarla. Se acercó con una sonrisa en los labios, parecía otra, no había rastro de tristeza en su rostro.

—Cristiano viene a buscarme.

—¿Vas a irte con él? —Me sentí... decepcionada.

—No te importa, ¿verdad?

—Hombre, pues para serte sincera, sí. Primero, porque te vayas con él a sabiendas de todo lo que hemos hablado, y segundo, ¿me vas a dejar tirada?

Se quedó en silencio, mirándome mientras veía como su bonita sonrisa se iba desvaneciendo.

—Quiere hablar ahora del tema.

—¿Y no tiene otro momento? Te recuerdo que es el quien te dice de quedar y luego no se presenta. ¿Se lo pones fácil?

—Es su hijo.

—¿Y eso te ata a él?

De nuevo la tonta discusión. ¡Me daba una rabia ver cómo se estaba dejando llevar por un hombre que no merecía la pena...!, con todo lo que ella podía conseguir tan solo con chasquear los dedos...

—Laura, son cosas nuestras. Tenemos que hablarlo y ya está.

Resoplé.

—¡Muy bien! Ya eres lo bastante mayorcita para saber con quién andas y con quién no.

—¿Te has enfadado? —ahora era ella la que me lo preguntaba a mí.

—Me estás dejando plantada, alegre no estoy. —Me levanté—. Pero no te preocupes, cuando vuelva a hacerte daño, yo seguiré ahí, ¿sabes? Porque soy tu amiga y porque te quiero. —Le di un beso en la mejilla y me marché hacia la parada del autobús.

De vez en cuando miraba a mi alrededor para comprobar si el tema de la vigilancia, era verdad, pero yo no veía a nadie sospechoso ni repetitivo. El camino a casa se me hizo algo difícil, no dejaba de pensar en mi situación: si no tenía ya bastante con Marco, ¿ahora también Melissa y su novio matón? Empezaba a tener claro que mi sitio no era aquél, que mi sitio estaba en España, con mi piso, con mi vida... con mi trabajo, aunque tuviese que aguantar a una jefa egoísta y mala persona. Tenía que descubrir por qué Cristiano sabía tanto de mí y por qué sabía quién era mi padre. ¿A quién se refería con qué lo tenía cerca? Hubo un momento en que sentí que me iba a estallar la cabeza y cuando me quise dar cuenta, bajé del autobús dos paradas antes de llegar a casa.

Entré en una pequeña tienda de alimentación y opté por comprar algo para picotear.

Al llegar a casa, dejé las bolsas sobre la mesa del salón. Cogí mi móvil, le mandé un mensaje a Lorenzo comunicándole que ya estaba en casa y antes de sentarme, inspeccioné por si alguien había entrado en ella. Todo estaba como lo había dejado y por un momento me sentí tranquila. Pude respirar en condiciones y pude sentarme sin ese miedo en el cuerpo que no me dejaba ni parpadear.

Capítulo 19

Marco.

Salía del pub del que me encontraba, después de tomarme una copa. El día en el trabajo había sido más duro de lo que yo pensaba, de reunión en reunión. No dejaba de pensar en la reacción de mi padre al hablar con Lorenzo el domingo en casa. Mi madre le había invitado a comer y algo tramaban los dos dejándome al margen. Llamé a Melissa un par de veces, no lo cogió y deduje que seguía estando mal del estómago.

En cuanto vi el nombre de Laura reflejado en la pantalla, sentí que el corazón me daba un vuelco.

—¿Sí?

—Ya sé que no son horas, pero necesito hablar contigo —noté su voz nerviosa, asustadiza.

—¿Estás en casa? —Caminé hasta mi coche.

—Sí.

—Dame diez minutos. —Y colgué.

Entré en el coche como alma que lleva al diablo y me introduje en la carretera.

Al cabo de un rato, ya frente a la puerta de su casa, me quedé delante, nervioso.

Cerré los ojos y solté el aire que había inspirado. Llamé al timbre. Enseguida abrió la puerta y con un gesto, me hizo pasar.

—¿Ocurre algo?

—Tenemos que hablar sobre Melissa —dijo seria. La seguí hasta el salón.

No tardé en ponerme tenso y nervioso.

—¿Le ha pasado algo? —Me senté a su lado después de dejar mi chaqueta sobre la mesa del salón.

—No, pero... —su mirada era de miedo, de mucha preocupación—, a lo mejor tu hermana no me lo perdona en la vida, pero creo que es lo correcto tras su situación.

Escuché atento todo lo que me iba contando.

—¿No le has contado nada a ella, de lo ocurrido? —Negó con la cabeza. Me levanté. —¿Por qué? —Ella imitó mi gesto.

—No sabía cómo decirle...

—¡Joder, Laura! Mi hermana corre peligro, ¿y tú no sabes cómo decírselo? —elevé la voz.

—No es tan fácil... —intentó defenderse.

—¿Que no es tan fácil? ¿Pero de qué vas? ¿Quién eres tú para decidir? —Saqué mi teléfono del bolsillo trasero de mi pantalón y marqué su número. Impaciente, caminando de un lado para el otro, esperaba que Melissa descolgara.

—Marco... —Tocó mi brazo.

—¿¡Qué!?! —esta vez grité.

—Está embarazada de él.

—¿Embarazada? —Necesité sentarme—. No puede ser, imposible.

El timbre de la puerta sonó y cuando Laura volvió de abrir la puerta, Lorenzo entró en el salón.

—Se lo acabo de contar todo —dijo ella con cierta preocupación.

—Laura, ¿qué fue lo que hablamos? —Lorenzo me miró, se acercó y me estrechó la mano.

—Prefiero saberlo —dije agotado de tanto darle vueltas—. ¿Has pensado en hacer algo? Mi hermana...

—Laura también corre peligro. —La miré sin abrir la boca—. ¿Peligro?

Los dos la miramos a ella, parecía encogerse.

—Marco..., la prioridad es tu hermana. —Habló.

—La prioridad sois las tres, Laura —Intervino Lorenzo—. Sabe tus datos, te ha amenazado y te ha confesado que entra en casa mientras duermes.

¿Todo eso iba en serio?

—Lorenzo, la prioridad es Melissa. Yo no le tengo ningún miedo. Vero está bien, yo estoy bien —se señaló—, y de Melissa no sabemos nada desde que se marchó con él.

—¿La habéis llamado al móvil?

—Yo un par de veces y Laura desde ayer, según me ha contado.

—¿Y habéis ido a su casa?

—Justo iba a hacerlo.

—Sí, será buena idea —intervino Laura en la conversación.

—Lo siento, pero tú no irás.

—¿Y eso por qué? —Me estaba poniendo de los nervios..., pero ¿cómo tenía tanta desfachatez de preguntar? Lorenzo permanecía en un segundo plano, en silencio, observándonos a los dos.

—Tú la has puesto en peligro.

—¿Yo? —preguntó con cara de sorpresa mientras su mirada me traspasaba.

No me sentí mal, no en ese momento, pero sí después. Lorenzo ni siquiera habló, ni cuando bajamos por el ascensor, ni cuando subimos a mi coche.

Arranqué.

—¿Crees que me he pasado con ella? —pregunté, introduciéndome en la carretera. Estaba muy preocupado por mi hermana y la situación con Laura me estaba desesperando.

—Prefiero no opinar. —No sé qué fue mejor, si decirme que sí me había pasado, o esa contestación, que lo único que consiguió fue que no dejara de darle vueltas sintiéndome mucho peor.

—Algo tendrás que opinar, ¿no?

—Prefiero no hacerlo. —Ni me miró cuando respondió.

Fue entonces cuando una moto de gran cilindrada pasó por nuestro lado como un rayo. Supe que era ella y me preocupé, aunque lo mantuve en silencio.

Me sentí algo aliviado al ver la moto que minutos antes me había adelantado frente a la casa de mi hermana.

La puerta estaba abierta, Lorenzo caminaba detrás de mí, en silencio.

—¿Melissa? —Caminé hasta el salón—. ¿Laura? —Ninguna de las dos contestaba. Melissa solía pasar muchas tardes y noches pensando en el jardín, así que no lo dudé. Antes de llegar, vi la silueta de Laura que abrazaba a mi hermana. Las escuché llorar y se me partió el alma al haber sido tan duro con ella y por no haberme dado cuenta de lo que estaba ocurriendo a mi alrededor. Fui un egoísta por solo pensar en mí.

—Sera mejor que las dejes a solas un momento. —Lorenzo agarró mi brazo para frenar mis pasos. Asentí y esperé a ver a Laura entrar en la cocina.

—¿Cómo está? —pregunté en cuanto encendió la luz. Parecía que supiese que estaba justo ahí, ni me miró y ni se inmutó ante mi presencia.

—Pregúntaselo tú mismo. —Pasó por mi lado.

—Oye, Laura... —agarré su brazo.

—No me toques, Marco.

Las pulsaciones aceleraron mi respiración.

—Solo quería disculparme.

—Disculpas aceptadas. —Silencio y miradas que podían matar a cualquiera—. ¿Algo más? —No supe qué decir, me vi entre la espada y la pared. ¿Acaso no era capaz de ponerse en mi lugar? ¡Joder, estaba preocupado por mi hermana!

—No debí haberte hablado así antes...

—Exacto, no debiste. —Se soltó—. Ahora, si me permites, solo quería saber cómo se encontraba mi amiga, a la que yo misma he puesto en peligro. Lorenzo, ¿te llamo luego? —Se acercó a él y le dio un beso en la mejilla.

—¿Crees que me perdonará? —pregunté antes de acceder al jardín, donde escuchaba el llanto de mi hermana—. Lorenzo tragó saliva y me miró algo

apenado, dándome así una respuesta.

—Necesito estar sola. —A pesar de sus palabras, me acerqué a ella—. Por favor, Marco.

—No pienso dejarte sola, ¿me oyes? ¿Cómo te encuentras?

Odiaba ver a mi hermana así, tan vulnerable.

—Todo empeora y no sé qué hacer. —La abracé.

—No estás sola y nada empeorará, estaremos a tu lado.

—No es así de fácil, no...

Lorenzo nos observaba desde la ventana del salón, y una parte de mí se sintió aliviado por tenerle cerca y no tener que enfrentarme a todo lo que estaba ocurriendo, solo.

—¿Podemos pasar dentro? Hace un poco de frío y en tu estado... —Me miró con los ojos llorosos—. Es mejor que te cuides.

—Ya no estoy embarazada, si es eso lo que te preocupa —dijo con un hilo de voz, levantándose. Abrí los ojos sorprendido.

—¿Qué ha ocurrido?

—El destino ha querido que así fuese —la abracé.

Al final me hizo caso y entramos. Lorenzo nos ofrecía agua mientras Melissa narraba los hechos, se encargó de pedir algo para que comiera e incluso de echarle una manta por encima.

—¿Mejor? —Acaricié su pelo. Me miró y, por un momento, sus labios dibujaron una leve sonrisa.

—Mejor —dijo al fin—. Laura me lo ha contado todo. Y de verdad, no sé cómo no me he dado cuenta antes, no entiendo nada, Marco, no entiendo nada... —Volvió a llorar.

Empujé su cuerpo hacia el mío.

—Tranquila, saldremos de esta. Verás como todo se arreglará y conseguiremos averiguar toda la verdad.

—¿Qué verdad? Todo es una farsa, ¿no lo entiendes? Cristiano solo me quería por mi dinero.

—¿Por tu dinero? —preguntó al fin Lorenzo.

—Me ha pedido dinero en varias ocasiones, y el domingo, mientras me hizo creer que hablaríamos de lo nuestro, volvió a pedirme. Esta vez era para pagar algunas deudas pendientes. —Rompió a llorar. —Cuando empecé a sangrar, no le importó. —Me miró. —No le importó, ¿qué clase de persona es? —La abrace fuerte.

Aspiré todo el aire que pude.

—Tranquila, por favor. —La abracé fuerte.

Capítulo 20

Laura.

Tres horas tardé en abrir aquel sobre con toda la información sobre mi madre que tanto necesitaba para poder entender mi infancia, mi vida.

Me armé de valor y accedí a él, sacando toda la información que había dentro.

Mi partida de nacimiento, datos de mi madre, de mi familia... El corazón me daba un vuelco cada vez que ojeaba un nuevo documento.

Tras pasar un buen rato meditando después de todo lo que había leído; herencias, propiedades... descolgué el teléfono.

—¿Sí? —La voz de Lorenzo sonaba a cansancio, a un duro día de trabajo, a miles de preocupaciones que se escapaban de sus manos.

—He leído el informe.

—¿Y?

—¿Qué crees que debería hacer? Estoy un poco asustada —confesé mordiendo las pocas uñas que me quedaban.

—¿Has desayunado? —Miré la hora en mi reloj, ni siquiera había dormido esa noche.

—No.

—Paso a buscarte.

Me puse algo cómodo y me hice una coleta alta. Lorenzo no tardó en recogerme. Bajé casi corriendo como alma que se lleva el diablo y subí al coche casi ahogada por el esfuerzo.

—Hola —casi no me salía la voz.

—¿Estás bien? —preguntó incorporándose a la carretera. Pronto empezaría a llover, la oscuridad de las nubes avisaba de ello.

—Tengo muchas preguntas —conseguí decir tranquila.

Fuimos al mismo restaurante de las últimas veces, que ya era casi nuestro. Pedimos un café y algo para comer.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó un Lorenzo preocupado como tantas otras veces por mí.

—Bueno, bien. —Le miré. —Creo... Dejar la oficina no ha sido fácil —de aquello habían pasado unos días.

Melissa y yo estábamos hablando, iba a comunicarle que necesitaba alejarme de Marco durante un tiempo que aquella situación era insostenible y entonces, el entro por la puerta.

—Lo siento —musitó ella. —Es la única forma de que habléis entre vosotros.

—No hay nada de lo que hablar. —Sonreí disgustada. —Creo que quedó claro la última vez.

—Laura, por favor. —Habló Marco. Ni siquiera quise mirarle a la cara, no quería escucharle, olerle...

De mi bolso saque la carta de dimisión que la noche anterior me había preparado.

—No quería llegar a esto, pero no puedo más —Miré a Melissa a los ojos, no hizo falta más entre nosotras, me entendió. —Lo siento. —Y me dirigí hasta la puerta pasando por su lado, aspirando su aroma. Rota y repitiendo en mi mente las palabras que me dedicó no hacía mucho.

—Todo se arreglará —Lorenzo sonrió.

De mi bolso saqué la documentación que horas antes había releído tantas veces que ni recordaba.

—Esto... —señalé un documento donde decía que me pertenecía una pequeña casa—, ¿me pertenece? ¿Es real?

Lorenzo me miró a los ojos.

—Sí, en esa casa debiste de nacer. —Cogió una foto que saqué junto a los papeles y, nostálgico, se quedó mirando—. No está muy lejos de aquí, ¿quieres ir a verla?

—¿Puedo?

—Claro, no deja de ser tuya. —Me sentía confusa.

—Si supuestamente todo el mundo cree que yo también fallecí en aquel accidente, ¿cómo puedo demostrar...?

—Tu cuerpo nunca apareció.

Silencio.

—Y... ¿todo... este dinero de aquí? —Señalé otro documento.

—También es tuyo.

—Pero... —Como no me quedaban uñas para llevarme a la boca, opté por morderme la piel.

—Querías respuestas y aquí está todo lo que he podido conseguir.

Suspiré, no estaba bien. Todo era demasiado.

—¿Y mis abuelos, primos, tíos...?

—Tus abuelos murieron hace años y tu tía Pilar, que fue la única que se hizo cargo de ti, también falleció. Así que no solo te corresponde lo que tu madre te dejó en su día, sino lo que los demás, también te han dejado.

—Mi tía nunca habló nada de esto... Yo... —Dios, quería llorar. Me tapé la cara.

—Laura, es tuyo.

—No me siento merecedora de todo esto, Lorenzo, yo... ¡Joder! Yo... —Un gesto suyo me hizo desquebrajarme, me cogió de la mano. —Es que me siento tan perdida...

—Puedes hacer todo lo que tú quieras con el dinero, con las casas... eres dueña de tu vida, de tu pasado, de tu presente y de tu futuro.

El camarero dejó sobre la mesa los cafés y el pedido de comida.

—¿Laura? —La voz de Leo me hizo girar.

—¿Leo? ¿Qué haces aquí? —Se levantó, saludó a Lorenzo con un apretón de manos y a mí con un abrazo.

—Te fuiste sin despedirte —Atrapé mis lágrimas con la palma de mis manos.

—Lo siento. —Me dio un beso consiguiendo así que me tranquilizara.

—No vivo muy lejos de aquí. ¿Puedo? —Lorenzo y yo nos miramos y asentimos los dos a la vez. Recogí todos los papeles de la mesa, y los guardé en mi bolso—. Espero no interrumpir nada.

—No, no te preocupes. Solo estábamos hablando.

Aquello fue incómodo. Bastante. Leo no dejó de hablar, de preguntar por mi estado, el porqué de mi marcha.

—Espero que, aunque ya no seamos compañeros, podamos quedar de vez en cuando.

—Claro, Leo. Yo a ti también. —Lorenzo permanecía en un segundo plano. Observando. Se bebió el café casi de un trago y comió tranquilo.

—Laura, será mejor que vayamos a ver la casa.

—¿Vas a comprarte una casa? —Leo mostró interés.

—Ya te contaré, es una historia un poco larga.

—Sabes que las historias largas siempre me han gustado. —Se levantó, volvió a darme un abrazo y un apretón de manos a Lorenzo—. Me alegra verte en tan buena compañía. Nos vemos. —Y se marchó.

No tardamos en salir del local, subí al coche.

—No me gusta la forma en la que te miraba ese chico. —Perpleja, miré a Lorenzo. ¿Me lo estaba diciendo en serio? —Creo que le gusta saber demasiado. —Arrancó tras ponerse el cinturón de seguridad.

—Es buena gente. Se preocupa, solo eso —defendí.

Caminamos con el coche en marcha por los estrechos caminos floreadas de Palermo. Todo era tan bonito, tan mágico... Pasamos por calles que no había tenido la oportunidad de conocer. Su gente, su ambiente me hacían sentir como en casa y la idea de abandonarlo todo, se iba desvaneciendo.

Lorenzo paró el coche frente a una vieja vivienda ajardinada. El corazón se me

encogió. Le miré aguantando la respiración.

—¿Es esta?

—Sí.

Bajamos. Mi curiosidad iba en aumento, el poco mantenimiento y la soledad de aquello que alguna vez fue un hogar, dejaba claro que hacía años que nadie ponía un pie en su terreno.

—¿Quieres entrar? —De su bolsillo sacó un juego de llaves.

—¿Podemos?

—Es tu casa, Laura.

¿Por qué me tenía que sentir así? Tan desdichada, tan poca merecedora de lo poco bueno que entraba en mi vida.

Accedí tímida, asustadiza por aquellas estancias, imaginándome mil cosas...

Capítulo 21

Marco

Leo pasó a mi despacho.

—¿Todo bien? —preguntó al cerrar la puerta. Asentí, aunque no lo hice muy convencido. Tomó asiento y me miró extrañado. —Te noto algo... pálido.

—No estoy durmiendo bien. —Confesé. Las escenas que mi mente recreaba eran desconcertantes y no encontraba manera alguna de poner orden.

—Imagino que debe ser agotador, ¿sabes algo de Laura?

Fijé la mirada en la mesa.

—No, no sé nada de ella.

—Vaya... —se quedó pensativo. —¿Y ahora?

Cogí aire y froté mi cara. ¿Y ahora? Yo tampoco me dejaba de preguntar lo mismo una y otra vez y tampoco podía dejar de pensar en ella, de preguntarme como estaría, si estaba haciendo lo correcto en dejarla marchar. Mi confusión iba en aumento conforme pasaban los minutos, las horas, los días.

—No lo sé, Leo. Me siento muy confuso.

—¿Por qué no nos tomamos un café y me pones al día?

Necesitaba hablar con alguien que estuviera al margen, que me escuchara sin juzgar, que me aconsejara sin condiciones.

Se había convertido casi en una rutina ir hasta la cafetería de todos los días, el olor a dulce de nuevo me recordaba a una Laura lejana y a un yo, sin sentimiento alguno que le hiciese despertar del largo sueño.

A la última persona que me esperaba encontrar esa misma mañana, junto a la

barra tomando algo, fue a Mónica. Me paré en seco en cuantos sus ojos chocaron con los míos, creo que ella reaccionó igual, confusa.

—Me alegra mucho de verte tan bien. ¿Cómo te va todo? —no sabía si su pregunta era sincera o simplemente se estaba riendo de mí.

Por educación, hablé.

—Muy bien Mónica e imagino, por lo que veo, que tú también —ni la miré cuando hablé.

—Necesito hablar contigo —habló tan bajito que casi me costó entender lo que decía.

—Fui muy claro al decirte que no, que tú y yo no tenemos nada de lo que hablar. —Y pasé de ella, inclinando la cabeza con un gesto haciéndole saber a Leo, dónde quería sentarme; en un sitio donde pudiese respirar, cerca de la puerta.

—¿Qué hace aquí? —la cara de confusión de Leo era casi una imitación de la mía.

—Eso me gustaría a mí saber —amasé mi pelo cansado de tantos contratiempos.

—¿Qué te ha dicho?

Empecé a agobiarme.

—¿Podernos irnos? —me faltaba el aire. Leo me miraba.

—¿Y vas a darle ese gusto? Eso es lo que ella quiere, que huyas.

Me deje llevar por sus palabras y terminé pidiendo un café, algo que me mantuviese despierto.

Conforme iban pasando los minutos y Leo hablaba, dejé de prestarle atención para adentrarme en mis pensamientos.

—Hace mucho que no sé nada de él —decía. —Siempre cuidé de él y siempre se estuvo metiendo en líos—. Marcos, ¿me escuchas? —chasqueó los dedos, despertándome así de mis reflexiones.

—Lo siento ¿qué decías?

—Vaya, estás peor de lo que pensaba.

—Tenerla tan cerca me desconcierta.

—No te preocupes, lo comprendo —se giró para mirar a Mónica, que en silencio nos observaba. Y no sabía si lo hacía con miedo, preocupación o tramando algo.

—Pienso mucho en ella.

—¿En Mónica? —Su cara casi me hizo reír.

—En Laura. —Mis manos empezaron a sudar. —No sé si ir a verla y hablar con ella, creo..., creo que lo necesito.

—¿Has recordado algo?

—No lo sé. Todo está tan desordenado.

—¿Y la psicóloga? ¿Qué te dice? —Solté todo el aire que tenía retenido—, ¿puedo darte uno de mis consejos?

—Claro.

—No lo pienses, ve a por ella, hablad, no sé. Creo que tenéis mucho de lo que conversar, los dos habéis pasado por mucho.

Me quedé pensativo, le debía tantas disculpas...

Ya en el despacho, no era capaz de poder concentrarme y por suerte, Melissa entró. Su estado de ánimo fue mejorando y empezó a ir a Gaia, necesitaba ayuda, necesitaba recuperar su autoestima, su confianza, su seguridad.

—Dice que está bien pero su voz la delata —Caminaba de un lado para el otro.

—¿De quién hablas? —mi voz sonó cansada. Dejé de caminar.

—De Laura. Ya sé que lo último que quieres es que yo te tenga que decir que hacer y que no. Pero por favor..., ve a hablar con ella. Disculpate—. Suspiré, tenía razón. —No esperes a recordarlo todo de la noche a la mañana...

—No te preocupes, iré —el corazón golpeaba mi pecho con fuerza solo de

pensarlo.

—¿De verdad? ¿Así de fácil?

—Tienes razón, he de disculparme con ella. Aunque ir a verla, puede provocar el efecto contrario y alejarse más. No quiero eso.

—Ella te quiere, Marco. Daria lo que fuera por ti. No sé alejará.

—Eso no lo sabemos, ni tú, ni yo.

—Lo sé.

Di varias vueltas en el coche hasta que me decidí por fin, aparcar frente al edificio dónde vivía. Desabroché mi cinturón de seguridad y salí. Mis piernas temblaban, mis manos sudaban... solo iba a comprobar que estaba bien y a pedirle disculpas.

«Respira, Marco, respira» me repetía mentalmente mientras subía por el ascensor.

Llegué hasta su puerta y tras pensarlo tropecientos mil veces, llamé el timbre.

Nuestras miradas se encontraron en cuanto abrió la puerta.

—Hola —sonreí como pude. Estaba guapa, con el pelo recogido en un moño, algo despeinada y ropa de andar por casa. Tan ella, tan natural...

—¿Qué haces aquí? —me invitó a entrar. Me sentí aliviado y poco a poco, pude soltar todo el aire, que de nuevo volvía a acumular.

En silencio fuimos hasta el salón. Encima del sofá, vi a dos pequeños cachorros, dormidos y rodeado de cojines.

—Ella son Asía y Luna —dijo con una sonrisa, una sonrisa que aceleró mi respiración. Me acerqué a acariciar a las dos bolitas peludas que no dejaban de llorar, reclamando atención. —¿Te gustan los animales? —me sorprendió su pregunta.

—Sí. Creí que lo sabías.

—Del nuevo Marco, no. —La miré a los ojos, humedeció sus labios, se ruborizó.

—Hay cosas que aún estoy descubriendo. —Dije en un intento porque sonriera.

—¿Cómo estás? —preguntó al fin.

—Necesito saber de ti —dije.

Se sentó a mi lado.

—¿Y Melissa?

—Mal—, suspiré. —Desde que te marchaste, nada ha vuelto a ser igual, ni para ella, ni para mí.

Me miró sorprendida.

—¿Ni para ti? De mi bolsillo, saqué la carta que había escrito para ella antes del accidente.

Pude ver el miedo reflejado en sus ojos.

—¿Es para mí? —casi no le salía la voz.

Capítulo 22

Laura

—La encontré en casa.

Mis manos temblaban al coger aquella nota. Tuve que cerrar los ojos un instante. ¿Por qué estaba aquí? ¿Por qué la había traído?

—Lo siento. Necesito coger aire. —Me levanté y caminé hasta la cocina. Abrí el frigorífico y cogí una botella de agua. Dios, necesitaba calmarme. Tuve que refrescar mis muñecas, mi cara... Mire por la ventana, daban igual las vistas, él estaba ahí joder, en el salón, y dolía tanto...

—Por favor Laura —su voz se colaba en lo más profundo de mí. Mordí mis labios, no quería darme la vuelta, no quería toparme con el azul de su mirada.

—No lo hagas más difícil de lo que ya es —conseguí decir.

Me agarró de la cintura.

—Por favor... —su voz sonaba a suplica. ¿Qué era lo que quería de mí? ¿Qué debía hacer?

—Tú no lo entiendes, a ti no es a quien le duele. Tú no eres quien me quiere, Marco. Soy yo quien no deja de pensar en ti, de soñar que todo vuelve a ser como antes, desearte...

—Laura, mis palabras en esa carta me han dicho lo mucho que te quería.

Por fin me di la vuelta.

—Tú lo has dicho, me querías. Ya no, Marco, y después de todo el tiempo que ha pasado... no tengo esperanza ninguna de que logres quererme algún día.

—Yo sí.

No pude seguir hablando. Lloré. Me abrazó. Aquello era como estar en el mismísimo infierno. Sus brazos rodeaban mi cuerpo, su olor fue como una máquina del tiempo, su calor... el latido de su corazón.

—¿Por qué tiemblos? —reí nerviosa mientras intentaba para de llorar.

—No lo sé. No he dejado de ponerme nervioso desde que decidí venir a verte.

—Sus ojos secuestraron a los míos.

Sus labios se acercaron y no pude hacer nada por esquivarlos..., por detenerle.

¡¡Felicidades princesa!!

¡Qué! ¿Te esperabas esta sorpresa? Ahora mismo te observo. Todo ha salido como había pensado. Un restaurante solo para nosotros, mi familia y la tuya a punto de entrar por la puerta... y tú, seguro que estás haciendo fuerza para no romper a llorar.

Llevo tiempo preparando esto, bueno, no lo hubiera conseguido sin la ayuda de mi hermana y sin Vero, que ¡Por cierto! Deben estar a punto de llegar al restaurante. Sé que no estás completa sin ella y quiero que este sea un cumpleaños que jamás, puedas olvidar. Nunca mi vida.

Laura, te quiero como jamás llegué a querer a nadie, ni si quiera a Mónica, aunque para serte sincero, creí que nunca podría llegar a querer a alguien después de ella, por eso no entraba en mis planes volver a enamorarme. Ahora dudo si alguna vez estuve enamorado, porque Laura, en tan poco tiempo has cambiado mi vida, la de mi familia. Me lo das todo sin pedir nada a cambio. Y vivir juntos, aunque haya sido algo precipitado, ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida. Visualizo todos los días de mi vida junto a ti, formando una familia. ¿Te imaginas, tu y yo siendo padres? Lo he imaginado mil veces y lo veo, Laura, lo veo. Por eso mismo, no quiero que recuerdes este día solo por ser tu cumpleaños, por ser una Navidad más y que tan poco te gustan, sino... Mejor, deja de leer y mirame a la cara, tengo algo que preguntarte...

Desvié mis ojos hasta los suyos, el corazón me latía con fuerza, mi barbilla temblaba y aguanté todo lo que pude por no romper a llorar. De su bolsillo sacó una pequeña caja, visualicé un anillo de pedida.

—Iba a pedirte matrimonio el día de tu cumpleaños. —En cuanto abrió la caja, dejé de respirar. Un bonito anillo asomó. En el centro había un pequeño diamante, algo discreto, bonito. Algo que el accidente me arrebató.

Y lloré.

—Laura, no hace falta saber que era lo que iba a pasar, esa carta me ha descrito mi vida anterior. Ni tu carta, ni los recuerdos que he intentado buscar, — me la quitó de las manos. —¡Dios Laura! No imaginas lo confundido que me siento con todo esto —se sentó en la silla, yo hice lo mismo. Busque sus manos, necesitaba tocarla, sentir su piel.

—Puedo llegar a entenderte. Pero... —bajé la mirada. —Nunca has dejado de ser tú en todo este tiempo.

—¿Cómo dices?

—Que siempre has sido tú, con o sin recuerdos, no he visto a otra persona que no hayas sido tú, Marco.

—He dicho cosas horribles.

Sonreí como pude.

—Hablaba tu rabia y no te culpo—. Me acerqué.

—No era solo mi rabia Laura. Desde el momento en que vi que una persona ahí fuera a la que no recordaba esperaba una vida junto a mí, me sentí inseguro. ¿Cómo enfrentarte a una persona que no recuerdas y que asegura conocerte? ¿Cómo enfrentarme a una chica a la que había prometido amor eterno? —Su voz comenzó a romperse. —¿Enfrentarme a una vida reflejada en una carta? ¿Puedes llegar a imaginar cómo me sentía? No era a ti a quien no he querido ver todo este tiempo, sino a mí mismo.

—No te entiendo.

—Mirarte a ti, era descubrir un pasado del cual, yo no estaba preparado aún. Me sentía un farsante. Ahora, ahora todo es diferente.

—¿Qué lo hace diferente?

—La carta que has leído, el descubrir algo de mí.

Silencio.

—¿Cuándo averiguaste lo de la carta?

—Hace varias semanas.

—¿Y lo has ocultado? —¿Cómo debía sentirme? ¿Cómo debía reaccionar? —
¿Después de todo lo que ha pasado? —De nuevo las malditas ganas de llorar.

—Lo siento, no he dejado de pensar en todo lo ocurrido. —Sentía mis ojos
cristalizarse y no pude frenar mis lágrimas. —Quiero intentarlo, Laura.

—¿Intentar el qué? —pregunté apenada.

—Que nos conozcamos de nuevo.

—¿Y si no funciona? —¿acaso sabía lo que me estaba pidiendo?

—Prefiero saber que no funciona intentándolo, que no hacer nada a cambio.
Quiero volver a conocerte, me da igual como sea, pero por favor, intentémoslo.
No perdemos nada.

—No sé si podría vivir con eso Marco.

—Lo único que puedes conseguir es odiarme.

—Nunca podría odiarte, te quiero demasiado. Solo odio el día que tuvimos el
accidente, eso es lo que odio con todas mis fuerzas.

Me empujó hacía él y nos dimos un abrazo. ¡Dios! Sentir su piel tan cercana, el
calor que emanaba. Aspire fuerte su aroma, olía tan bien... El sonido de su
corazón iba al compás del mío.

Se separó unos milímetros, los suficientes para vernos las caras y me besó.

De forma suave...

De forma tierna...

Intensa...

—Por favor, Laura. Encontramos el camino juntos —¿Cómo decirle que no, si
me moría por intentarlo una y mil veces?

Agarré su cara con mis manos, nos miramos a los ojos.

—Te esperaré toda mi vida, Marco. Nunca lo olvides, pero no así. No sintiéndote obligado a tener que hacer las cosas porque crees que es la única manera de poder recordar—. Cogió mis manos y las acercó hasta sus labios, las besó y ya no pude seguir hablando. Juntó su frente a la mía y volvió a besarme. Sabía tan bien... que no podía pedirle que parara.

Sentados en el sofá, me acerqué hasta él para apoyar mi cara en su pecho, sus manos acariciaban mi pelo y por un segundo, sentí que todo volvía a su sitio.

—¿Qué te parece..., si salimos a cenar? —hizo que lo mirara. Sonreí.

No hizo falta coger el coche, fuimos caminando hasta la playa, dónde un pequeño restaurante, con varias mesas fuera, nos esperaba. Apenas había nadie y lo agradecí.

Me senté frente a él.

—¿Qué quieres tomar?

—¿Un refresco? —nos reímos.

Mientras esperábamos al camarero, ninguno de los dos hablamos y no podía dejar de pensar en la carta, en nosotros.

—Hace un par de días, conocí la casa donde nací.

—¿Y qué tal?

Las imágenes de ese día empezaron a dibujarse libremente por mi mente.

Me encogí de hombros.

—Quise sentir algo, pero no lo logré ¿crees que eso es malo?

—No.

—Lorenzo respetó mi intimidad, se quedó en la puerta mientras yo paseaba por aquellas ruinas. Casi no se visualizaba que alguien tiempo atrás, pudiese haber vivido allí. Todo estaba lleno de pintadas, habían quemado maderas allí

dentro, había mantas tiradas por el suelo... Intenté cargar aquella casa de recuerdos inventados de la infancia que no viví allí. Intenté imaginar a mi madre cocinando, llamándome... —sonreí nostálgica. —Me imaginé una vida que no tuve en el tiempo que duró mi visita. Y al salir y caminar por el gran jardín, o eso quise imaginar, escuché unos quejidos. Al levantar unos matorrales, encontré a las dos perritas.

—¿Crees en el destino? —pregunté.

—¿Debería? —sonrió.

«Pues deberías. Él te ha traído hasta mí» Dijo en aquella reunión donde les saqué de aquel apuro. Tantos recuerdos, sentimientos encontrados...

Sonreí.

—¿Y qué va a pasar con la casa, te iras a vivir allí?

El camarero trajo lo pedido, momento que aproveché para reflexionar unos segundos. El sonido de las olas del mar rompiendo, me ayudaron a relajarme.

—Hay que reformarla entera. Está muy descuidada.

—Conozco...

—Tranquilo —le interrumpí. —Lorenzo se va a encargar de todo.

Nos miramos... y volvimos a quedarnos en calma.

—¿Y has pensado como te gustaría que fuese? —apoyó sus codos sobre la mesa y sonrió, cortándome la respiración.

—Sí, me gustaría que aun guardase su esencia y bueno, le he dado algunas ideas a Lorenzo, para que comunique a su amigo arquitecto. Me llamarán.

—¿Y sobre tu padre sabes algo? —me miró. —Perdona todo este interrogatorio, solo quiero saber de ti.

—No. Lorenzo aún está en ello.

—¿Qué harás cuando lo encuentres? ¿Le dirás quién eres?

—Me da un poco de miedo —me reí nerviosa. —Pero... me he dado cuenta de tanto en estos meses...

—¿Cómo qué?

—Estamos aquí de paso y ¿por qué quedarte con la duda? Ahora es cuando tengo la oportunidad de saber mis orígenes, de saber realmente lo que ocurrió. ¿Voy a perder la oportunidad?

—No, claro que no. —Me miraba atento.

—Aunque confieso, que el miedo que tengo es por si él no quiere saber nada de mí. —Suspiré y quise cambiar de tema rápidamente. —He pensado regalarle a Vero la casa de mis abuelos. Podrán tener un hogar y no estarán lejos.

—¿Ella lo sabe?

Me reí.

—Quiero que sea una sorpresa.

—Es un gesto muy bonito por tu parte.

—La considero como una hermana, ella siempre estuvo ahí, atravesó el país y se quedó por mí. Me siento en deuda con ella.

—Yo no tengo amigos así. —Bebió de su copa—, la verdad es que todos los que se acercaban, lo hacían por el dinero, los viajes, las fiestas —confesó.

—Nunca me hablaste de tus amistades.

—Tengo muchos conocidos, pero ¿amigos? Ninguno... —ladeó la cabeza. —Tal vez, con el único que puedo contar sea con Leo. Me escucha, me da buenos consejos. No juzga.

—Metí la pata con él al principio. —Sentí vergüenza.

—Un poco —empezó a reírse.

El camarero regresó a la mesa y volvimos a pedir lo mismo.

—Le he pedido perdón mil veces y aun no me siento satisfecha.

—Podría... ¿Podría quedame esta noche contigo? —Su pregunta me pilló por sorpresa.

Lo miré con ganas de gritarle que sí.

—¿Crees que es buena idea? —fue lo único que se me ocurrió preguntar.

—Me siento muy a gusto contigo y lo que dije antes, iba en serio.

—¿Y por qué ahora? —apoyé los codos sobre la mesa y le miré a los ojos.

Esos ojos que tan loca me volvían como el primer día que me miraron.

—¿Y por qué no? ¿Por qué seguir esperando? No he obtenido respuestas hasta ahora y de verdad que quiero intentarlo. Como bien has dicho antes, estamos aquí de paso.

Una oleada de sentimientos encontrados, ansiosos, me arroparon.

—¿Qué sientes cuando me miras? — nos miramos a los ojos. Su silencio fue mi respuesta. —No me importa que te quedes en casa —aparté la mirada como pude y me obligué a respirar.

—Ey —cogió mi mano. Un escalofrío me recorrió entera. Humedecí mis labios. —Solo quiero hacer las cosas bien...

—Y si no sale, ¿quién crees que sufrirá?

De nuevo ese silencio que tanto ruido hacía.

Al cabo de un rato, después de permanecer los dos en silencio, reflexivos, Marco propuso dar un paseo por la orilla del mar. El agua estaba fría, pero no me importaba. Me descalcé, necesitaba sentir el frescor bajo mis pies.

—Vas a coger frío —dijo con una sonrisa en los labios a tiempo que él también se deshizo de sus deportivas.

Cogió mi mano.

Ni siquiera sentía nada al mirarme, ¿por qué empezar algo que de antemano no iba a funcionar?

Le miré pensativa, lo que hubiera dado para meterme en ese instante en su cabeza, descubrir sus pensamientos...

—¿Sabes? —Sonreía. —Pienso en la carta... en todo lo que escribiste sobre nosotros.

Posiblemente ahora estuviéramos casados, seríamos felices... pensaríamos en tener hijos..., viajar..., hacer mil cosas que ese accidente nos arrebató.

Tuve ganas de llorar.

—¿Qué quieres decir? —el corazón latía deprisa, tenía la sensación de que saldría disparado de mi pecho.

—Al principio, era como leer la vida de otra persona, no quería aceptar que se

trataba de la mía y no fue hasta que encontré el anillo junto a esa declaración de amor, que me di cuenta que en todo momento te referías a mí. —Suspiró. —A lo mejor, las cosas podían haber sido diferentes si desde el primer momento hubiese querido intentarlo contigo.

—Todo sucede por algo. —Tragué saliva.

—Todo esto ha servido para mantenernos separados, para sufrir, no solo tú, sino yo por no saber cómo estar a la altura. —Su voz era apenada.

Ya hacía frío y decidimos sentarnos junto a la arena. Rodeé mis piernas con mis brazos y apoyé la cabeza en mis rodillas.

—¿Tan mal fue para ti, saber que estabas con una chica como yo? —por fin hice esa pregunta que tanto daño me estaba haciendo por dentro.

—No tenías que haberme hecho caso. Estos meses atrás solo he dicho gilipolleces, lo siento. —Me quedé en silencio. —Mirate, Laura. Eres una chica preciosa, simpática, humilde...

—Casi no me conoces...

—No te recuerdo como me gustaría, pero te conozco.

Abrí los ojos de par en par.

—Tengo la cabeza llena de imágenes, desordenadas... eso sí. Pero imágenes tuyas, por eso no he podido dejar de pensar en ti—. Lo miré atenta, casi sin respirar. —Llevo muchos días dándole vueltas, marcharte de la oficina..., ver a mi hermana pasarlo mal me ha hecho pensar en todo y mirarlo desde otra perspectiva más sana. —El nudo que se había formado en la garganta, no me permitía articular palabra. —Nunca fue mi intención hacerte sentir mal con mis palabras —una lágrima escapó sin avisar, Marco no dudó en atraparla con su pulgar. Se acercó un poquito más a mí. —Nunca he valorado si una mujer es o no de una clase.

—Pero dijiste...

—Repito, dije muchas tonterías —volvió acercarse. —Muchas mentiras, Laura. Solo quería mantenerte alejado de mí. Pero ahora..., —acarició mi mejilla—, ahora todo es diferente. Siento que te quiero cerca...

Sus labios se acercaron a los míos. El nudo de mi garganta desapareció, se me erizó la piel y una sensación de cosquilleo empezó a nacer en mi interior.

Me besó...

Le besé...

Con ternura...

Con pasión...

Su lengua no tardó en enredarse con la mía...

Se fundieron...

Solos él y yo...

Calor..., mucho calor...

Sus manos entraron en contacto con mi piel, me abrazó, pegándose más a él.

Su olor seguía volviéndome loca...

—Te esperaré toda mi vida Marco —besé su barbilla..., caminé con mis labios hasta su cuello.

—Por favor... —me pidió. —Esperame, voy a volver, quiero volver.

Suspiré...

—Siempre estaré ahí, me recuerdes o no, siempre estaré a tu lado.

Capítulo 23

Desconocido.

Había mucho silencio, él, serio, dejaba caer el peso de su cuerpo en la silla que perteneció a su padre. A pesar de guardarle tanto rencor y odio, aún seguía conservando todas sus cosas.

Al cabo de unos minutos, se levantó, se acercó a la ventana que daba al jardín y apartó la fina tela que le separaba del cristal. Cristiano disfrutaba de la compañía de una nueva chica, de pelo claro... y algo delgada para su gusto...

Respiró fuerte y apretó los labios. No entendía que después de todo lo que estaba pasando, de los contratiempos, el actuara con normalidad teniendo la capacidad para disfrutar.

Él no podía, se negaba cantar victoria hasta que no estuviera todo solucionado, bien atado y que pudiese al fin, recuperar todo lo que le pertenecía.

Sonó el timbre, se giró con el semblante tranquilo, como si esperase visita. Caminó por el pasillo que tantos recuerdos le hacían revivir y llegó hasta la puerta.

Sonrió satisfecho al abrir.

—Llegas tarde—, su voz sonó autoritaria.

—Lo siento..., la canguro se retrasó. —En cambio, la voz de la chica sonó asustada. Tragó saliva y espero un gesto, que la hiciera pasar.

Caminó delante de él, su mirada quemaba, se clavaba como un cuchillo, punzante. En cuanto llegaron hasta el despacho, ella quedó de pie junto a la puerta.

—Siéntate —ordenó, acercándose al mini bar para prepararse algo de beber. —¿Algo especial para beber? —se giró un instante.

—Sabes que yo no bebo —su voz temblaba, sabía el porqué de cita y a pesar

de que ella negó la bebida, el la preparó igualmente.

—¡Cuéntame! —colocó las copas sobre la mesa y antes de sentarse, la miró fijamente a los ojos. —¿Tienes algo que decirme? —Ella negó. —¿Seguro, Mónica? —Asintió. —¿Y a dónde ibas ayer, con tanta prisa?

—Dijiste que tratara de desconcertarle.

Dio un golpe a la mesa frustrado, furioso por que le tomarán el pelo. No se fiaba de ella.

—Vas a echarlo todo a perder ¡estúpida!

—Pero...

—Así no, Mónica. Lo único que conseguirás es que termine dándose cuenta de todo. Casi la cagas una vez. Por el amor de Dios. ¿Qué quieres, que te mate?

Sabía que él hablaba el serio, y el miedo se reflejó en su mirada, que no tardó en apartarla.

—Por favor...

—Perdona —sonó tranquilo—, las cosas se están torciendo y no me gusta... —pensándolo mejor, si cambiaba su noto ella no se sentiría tan asustada. No quería que el miedo hiciese que ella le traicionase. Aún la necesitaba y no quería matarla, todavía.

—Prometo que no diré nada, pero por favor, dejame al margen —suplicaba. —Ya no pinto nada en todo esto, no me necesitas...

—Eso lo decido yo ¿entiendes?

Y entonces, Cristiano abrió la puerta. Su cara de sorpresa delató que no esperaba encontrarse a una Mónica nerviosa. Un tiempo atrás, fueron amantes y él, a pesar de negarlo, seguía sintiendo algo por ella.

—¿Qué hace ella aquí? —Mónica no quería ni mirarle. —No la necesitamos, creo que quedó claro la última vez que hablamos ¿no? —y se cruzó de brazos, apoyándose en la fría pared.

—Cierra la puerta y siéntate. ¿Dónde has dejado a la rubia que estaba contigo? Mónica se aclaró la garganta.

—Se ha marchado, al parecer se ha sentido ofendida por llamarla por otro

nombre que no era el suyo —rió de medio lado y caminó hasta sentarse al lado de ella.

—Debemos empezar a actuar ¡ya! Lorenzo empieza a hacer bastantes preguntas... y sé, que, si sigue por ese camino, lo descubrirá todo.

—Dijiste que teníamos un buen seguro a recaudo.

—Tiene contactos.

Los dos bufaron.

—Habrá que matarlo —habló Cristiano.

—¿Matarlo? ¿A dónde queréis llegar con todo esto? —Mónica se levantó. — Se os está yendo de las manos y ese no fue el acuerdo. Tengo una hija a la que cuidar, mi reputación está en juego y dentro de dos semanas sale una nueva colección al mercado.

—Haberlo pensado antes, estas tan metida como nosotros. —Mónica miró atónita a Cristiano.

—Yo no he ganado nada con todo esto. Solo me habéis creado problemas.

—Siéntate —la voz autoritaria volvió a tomar el mando y Mónica no tardó en hacer lo que le pidió. —Harás lo que te pida y cuando te lo pida. ¿Lo has entendido?

—Yo... —titubeaba. —Yo...

—¿Quieres morir?

—No.

—¿Quieres que tu hija muera?

—No —rompió a llorar.

—A la niña no la metas en esto —habló Cristiano tan asustado como ella.

—¿Acaso estoy hablando contigo? —El hombre se levantó furioso y llegó hasta él cogiéndolo de la pechera. —Me da igual quien seas, y me da tu maldita hija. ¿Entiendes?

—Calmate, estás muy nervioso —dijo para tranquilizarlo.

—Creo que no me conoces nervioso —su voz se volvió ronca. —Y tú, ya

puedes estar dejando de llamar tanto la atención.

Volvió a fijar la vista en ella.

—No me ando con juegucitos, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé —Mónica tragaba saliva, buscó la mirada de Cristiano, pero no la encontró. —Haré lo que me pidas.

—Más te vale. Sabes cómo funciona, sabes cómo actuó y si veo peligro en todo esto por tu parte, no dudaré en matarte y dejar que todo parezca un accidente.

Capítulo 24

Marco

Los días fueron pasando. Me tomé con calma conocerla. Nuestra relación era cercana, a veces demasiado y otras, no tanto.

Me pasé por su casa como casi todos los días después del trabajo, así aprovechaba y alguna que otra noche, según fuese surgiendo, me quedaba junto a ella.

—Solo sé, que cuando estoy con ella, no dejo de ser yo —le dije a Gaia en la última consulta. —Hablamos mucho, a veces de nosotros y otras, lo que pensamos de la vida o si hay vida en otros planetas. —Me reí. —Es agradable, me siento bien, sin obligaciones, sin exigencias...

—Ya sabes que yo te apoyo en las decisiones que tomes, pero también he de pensar en ella.

—No voy a hacerle daño —aseguré sin estar seguro.

—Piensa bien las cosas antes de hacerlas y si las haces, por favor, que sean tu decisión.

Y lo hacía, juro que lo hacía., solo que... a veces, se nos escapaban a los dos de las manos.

Laura me dio una copa de la llave y al entrar y no encontrarla en casa, me tomé la libertad de preparar algo para la cena.

No tardó en aparecer por la puerta al cabo de media hora.

—¿Qué tal el día? —me encantaba esa pregunta, porque siempre me hacía reflexionar, quedarme con lo bueno e intentar olvidarme de lo menos bueno.

—Reuniones, llamadas telefónicas con clientes insatisfechos... —empecé a quejarme. —Pero bien, hoy mis padres nos hicieron una visita y salimos a comer.

Dejó unas bolsas sobre la mesa de la cocina y empezó a colocarlo todo.

—¿Te ayudo?

—Ya casi he terminado. ¡Por cierto! Huele de maravilla, ¿qué es? —me giré con una sonrisa en los labios.

—Algo que la tata me ha enseñado —era verdad, la tata me ayudaba mucho y últimamente me emocionaba impresionarla con la cena.

—Como sea como la de la última vez, seguro que estará riquísimo.

—¿Sabes algo Vero? —cogió aire.

—No quiere hablar conmigo. María ha venido a casa para que Asía y Luna estén juntas. Pero nada más.

—¿Por qué no la invitas a cenar? —sonrió apenada y fuimos hasta el salón.

—Cuando Vero está enfada, es mejor dejarla tranquila. Se le pasará, lo sé.

La miré.

—Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. —Sonrió y se sentó a mi lado.

—He intentado acercarme a ella, pero esta vez, está enfadada de verdad. Debí contarle lo que pasaba desde el principio y no dejarla al margen como hice, aunque creí que lo hacía por su bien.

—¿Le has dicho lo mismo que me estás diciendo a mí?

—Sí. Pero necesita tiempo y es lo que voy a darle.

Cenamos en silencio, ella lo hacía más ausente de lo habitual.

—¿Te encuentras bien?

—Sí ¿Por? —apenas había probado bocado.

—¿Qué te preocupa? ¿Vero?

—No, la verdad es que eso no me preocupa. Es... — se quedó en silencio. —

No me hagas caso.

Pero no me quedé tranquilo.

—¿Te parece que me quede esta noche aquí contigo? —Volví a sentarme a su lado después de que recogiéramos la mesa.

De nuevo, llenó sus pulmones de aire.

—¿En serio prefieres quedarte en este... —miró a su alrededor —cuchitril, antes que en tu casa? —Solté una carcajada.

—Aquí estoy tranquilo, me siento bien. Y mi casa es demasiado grande y solitaria.

—No vas a conseguir convencerme para que me vaya a vivir contigo —dijo burlona, haciéndome reír.

—¿Hablaste hoy con Lorenzo? Me llamó.

Su cara cambió por completo.

—Sí, estuve hablando con él y...

—¿Y? —se quedó pensativa.

—Noto a Lorenzo un poco... raro.

Arrugué mi entrecejo.

—¿A qué te refieres?

—Creo... —ahora estiraba su blusa, y la planchaba con sus manos. —Creo..., —apartó la mirada. —Creo que se ha enamorado de mí.

No supe que decir, tampoco cómo reaccionar ¿Lorenzo, enamorado de ella? Medite sobre ello durante los segundos en que permanecí en silencio.

—¿En qué te basas?

—En el exceso de preocupación..., en todas las molestias que se toma para mi bienestar, para el de Vero, complaciéndome a mí.

—No creo...

—Cuando me habla, noto como me mira de forma... intensa, no sé. Empiezo a ponerme un poco nerviosa.

—¿Quieres que hable con él?

Su cara expresó alarma.

—No, no, no. Por favor no digas nada.

—¿Y qué pretendes hacer?

—Necesito tomar distancias, ¿qué pensará su hija sobre esto? —se llevó las manos a la cabeza. —Me da vergüenza solo de pensarlo.

—Tranquila Laura, ¿vale? Si quieres... —cogí sus manos para así tranquilizarla un poco. —Podemos decirle que ahora que vamos a pasar más tiempo juntos...

Suspiró.

Tragué saliva. Sus dudas me generaban inseguridad.

—No quiero que te sientas obligado.

—Te prometo que no me siento así, todo lo contrario, lo hago porque me apetece, porque creo que es lo mejor y no solo para mí, sino para los dos.

No tardó en quedarse dormida apoyada en mi brazo. Yo en cambio, no pude hacerlo. La miraba dudoso, confuso. Y pensaba, pensaba mucho. ¿Lorenzo enamorado de ella? Vale que yo también he llegado a pensarlo, pero sus dudas...

Al coger mi móvil y comprobar la hora, vi varios mensajes de Regina; proponía que nos viéramos, tenía algo importante que decirme. Decidí no contestarle. Laura nunca volvió a preguntarme por ella, ni yo saqué el tema. ¿Qué pensaría al respecto? A veces daría lo que fuera para meterme en sus pensamientos y así poder entenderla mejor.

Eran las siete y media cuando decidí que ya era hora de levantarme a pesar de que había dormido poco.

Preparé café y al terminar, sentí como se levantaba. Me apoyé en el marco de la puerta de la cocina, despeinado y sin camiseta. Ella se me quedó mirando, me reí.

—¿Por qué te has levantado tan temprano?

—No podía seguir durmiendo. ¿Un café?

—Sí, por favor.

Me acerqué a ella cuando puso un pie en la cocina y besé sus labios.

—No tienes por qué hacerlo si no te apetece.

—Quiero hacerlo. —Era la verdad, me apeteció darle un beso.

Silencio.

Mientras yo servía los cafés, ella sacó algo para comer; Magdalenas e hizo algunas tostadas.

—Pasaré a recogerte sobre las once —dije al terminar mi café. —Ahora iré a casa a por algo de ropa. ¿Te parece bien? —Asintió.

—¿Te encuentras mejor? —la miré preocupado. Sus problemas empezaban a ser los míos.

—Sí, no te preocupes. —Fingió una sonrisa.

Metí algo de ropa en un bolso y algunas de mis cosas. «Esto va en serio» me dije al ver todo lo que me llevaba. Una vez dispuesto a salir por la puerta, el timbre de mi teléfono, sonó. Era Lorenzo.

—¿Podemos vernos?

—¿Ocurre algo?

—No lo sé.

Me preocupé y salí directo hacía su despacho.

—¿Qué pasa? ¿Has encontrado información sobre su padre? —¿en qué otra cosa podía pensar?

—Ese es el problema. Laura me ha llamado hace un rato, me presiona.

—¿Y qué pasa? ¿Tan difícil te supone dar con su paradero?

—No es eso —se sentó, en su gran silla de ejecutivo.

—¿Entonces? —No contestó, permaneció pensativo, hasta que cambié de tema.

—Creo que no va a ser necesario que siga con escolta. —Me preguntó con la

mirada. —Voy a estar con ella y... seré yo quien la proteja.

Soltó una carcajada.

—¿Me he perdido algo? —Serio me miraba.

—Nada que no sepas ya desde hace varias semanas. Pasamos más tiempo juntos, eso es todo.

—No quiero que le hagas daño.

—Eso no va a pasar. Aunque no lo creas, le estoy cogiendo cariño.

—¿Cariño? ¿Pero eres consciente del daño que puedes causarle? ¿A caso has pensado, si lo único que ves en ella es una chica a la que cuidar o a una amiga? —sí, sí que lo había pensado.

—Laura y yo hemos llegado a un acuerdo, pensaba que ibas a alegrarte de que las cosas fueran mejorando. —Me molestaba su forma de hablarme.

—¿Quién la protegerá cuando estés en el trabajo, o cuando no estés?

—¿Qué es lo que te pasa? —elevé la voz.

—Qué es lo que te pasa a ti, no a mí. Debes pensar las cosas primero antes de lanzarte y prometer algo que no vas a cumplir.

—Yo no he prometido nada. —Me levanté. —¿Vas a ser tu quien la proteja todo el tiempo, a través de un escolta?

—No es de tu incumbencia todo lo que yo haga por ella.

—Ah, ¿no? —no supe que más decir. —Ya entiendo... —chasquéé mi lengua contra el paladar. Lo último que quería pensar, era Laura pudiese tener razón ¿y si se había enamorado? Me giré con intención de marcharme. —Creía que me apoyarías con todo esto.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, Lorenzo, nada. Solo espero que quites a ese guardia y tranquilo, Laura no te volverá a necesitar, ya me encargaré yo de todo.

—Ella me necesita —llegué hasta la puerta y me giré para mirarle. Estaba demasiado nervioso. —¿Sabes? Creo que no es buena idea ni que te acerques a ella, dejala en paz.

—No puedes pedirme eso.

—Lo estoy haciendo —y salí de su despacho, a pesar de que él no dejó de llamarme.

Subí a mi coche, miré la hora en mi reloj y al ver que quedaba poco para las once, aceleré y fui a recogerla.

Capítulo 25

Puntual como un reloj, llamó al telefonillo. Bajé lo más rápido que pude con riesgo a caer de bruces contra el suelo, por suerte, eso no sucedió, casi casi, pero no.

—¿Has bajado corriendo? —me recibió con una sonrisa sincera en los labios.

—Un poco —le guiñe un ojo divertida. Miré a mi alrededor, por si aquel escudo protector andaba por algún lugar. Como siempre, nunca logre verle.

Subí al coche, se aseguró que me había puesto el cinturón de seguridad antes de arrancar y algo en mi interior, me hizo sentir un miedo horrible, al pensar en el accidente. Mis manos comenzaron a sudar, mis piernas a temblar.

—¿Te encuentras bien? —Preguntó. Necesité salir del coche, coger aire, respirar. ¿Por qué ahora esa ansiedad?

—Sí, solo que... —cogí una bocanada de aire. —Sin querer pensé en el accidente —sin previo aviso, rompí a llorar.

El salió del coche, me abrazó.

—Por favor... ¡siénteme! Estoy vivo, a tu lado.

—Lo siento, no sé cómo me ha pasado. Nunca ha sucedido en este tiempo.

—Tranquila —tocó mi pelo.

Así estuvimos un buen rato y cuando por fin me relajé, subí de nuevo.

—¡Mindfulness! ¡Mindfulness! —me decía bajito hasta que lo conseguí.

—Será un trayecto corto. —Dijo para tranquilizarme. Deslizo su mano hasta encontrar la mía y apretó.

Fue en ese momento cuando me di cuenta que no lo había superado. Que, en todo este tiempo, lo único que he había hecho era acumular todo el miedo en mi

interior.

Todo iba mejorando entre nosotros. Era verdad que no pasaba por mi mejor momento con Vero, a la que no conseguía que me dirigiera la palabra.

—¿En serio has sido capaz de ocultarme todo? —me miró dolida.

—Creí que era lo mejor, solo pensaba en ti y en la niña.

—Joder Laura. No dejas de meterte en líos y encima me mantienes al margen, engañándome con lo del hotel. ¿Sabes la cara de tonta que se me quedo al hablar sobre el concurso que te había tocado?

—Lo siento. No podía permitir que ese loco entrara en casa y os hiciera algo.

—Te agradezco que pensaras en la niña, en mí. Pero deja de tomar decisiones a mi costa. Yo sé que es lo mejor para nosotras. Odio que me dejes al margen de todas tus preocupaciones. No crucé un país para hacer el tonto ¿sabes? Decidí quedarme para que cuando nos necesitésemos la una a la otra, estuviéramos ahí.

Rompí a llorar.

—Lo siento.

—¿Qué lo sientes? —se ríe irónica. —De verdad que no entiendo por qué sigo aquí.

—No digas eso —la agarré del brazo en cuanto se dio la vuelta.

—Dejame, dejanos en paz. He de pensar en todo y buscar lo mejor para mi hija y para mí —y se marchó.

Los días siguientes intenté ponerme en contacto con ella, pero ni me cogía el teléfono, ni me abría la puerta.

¿Ella estaba siendo injusta y egoísta, o lo estaba siendo yo? Quise darle tiempo, con los días, comprendí, que aunque a veces creas que haces lo mejor para una persona, puedes conseguir todo el efecto contrario. Podría tener razón, contar con ella podía haber llegado a mil soluciones. Mientras yo no dejaba de preocuparme por los demás y que actuaran como yo había pensado, yo hacía todo lo contrario a lo que me proponían, complicando aún más la situación.

Tuvo que ser Melissa quien le llevara a Asia, creí, que el enfado se le pasaría rápido, pero no fue así, por lo menos conseguí que María bajase a visitarme las tardes que tenía libre.

Cogí aire.

—¿Sabes? Aún no sé a dónde vamos.

—Quiero que conozcas a una persona. —Dijo misterioso.

Y supe de quien se trataba. No pude evitar ponerme nerviosa en cuanto el coche paró frente a un edificio.

Marco iba en serio. Estaba haciendo todo lo posible por nosotros. Pero se forzaba demasiado y eso no era bueno.

No quería ser una obligación.

—¿Y si no le caigo bien? —pregunté, bajando del coche. Él se echó a reír, una risa que aceleraba los latidos de mi corazón.

—Le caes bien. De hecho, un pajarito me ha confesado, que... —hablaba burlón. —Qué deberías haber venido a su consulta.

Me hice la desentendida.

—¿Tu madre te lo ha chivado?

—Puede —cogió mi mano y caminamos hasta el edificio.

Respiré hondo nada más salir del ascensor. La puerta de la consulta estaba abierta, olía a sándalo. Dentro, la adornaban varias lámparas de sal, la luz tenue era tranquilizadora, transmitía paz.

—Voy a decir que estamos aquí. ¿De acuerdo? —volvió a besar mis labios y cuando se marchó, los acaricié.

—¿Y de qué se supone que vamos a hablar? —estaba preocupada. No sabía que decir, que tema tratar, aunque bueno... por temas no sería, ¿pero por cual empezar? ¿Qué opinaría ella de todo lo estaba pasando entre él y yo?

—Tranquila, ella lo hace tan bien, que hará que todo salga solo.

—¿A ti te va bien con ella?

—Si, creo.

Sin poderlo evitar, me reí.

—¿Creés? Menuda confianza la tuya.

Reímos los dos.

Una chica de pelo castaño, recogido, bastante joven, alta y con una sonrisa en los labios, nos llamó. Enseguida deduje que se trataba de Gaia. Recordé haberle escuchado en el hospital.

—Hola Laura, ¿Cómo estás? Me alegro de verte.

—Hola, bien. —sonreí tímida.

Saludó a Marco y accedimos hasta su sala de consulta. Era grande, sus paredes de color blanco transmitían pureza. También decorada con dos lámparas de sal y una bandeja Zen en una de las estanterías, cargado de libros sobre psicología.

Gaia se levantó nada más vernos. A Marco le estrechó la mano con firmeza y a mí me dio dos besos. Sonreía.

—No esperaba la visita de los dos, ha sido toda una sorpresa. —Sacó una carpeta y de ella extrajo un par de folios. Escribió nuestros nombres, la fecha y la hora de la visita. —Contadme.

Marco habló primero.

—Todo ha cambiado desde que hablamos. —Ella sonreía, escuchando atenta. —Le he pedido a Laura qué me dé una oportunidad.

—¿En qué sentido? —Nos miró a los dos.

—Necesito conocerla y así poder recordar.

Gaia me miró.

—Eres consciente de que eso es solo una probabilidad, ¿Verdad? —asentí sin abrir la boca. Miró a Marco. —¿Estás siendo prudente?

—Sé que funcionará. —De su bolsillo, sacó la carta, la caja con el anillo. —Trague saliva y esperé nerviosa a que Gaia la leyera. Cuando lo hizo, sopló sorprendida.

—Intensa —dijo intentando recomponerse.

—La encontré en casa. La tenía escondida. ¿Entiendes ahora por qué quiero intentarlo? —Observé a Marco, y lo vi tan seguro de sus palabras...

—¿Qué sentiste al leerla?

—De todo, Gaia, de todo. Por primera vez, sentí que era lo que quería hacer. ¿Crees que merece la pena? ¿Crees que estoy por buen camino?

—Marco, lo más importante de todo esto es que tú seas quien quiere hacerlo de forma voluntaria, eso es un paso gigantesco. Yo os ayudaré —nos miró a los dos. —Por separado y en conjunto. Por mucho que la idea sea muy atractiva y os apoye, no será fácil.

—Yo estoy asustada —confesé. —¿Qué pasa si no funciona?

—¿Acaso no ves que llevamos varias semanas genial? —me interrumpió Marco. Le miré tímida, tenía razón.

Todo estaba yendo bien. ¿no?

—Hay que tener fe. Sé que pedírtelo es muy egoísta sabiendo por todo lo que has pasado. Pero para serte sincera, es la primera vez que le veo tan convencido de algo... —sonríó. —Soy mujer a parte de psicóloga y la carta me ha conmovido —habló emocionada. —Solo os pido, que cualquier duda, cualquier miedo, sea lo que sea, me llaméis. Marco sabe que puede llamarme a mi número privado. Es el caso más difícil al que me estoy enfrentando, como podrás comprobar, no llevo muchos años —era cierto, era joven y aunque me intrigó saber su edad, no lo pregunté.

Estuvimos en consulta unos cuarenta minutos. Escuchaba atenta, a veces me tocaba a mi responder, otras... no sabía cómo hacerlo. Pero era verdad que ella conseguía que todo fuese más ameno, que saliese solo.

—Os voy a dar una serie de tarea para los dos. —Empezó a apuntar en un papel—, ¿Laura, que te parece si tú y yo nos vemos durante esta semana y me pones al día de todo lo que has pasado hasta hoy?

—Vale —de nuevo, mi voz tímida salió a la luz.

—¿Te parece bien, Marco?

—Todo lo que sea para ayudarnos, será perfecto.

—Bien, pues vamos a ir terminando. —Cerró la carpeta y se levantó

sonriente. Nosotros hicimos lo mismo, levantarnos. No dimos dos besos y un abrazo.

—Deseo con todas mis fuerzas que por fin encontréis la felicidad juntos — dijo en cuanto llegó mi turno.

—¿Qué te ha parecido? —pregunto Marco una vez salimos del edificio.

—Tiene fe en que todo salga bien. Me gusta. ¿Qué edad tiene?

—Ni idea —abrió el coche y accedimos a él, de nuevo esa ansiedad que me hacía respirar con urgencia.

—¿Quieres que la llame? Ella logrará calmarte.

—Tranquilo —hablé calmada. —Se pasará, solo he de enfrentarme a ello.

Me llevó a casa, subió a dejar sus cosas y se marchó para ver si todo iba bien en el trabajo. Y yo, sin capacidad de reacción todavía, sin lograr asimilar todo el giro que estaba volviendo a mi vida, recogí la espuma del cojín que Luna eligió para destrozar. Aquello fue divertido, Luna me miraba juguetona y yo perdí la seriedad que quería mantener para hacerle saber que había obrado mal.

Mi móvil sonó, no hice mucho caso a la primera llamada, pero cuando al cogerlo y ver el nombre de Vero reflejado en la pantalla, me quedé medio tonta.

—¿Sí? —me faltaba el aire.

—¿Puedo pasar a verte? —No me lo podía creer.

—Sí, ssí —casi no me salía la voz.

No pasaron ni cinco minutos cuando sonó el timbre. Luna salió la primera a recibirla.

Al abrir, ninguna articuló palabra y tras una mirada cómplice, nos dimos un abrazo.

—Lo siento —dije con el corazón en la mano a punto de romper a llorar. La necesitaba tanto...

—No, yo soy quien debe sentirlo —me apretó con fuerza.

Nos reímos.

—Soy una tonta —dije al separarme.

—Y yo una gilipollas por no darme cuenta que solo buscabas lo mejor para nosotras.

Accedimos al salón y la puse al corriente hasta ese día.

—¿Me estás hablando en serio? —sonreí..., ella también lo hizo.

—Sí, podría decir que las cosas empiezan a ir bien. Aunque... también tengo otras preocupaciones. —Le conté lo que pensaba sobre Lorenzo.

—Creo que no deberías darle más importancia de la que tiene. Es un buen hombre y ¡joder! Solo ha tratado de ayudarnos, de facilitarte todo lo que ha podido.

—Lo sé —me quedé pensativa.

—Por cierto, —cogió a Luna. —No te he dado las gracias por Asia, es un amor, María está deseando darle su primer paseo, simula en casa que va por el parque con ella.

Me reí.

—Por favor, tenemos que ir juntas al veterinario y juntas han de dar su primer paseo.

—Me parece una idea genial.

Tenía claro que yo cubriría los gastos de Asia y todo lo que Vero necesitase. No quise decirle lo de la casa de mis abuelos, le hablé de la de mi madre y todos mis planes.

—Me hace mucha ilusión que por fin tengas tu casita.

Ay, si ella supiese todo lo que tenía pensado para ellas...

—Yo he pensado en vender la mía.

La miré asombrada, eso solo significaría una cosa.

—¿En serio? ¿No piensas volver?

—¿Lo harás tú? —inflé mis labios mientras pensaba en una respuesta.

—La verdad es que cuando pienso que todo es una mierda es el único lugar a

dónde quiero ir.

—Ya, pero yo necesito dinero y para serte sincera, veo a María tan bien adaptada, que me gustaría construir un hogar para ella.

¿Había algo que Vero me estuviese ocultando?

Comimos juntas, recogimos a la niña que se alegró de vernos y nos fuimos a merendar con ella. En ese momento sí que podía decir que me sentía completa, todo iba bien, ¡por fin! Y aunque siempre creí que tanto bien no era bueno, que algo malo siempre había detrás, no me permití pensarlo. Melissa también se unió y pudimos pasar una tarde las tres juntas con junto a la niña.

Cuando me quedé sola, llamé en dos ocasiones a Lorenzo, Vero tenía razón, solo trataba de preocuparse y yo podía estar sacando las cosas de contexto.

El timbre de casa sonó. Me lleve una sorpresa al encontrarme con Leo.

—¿Estás ocupada? —traía una bolsa y por el olor, deduje que era comida china.

—No, no, pasa.

—Me he permitido el lujo de ir a por algo para cenar arriesgándome a que ya hubieses preparado algo.

—Tranquilo —sonreí, me alegré de verlo. —Huele que alimenta. —Entramos en la cocina y mientras yo cogí los platos, el se encargó de los cubiertos y platos. Nos fuimos al salón.

—¿Qué tal todo? —pregunté. Miré la pantalla de mi móvil, Marco podía volver en cualquier momento. Y serían muchas explicaciones que dar, aunque que tontería, Marco lo consideraba su amigo, pero si el no le había dicho nada al respecto, ¿por qué hacerlo yo?

—Mucho trabajo. Y Silvana es maja, pero no es como tú —me eche a reír.

—¿Y cómo soy yo?

—Divertida..., especial. —Mi sonrisa se congeló.

—Dale tiempo.

—Laura..., mi visita no ha sido por placer.

Alcé las cejas divertida.

—¿Qué pasa? —ya me estaba preocupando y su silencio empeoraba mi estado.

—¿Has oído hablar de una tal Regina, por casualidad? —Oh, no. Cerré los ojos en un intento por calmarme. Mi respiración se aceleró y comencé a sudar. —Creo que ella y Marco se están viendo.

—¿Te..., te lo ha dicho él?

—No ha hecho falta —cogió mis manos, pero enseguida me soltó. Me puse de pie.

—No entiendo que hayas aparecido en mi casa con todo este paripé para contarme algo que sabes que me haría daño.

—Solo quería que lo supieses... —también se levantó.

—¿Y crees que eso es lo que yo quería, saberlo? —Si hubiese querido saber, me hubiera encargado de preguntar a Marco.

—Yo querría saberlo en tu situación.

Tragué saliva.

—La diferencia entre nosotros, no sé si te has dado cuenta —hablaba con rabia, dolida. —Es que tú, no eres yo por suerte y yo, no soy tú.

—Lo siento. —Es lo último que dijo. Abrí la puerta invitándolo a salir de mi casa y se marchó.

No lloré, no pensé, no hice nada que me llevase a un continuo círculo vicioso. Recogí la mesa, fregué los platos, me preparé un vaso de leche y cogí en brazos a Luna para poder acariciarla. Lograba que me calmara.

Eche de menos a Marco esa noche y me dolió no tener noticias suyas. Por un momento pensé en que estaría con esa chica. Pronto borré la idea de mi mente, bastante tenía ya, como para seguir alimentando mi incertidumbre.

Vueltas y más vueltas, una de las noches más largas añadida a mi colección, mirando el móvil sin parar.

Me levanté temprano y no se me ocurrió otra cosa mejor que hacer, que ponerme a limpiar y a mediodía, cuando por fin me senté, Lorenzo me llamó.

—Hola, Laura —su voz estaba decaída y por la forma de formular mi nombre, supe que estaba algo perjudicado. Me senté en el sofá y con la mano que tenía libre, acaricié a Luna que se había acurrucado a mi lado.

—No has cogido mis llamadas ¿todo bien?

—Todo perfecto. Ya he encontrado información de tu padre... ¿aun sigues queriendo saber algo de él?

—¿Está vivo?

Silencio.

—Sí, vivito y coleando. Te interesará saber que tiene una hija.

Trague saliva.

—Y... —me quedé sin preguntas. ¿Otra hija? ¿Se olvidó de mí para dedicar toda su vida a otra? —¿Está casado? —¿a qué venía aquello?

—Divorciado. Mira, te adelanto que no te va a gustar todo lo que he podido recopilar, así que mejor dejo archivado toda la información y sigues con tu vida.

Arrugué la nariz confundida por su comentario.

—¿Todo está bien, Lorenzo? ¿Qué pasa?

De fondo se escuchaba mucho ruido.

—Marco me lo ha contado todo. —Le escuchaba. —¿Sabes? Me alegro por vosotros dos, pero... ¿has pensado que ocurrirá si no recuerda nada?

—Sí —asentí como si pudiera verme.

—También me ha pedido que te quite el escolta. ¿Se lo has pedido tú?

—No, pero él ya me lo había comentado. —No me estaba gustando el giro de la conversación. —Oye, Lorenzo, veo que estás muy ocupado, mejor hablamos otro día.

—¿Otro día? ¿Y qué le pasa al día de hoy? ¿Sabes? Hay muchas cosas que me gustaría que supieras.

—¿Sobre qué?

—Sobre nosotros Laura. Vamos, dime que no te has dado cuenta.

Permanecí en silencio. ¿Me estaba confesando que se había enamorado de mí?

Y al cabo de unos minutos, que ninguno de los dos pronunció ninguna palabra, colgué.

Capítulo 26

Marco.

Salí tarde del despacho. Todo el mundo se había marchado ya. Llamé a Melissa para comentarle todo lo que había dejado cerrado y quedé en vernos al día siguiente.

La chica que sustituía a Laura hacía bien su trabajo, pero no era lo mismo, o por lo menos eso empezaba a sentir. ¿Podía ser, que mis recuerdos reaccionaran a mis ganas de intentarlo?

Antes de llegar a su casa, me pasé por una floristería abierta 24h. Cogí el ramo más bonito y me pregunté si alguna vez le había regalado flores.

—Siento no haberte llamado ayer. Pero tuve un día bastante complicado — pregunté, subiendo a mi coche.

—Ayer por fin hablé con Vero y pasé la tarde con las chicas.

—Sí, mi hermana ya me ha informado. ¿Todo bien?

—Sí, ¿por?

—¿Seguro? —Coloqué el ramo con mucho cuidado en el asiento del copiloto.
—Ya sabes que, si hay algún problema es mejor hablarlo si queremos que todo esto vaya bien.

Su silencio me preocupó.

No tardé en ir hasta su casa, la sorprendí con el ramo en cuanto abrió la puerta y besé sus labios. Podría decir que no reaccionó ante mi gesto.

—Gracias —y se dio la vuelta. La observé con detenimiento dejar las flores sobre la mesa, en un jarrón.

—He pensado que este fin de semana podíamos ir a visitar zonas de la ciudad. —Me quité la chaqueta y me senté en el sofá aflojando mi corbata. —¿Alguna vez te regalé flores?

Por fin se giró para mirarme.

—La verdad es que no. —No mantenía la mirada.

Pedí algo para cenar y me di una ducha. Algo no marchaba bien. ¿Se habría puesto en contacto Cristiano con ella? ¿Haberla amenazado? Lorenzo tenía razón, ¿Quién la protegía mientras yo no estaba?

—¿Qué has hecho hoy? —observé su reacción.

—Hablé con Lorenzo, me llamó a medio día.

—¿Qué te ha dicho?

—Creo que..., —alzó la mirada. —Creo que estaba algo bebido. Dijo que habías hablado con él.

—Sí, lo hice.

—¿Y por qué? —su mirada me transmitía angustia. Me incliné hacia ella.

—¿Has recibido amenazas? ¿Alguien te ha molestado? —negó, bajando la cabeza.

—¿Entonces qué te pasa? Me has recibido... de forma fría.

—¿Y cómo quieres que te reciba, después de que ayer no supe nada de ti? —se cruzó de brazos. —¿Con quién estabas?

—Ayer no estuve con nadie.

—No me mientas, Marco. —Se levantó y fue directa hasta la cocina. La seguí.

—¿Puedes contarme que es lo que te ocurre? —No me gustaba verla así.

—¿Sigues viéndote con Regina?

—¿¡Qué! No, ¿de dónde has sacado eso?

—Nunca hemos hablado del tema. —Ni siquiera me miraba al hablar.

—¿Quieres hablarlo ahora? —por fin se giró. —Porque yo no tengo ningún problema en hacerlo.

Y le conté todo lo que había pasado. Rompió a llorar sin descanso. La abracé, la consolé, acaricié su pelo y sentí su tristeza.

—Laura, no te haría daño, te lo prometo —¿Cómo hacérselo entender?

—¿Por qué duele tanto? —escondió su cara entre sus manos.

—Porque lo que sientes por mí, es puro amor.

—¿Y tú que sientes? —No podía contestar a ello.

—Mucho aprecio.

Se levantó.

—¿Aprecio? —fue directa hasta el frigorífico para coger una lata de refresco.

Ya más tranquila, más fría hacia mí, me hablo del día anterior, de que por fin había hecho las paces con Vero y de la conversación de Lorenzo. De su preocupación por que sus dudas fueran confirmadas por él.

No podía dejar de mirarla mientras hablaba, narraba feliz su conversación con Vero, transmitiéndome paz, alegría.

Me sentía completo cuando estaba junto a ella.

Capítulo 27

Mónica

El corazón le latía deprisa, con ansia acelerando así su respiración.

Esperaba impaciente y asustada, a su cita. No dejaba de preguntarse. «¿Para qué me querrá ahora? ¿Qué habré hecho mal?» Y entonces, su mirada oscura se encontró la suya.

Tuvo que beber un poco de agua al sentir la boca seca.

El chico sonrió con cierta amargura y se sentó frente a ella. La miró fijamente.

—¿Qué es lo que quieres? —el tono de voz delataba su nerviosismo.

—¿Qué te crees que estás haciendo?

—No sé a qué te refieres —bajó la mirada.

—¿No? ¿Me tomas por tonto, Mónica? Sigo todos tus movimientos.

—Te han informado mal. No sé de lo que me estás hablando —mintió. Había intentado ponerse en contacto con Lorenzo, contarle todo lo que el hombre que estaba frente a ella, planeaba. Avisar a Laura.

—Puedo matarte aquí mismo si me lo propongo —interrumpió, usando un tono de voz traicionero.

Desde fuera, se podían ver a dos personas hablando tranquilamente, aunque en realidad se tratase de un hombre furioso amenazando con la mirada y los pocos gestos que procuraba expresar a una mujer, asustada, indefensa.

—Te juro que no sé de qué me estás hablando.

—¿Te crees que soy idiota? —Respiró fuerte y se aclaró la garganta en cuando el camarero le dejó sobre la mesa un wiski solo con hielo y fingió una sonrisa.

—¿Qué ha pasado con el plan?

—Están juntos —bajó la mirada.

—¿¡Qué!?! —Los planes, de nuevo, volvían a torcerse. —¿Cómo lo has averiguado?

—Fui a verla. Ya sé que ese no era el plan, pero... ¿por qué confundir a uno, cuando podemos confundir a los dos? —Ella volvió a mentir y él asintió. —Me quedé escondida junto a la escalera de emergencia, él le llevaba un ramo de flores y en cuanto ella abrió la puerta, se dieron un beso.

El silencio los acompañó durante unos minutos. El, pensativo, cerró los ojos con fuerza y llenó sus pulmones de aire. Tentado estuvo de hacer estallar el vaso de la bebida, pero eso era lo último que debería hacer si no quería llamar la atención.

—¿Y ahora qué? —se rió temerosa.

—Ten cuidado con el tono que usas para dirigirte a mí. Ya tengo bastante con las torpezas de mi hermano, como para que tú, te interpongas. No me va a temblar el pulso a la hora de tener que tomar una decisión. ¿Te queda claro?

—Sí.

—No te he oído bien, ¿te queda claro?

—Sí, me queda claro. ¿Qué quieres que haga ahora?

—Creo que mi plan tendrá que adelantarse. —Se le acababa de ocurrir algo y se lo hizo saber con la mirada. A ella volvió a acelerarse el pulso—. ¿Por qué no me haces un favor? —sonrió con malicia. Ella asintió. —Quiero que vayas a visitar a ese tal Lorenzo. Que averigües que es lo que está buscando y por favor... sé que puedes conseguir algo más de él, —levantó las cejas con cierto énfasis —¿no?

—¿Vas a meterle a él también?

Volvió a sonreír, esta vez tras pegar un trago a su copa.

—El lleva desde el principio en todo esto, querida —soltó una pequeña carcajada y se acomodó en su asiento, disfrutando de todo lo que se le pasaba por la mente.

Capítulo 28

Laura

Intenté dormirme, pero tenía la mente tan bloqueada que no llegaba a concentrarme.

Con cuidado de no pisar a Luna, caminé descalza hasta la cocina y con un vaso de leche enfriándose sobre mis manos, me quedé un rato mirando hacia el mar.

—¿No puedes dormir? —su voz hizo que me girara.

Esbozó una sonrisa antes de que contestara.

—No, ¿y tú?

—Tampoco—, iba acercándose... —un pensamiento me llevó a otro y así sucesivamente. —Dios, volvía a estar tan cerca de mí. —¿Recuerdas, el día que me llevaste al Templo de Debot? —Abrí los ojos todo lo que pude. —Algunas imágenes han aparecido mientras pensaba.

El corazón iba a salir de mi pecho.

—¿Y en qué pensabas?

—En nosotros —y me besó. Lento..., con ternura. Agarró mi cara haciéndolo más intenso. Dejé con cuidado el vaso sobre la mesa, le abracé.

—Creo que he de aceptar que esto va despacio. Por fin comienzo a ver los resultados. —Dije.

Tras mantener una breve conversación sobre el descanso, me fui a dormir a la cama con él, me lo pidió. En cuanto sentí sus brazos rodear mi cuerpo, entré en un estado de calma profunda y por fin, pude conciliar el sueño.

Al día siguiente, tras despedirme de Marco, hojeé los planos de la casa que Lorenzo me había facilitado e intenté imaginar un bonito hogar. Eché de menos su presencia, compartir ese momento con él. Pensé en la conversación que mantuvimos y decidí ir a hablar con él.

Fui hasta el edificio donde trabajaba nerviosa. Su secretaria me comentó que estaría reunido todo el día, así que no tardé en marcharme.

Subí a mi moto y me acerqué hasta la que fue la casa de mis padres, allí me quedé bastante rato, pensando, imaginando mil cosas..., deseando otras. Reflexioné sobre mi madre, sobre el padre que me cuidó y sobre el que tenía otra hija. «Yo, una hermana» siempre quise tener una y compartir nuestros secretos, nuestra ropa... ¿Cómo sería? Jugueteé con el anillo que tenía en mi dedo corazón y me senté en la acera pensativa.

Al llegar a casa, un sobre junto a la puerta, llamó mi atención. Lo cogí con miedo después de varias dudas. No tenía remitente, solo mi nombre.

Quise esperar a que Marco regresara, a que Vero apareciera, Melissa. No sabía qué hacer, pero como siempre hice lo que me daba la gana, y como mi curiosidad iba en aumento, pues... ¿para que esperar?

Eran fotos...

Tuve que sentarme...

Y dejé de respirar en cuanto vi una imagen de Lorenzo con Mónica...

No entendía nada.

Seguí pasando las fotos de una en una y sentí que mi corazón volvía a partirse en mil pedazos...

Marco..., con una chica... Enseguida imaginé a la tal Regina.

«¿Pero y esto?» Estaba claro que alguien se había propuesto destruirme. Tapé mi boca con las manos, respiré hondo e intenté pensar.

Caminaba de un lado a otro.

Llamé a Lorenzo, no cogió mi llamada. Su secretaria volvió a decirme que estaba muy ocupado y que no podía atenderme. Yo sabía que lo que no quería era verme y respeté su decisión a pesar de que toda esa situación me generaba muchas dudas, inseguridad, desconfianzas.

¡Dios...! Se me iba a ir la cabeza.

Necesitaba salir, dar una vuelta... no sé, pensar... evitar hacerlo.

No sabía si quedarme sentada, salir a la calle, llamar a Marco, ducharme, o darme de cabezazos contra la pared. Hasta que mi móvil, con el nombre de Marco reflejado en la pantalla, me sacó de mis pensamientos.

—Estoy en el hospital —cerré los ojos y me preocupé mucho. Algo presionaba mi pecho y me costaba respirar.

—¿Estas bien?

—Sí, es Lorenzo.

No tardé en coger un taxi e ir hasta el hospital.

Alexia estaba junto a Claudia, junto a Emilio agarrada a su mano. Llegué con la lengua fuera. Marco salió en cuanto vio a los chicos levantarse para saludarme.

—¿Está bien? —pregunté a Alexia tras darle un abrazo. Ella solo lloraba ¡Joder! Solo era una niña, deseaba con todas mis fuerzas que él estuviera bien. La apreté con fuerza y le di un beso. —Tranquila, ¿vale? Tu padre es un hombre luchador.

—¿Podemos hablar un momento? —Marco tiró de mí con cuidado, llevándome a un lugar apartado. —¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes. ¿Qué ha pasado?

—Subía a su coche tras salir de la oficina cuando alguien le atacó.

Me tapé la boca.

—¿En pleno día? ¿Le han hecho algo? —me puse nerviosa.

—Le han dado una buena paliza —tragué saliva. —Pero está estable.

De mi bolso saqué el sobre con todas las fotos y se lo entregué a Marco.

—Yo no soy capaz de entender nada, todo esto parece una broma del mal

gusto.

Marco analizó las fotos detenidamente.

—Laura... yo...

—Imagino que esa de ahí es Regina —me miró y asintió con la cabeza. —E imagino también, que Lorenzo y Mónica...

—Imposible. Quién te haya mandado esto —intentó buscar el remitente. —Lo único que busca es hacerte daño.

—Lo sé. ¿Pero quién? —Me abrazó. —¿Todo lo que me contaste sobre Regina era cierto?

—Sí y bendito sea Dios, que quisiste sacar el tema. No puedo imaginar el daño que te hubieras hecho tu misma pensando en mil cosas.

—Me duele mucho saber que Lorenzo y esa mujer..., Mónica, pudiesen estar liados.

—Tranquila, debe haber algún tipo de explicación.

Melissa y sus padres no tardaron en llegar. Cuando el médico salió a comunicarnos que ya podíamos pasar a la habitación, me sentí algo tranquila por Alexia, que entró para ver cómo se encontraba su padre. Solo podía entrar una persona y estar un ratito, ya que Lorenzo necesitaba descansar.

De nuevo, miles de preguntas aparecían por mi mente mientras no dejaba de pensar en las malditas fotos.

No quise decirle nada a Melissa, que preguntó que me pasaba como tres veces. Salí de aquellos pasillos y me fui a tomar un café, algo que me despejara un poco.

Cuando Alexia salió, y su semblante era más relajado, me pidió que pasase. Me sorprendió, ya que Blanca y Piero eran sus amigos de toda la vida como para hacerme a mi pasar como un familiar.

—Hola —entré tímida. Mis ojos se encontraron con los suyos no sin antes ver varios moratones repartidos por su rostro. —He escuchado que te han dado una buena paliza. —Sonríó. No podía estar más de dos segundos viendo aquellas lesiones que me ponían la piel de gallina.

—¿Ya te lo ha chivado Marcos?

—Puede —me senté a su lado.

—¿Qué ha pasado?

—No recuerdo nada. —Nos miramos en silencio. —Siento mi comportamiento estos días.

—No importa —sí, sí que importaba.

—Quiero hablar de tu padre, sobre la información que he encontrado —su voz se tornó nerviosa.

—No creo que ahora sea el momento. —Era lo que menos me importaba.

—Sí, sí que lo es —cogió mi mano.

—¿Qué has descubierto, para que suenes tan misterioso?

—Antes de nada, quiero que sepas que tu padre nunca quiso abandonarte —me estaba poniendo nerviosa. —Quería mucho a tu madre. —No dije nada. ¿Para qué? —Tu abuelo —se aclaró la garganta. —Lo mandó a terminar sus estudios fuera —eso me sonaba. El corazón me latía deprisa. —Y cuando volvió, tú ya habías nacido y Y fue al enterarse de la noticia, cuando conoció al hombre que se hizo cargo de ti, al que el consideró tu verdadero padre.

—No sé a dónde quieres llegar con todo esto —la boca se me secaba.

—Pensé que habías muerto en aquel accidente —«¿pensé?» —tuve miedo al rechazo. Cuando te vi por primera vez, no podía creer que estuvieras viva. —Me costaba respirar. —Quise acercarme a ti y ¡Dios! —hablaba emocionado. —No imaginas lo feliz que fui al tenerte a mi lado estos meses.

—¿Qué tratas de decirme? —me temblaba la voz.

Aparte mi mano de la suya.

—Soy tu padre, Laura.

Y entonces, todo cobró sentido. La historia que me contó sobre la novia que tuvo, que se quedó embarazada, que su padre lo envió fuera...

—Me hiciste creer que habías tenido un niño.

—No podía decirte que eras tú.

Me aparté de él.

—Me, me has engañado, me..., ¿te has reído de mí? —ya no sabía ni lo que preguntaba.

—Laura por favor. He descubierto cosas. ¡Corres peligro!

Me reí.

—¡Anda! Qué casualidad, yo también. —pestañee un par de veces seguidas para evitar que me viese llorar. —Mi padre es un grandísimo hijo de puta.

Y la policía tocó la puerta.

—Laura, por favor...

—Disculpe, señorita. ¿Venimos a hacer algunas preguntas? Le importa si...

—Tranquilo agente, yo ya me iba, y me iba para no volver —y salí de la habitación.

Alexia se levantó.

—¿Te lo ha contado? —preguntó nerviosa.

No dije nada, solo la abracé. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué iba a reprocharle?

Todos nos miraban sin entender nada y ninguno pidió explicaciones. Lo agradecí en el alma.

—Te llevo a casa —habló Marco.

—Necesito estar sola —pedí.

—Laura, por favor. No quiero que te pase lo mismo que a él.

Sonreí a tiempo que cogí aire.

—Por favor... —mi voz sonó a súplica.

Deambulé por las solitarias y estrechas calles cercanas a mi casa tras bajar del taxi. Mi móvil sonó, Leo.

—¿Por casualidad, eres tú quien va caminando delante de mí? —no tardé en girarme.

—¿Me estás siguiendo?

Capítulo 29

Marco

No supe que decir en cuanto Lorenzo lo confesó todo.

—Tú ya lo sabías —me dijo. —Lo descubriste al sospechar por mis preguntas. Al igual que tus padres.

—¿Y por qué no le dije nada?

—Habíamos quedado para hablar de Mónica. Sobre su denuncia y sacaste el tema. Me amenazaste con contárselo si no lo hacía yo y te pedí algo de tiempo.

Saqué el sobre con las fotos que Laura me había dado.

—¿Y explicación a esto? ¿Hay alguna? —aturdido contemplaba las fotos.

—Mónica vino a verme a mi despacho. Estuvimos hablando.

—¿De quién?

—¿Dónde está Laura? ¿Se ha marchado?

—Sí.

—¿Y lo ha hecho sola?

—Necesitaba pensar.

Se levantó de la cama llevándose todos los cables por delante.

—No has debido dejarla sola. Corre peligro.

Subí en mi coche todo lo rápido que pude y aceleré.

Fui hasta su casa, pero allí no me abrió nadie. La llamé por teléfono, estaba

apagado. Llamé a Vero, ella no sabía nada de ella e intentó también dar con ella. Tampoco lo consiguió.

Me asuste.

Espere un par de horas por si aparecía, tal vez Lorenzo había exagerado y ella solo necesitase pensar. La busque por hospitales, hostales, hoteles, pero no había rastro de ella, era como si hubiese desaparecido.

Mi desesperación iba en aumento.

Fui a casa. Allí me esperaba la policía.

—¿Marco Lorusso?

—Si, ese soy yo. ¿Han encontrado a Laura? ¿Está bien?

—Tendrá que acompañarnos a comisaría, tenemos que hacerles algunas preguntas.

—¿Pero la han encontrado? —Ninguno me contestó y como si fuese un delincuente, esposado, entré en el coche.

Esperé bastante tiempo en una sala hasta que un inspector, con cara de pocos amigos, entró.

—Buenas noches —saludó con voz ronca. Estaba cansado, preocupado por Laura y no entendía nada.

Sobre la mesa, dejó una carpeta.

—¿Va a decirme usted, que es lo que hago aquí? ¿Han encontrado a mi mujer?
—Las palabras salieron solas por mi boca. Abrió la carpeta y de ella, extrajo unas fotos que no tardó en colocar sobre la mesa. No podía creer lo que mis ojos observaban.

Le miré horrorizado.

—¿Conoce a esta mujer?

—Re..., Regina. ¿Está muerta? —sentí marearme.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

No podía pensar.

—¿Creé usted que la he matado?

—Solo le estoy preguntando que cuando fue la última vez que la vio?

—Hace varias semanas.

—¿Puede ser más exhaustivo?

—No, no puedo. Mi mujer ha desaparecido, me han metido aquí y ahora esas fotos...

—¿Mantuvo algún tipo de relación con ella?

—No, bueno... —me puse nervioso. —Nos dimos un par de besos, nada más.

Alguien llamo a la puerta e hizo al inspector levantarse. Desapareció varios minutos, perdí la cuenta.

No podía pensar...

Concentrarme...

Mi mente dibujada las imágenes de las fotos.

Volvió.

—Puede usted marcharse.

Capítulo 30

Laura.

No podía respirar. Mis ojos estaban tapados, mis manos atadas. Casi no sentía las piernas.

—¿Hola? —pregunté con la esperanza de que alguien me contestara.

Tenía sed, miedo, mucho miedo.

No sabía cuánto tiempo llevaba allí encerrada, pero el olor podrido de aquel lugar, tardaría en desaparecer de mi mente. Me incorporé como pude. Debieron darme un buen golpe en la cabeza, no recordaba si quiera como llegué hasta allí.

Escuché una puerta abrirse.

—¿Hola? —nadie contestó. Solo escuché a alguien arrastrando algo y quejándose por el esfuerzo.

Pronto volví a escuchar la puerta cerrarse y de nuevo ese silencio. Un silencio espantoso.

—¿Hola? —esa voz...

—¿Lorenzo? ¿Lorenzo, eres tú?

—¿Laura? —intente incorporarme, pero también tenía los tobillos atados con unas cadenas que pesaban mucho.

—Dime que estás bien, por favor —nunca me alegré tanto de poder escuchar una voz tan conocida, aunque fuese de mi padre.

—Si, lo estoy.

—Dios mío, nos tenías a todo el mundo buscándote.

Quería llorar.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—No lo sé. No recuerdo nada.

—Cuanto..., ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Llevas desaparecida tres días. —No lo podía creer.

—¿Recuerdas algo? —pregunté.

—No. ¿Y tú?

—Tampoco. Solo que, tras bajar del taxi, quise ir a casa dando un paseo. — analicé todos mis movimientos tras bajar a un taxi. —Leo me llamó —empecé a recordar. —Nos vimos, le conté lo ocurrido, me acompañó a casa y hasta ahí. — Silencio. —¿Lorenzo, estás ahí?

—Sí, bien atado, pero estoy aquí.

Rompí a llorar.

—Tengo mucho miedo —gemí.

—Tranquila hija, vamos a salir de esta.

—Oh... padre e hija manteniendo una conversación —alguien aplaudía y lo hacía con ironía. No pude distinguir la voz del hombre.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de nosotros?

—Me dais... tanta pena... —estaba muy cerca, casi la pude sentir detrás de mí.

Unas manos me tocaron.

Me moví con brusquedad, pero no conseguí deshacerme de esas manos grandes, que entraban por mi camiseta.

—Te juro que pienso matarte —dije entre dientes, asqueada.

—Dime que no te da morbo toda esta situación. ¡Venga! Dime que no te gustaría que te follara... zorra.

—No la toques hijo de puta —grito Lorenzo, y por el ruido que hacía, intentaba saltarse.

—¿Qué te creés que estás haciendo? —otra voz desconocida, o... distorsionada, no sabía muy bien, interrumpió, haciendo que el que me estaba tocando, parase.

La tela que tapaba mis ojos fue destapada. Mis pupilas tardaron en acostumbrarse a la luz de aquel lugar. No había ventanas, solo luces que casi podían cegarte y frente a mí, Lorenzo tirado en el suelo con la ropa manchada de sangre.

Había dos hombres y los dos con pasamontañas.

Le quitaron la tela que cubría los ojos de Lorenzo y nos miramos preocupados.

—¿Qué tal se encuentra papá e hija?

—¿Qué es lo que quieres de nosotros? Por favor, dejala libre, ella no tiene nada que ver sea lo que sea.

Uno de ellos se acercó hasta el inclinándose de forma amenazante.

—¿Acaso yo te he pedido opinión? —le soltó un puñetazo.

—Por favor, por favor no. —Supliqué llorando.

El hombre se giró para mirarme. Era de complexión delgada, pero estaba fuerte.

—Lo hago por ti, ¿es que no lo ves? Te abandonó... Como hizo el mío.

—Por favor, dejalo ir. Yo lo he olvidado, no le hagas daño —pedí.

—Ninguno de los dos va a salir de aquí —Le hizo un gesto al otro y se marcharon, dejándonos allí.

—¿Estás bien? —pregunté cuando nos quedamos solos. Miré todo a mi alrededor, intenté pensar en cómo salir de allí, en desatar mis manos. Las muñecas me dolían.

—No gastes energías —habló Lorenzo. —Sea quienes sean, no nos han dejado aquí con accesibilidad para poder salir por nuestro propio pie.

—¿Dónde estamos?

—Creo que en un escondite bastante seguro. Nadie podrá oírnos. ¿Lo hueles?

Arrugué la nariz, el olor era una mezcla de salado, podrido..., no sabía bien como describirlo.

—No soy capaz de oler nada, no sé si es el ambiente o yo misma. —Me miré, estaba sucia, húmeda.

—Estamos escondidos debajo de una purificadora. Antiguamente, este sitio era usado para guardar las armas de la mafia, las armas...

—¿Mafia? —tragué saliva.

—No te preocupes, estos no tienen pinta de mafiosos. Nos hubieran matado directamente.

—¿Y quiénes son? ¿Y por qué nos hacen esto? ¿Por qué ha hablado de su padre?

—Intento pensar...

—¿Sabes si has tenido más hijos? —no se me ocurría otra cosa.

—No, solo a ti, a Alexia ¡Dios mío! Alexia debe estar muy preocupada. Espero que a ella no le hagan daño.

—No entiendo que hacemos aquí —y era verdad, por más que lo pensaba, no entendía nada. —¿Crees que puede ser Cristiano? ¿Le harán daño a Vero, a María? —Cogí aire y lo expulsé lentamente.

Permanecimos mucho tiempo en silencio. Mirándonos, pensativos...

Capítulo 31

Marco.

—No encuentro nada, papá. —Buscábamos algún documento que nos diera respuestas.

—Debe haber algo por aquí. —No sé cómo lo hizo, pero de la pared abrió una pequeña puerta. Le miré extrañado mientras él me guiñaba el ojo. —¡Bingo! —dijo sacando varias carpetas. —Aquí guarda lo más importante. —Las dejó sobre la mesa.

Una carpeta era de Laura con toda su información, partida de nacimiento..., escrituras... otras de su madre..., me permití el lujo de echar un vistazo. Varias cartas escritas con el puño y letra de Lorenzo cayeron al suelo junto con unas fotos. Eran ellos dos de jóvenes, las cartas que se escribían cuando su padre lo mandó fuera a terminar los estudios. También había carpetas, escrituras de propiedades, gente importante. Una llamó mi atención, era sobre el padrastro de Laura. Con un gesto, le pedí a mi padre que dejara de buscar, se colocó a mi lado.

Abrimos la carpeta juntos.

Había información de su anterior familia antes de conocer a la madre de Laura. Una foto dónde se veía con dos niños pequeños, dos niños que me resultaron familiares, esa mirada... penetrante de uno de ellos, la sonrisa del otro...

Miré a mi padre algo confundido y fuimos revisando. Datos de una mujer de la que supuse que debió ser su esposa, dos partidas de nacimiento; Ángelo y Basilio, mellizos, nacidos el 14 de marzo de 1983.

—¿Te suenan, papá? —Mi padre negó con la cabeza.

—No sabía que Ángelo tuviera hijos... —dijo mi padre pensativo. —Nunca habló de ellos.

—¿Crees que si le preguntamos a mamá?

—Puede ser, tal vez, Gina le contase algo.

No tardamos en volver a casa, Leo se encontraba junto a Melissa. Los dos habían estado buscando a Laura, a Lorenzo. Alexia, preocupada, tomó el revelado junto a mis hermanos.

Abracé a mi hermana.

—¿Qué querrán de ellos? —preguntaba una y otra vez.

—No lo sé, pero los encontraremos. —Mi padre intentaba tranquilizarme, calmar mi ansiedad. Tenía tanto miedo... —No tardamos en sacar toda la documentación de la carpeta que habíamos encontrado.

—¿Sabías si Ángelo tuvo hijos? ¿Te hablo Gina de ello? —Mi padre preguntó a mi madre.

—Gina me contó que Ángelo vivió un matrimonio muy duro. Qué tenía familia y que la exmujer, se lo estaba poniendo todo muy difícil. Creyó tenerlo todo perdido, pero Gina lo convenció para que luchase por ellos.

—No sé por qué me da, que estos dos tienen algo que ver... —Pensé en voz alta.

—¿Puedo dar mi opinión? —Leo se acercó a la mesa dónde se encontraba toda la información. —¿Por qué no nos dejamos de especulaciones y lo ponemos todo en manos de la policía? Seguro que ellos podrán encontrarla antes que todos nosotros. —Tenía razón. —Si queréis, yo puedo encargarme de llevar todo esto.

—Vero está convencida que alguien debió secuestrarla, no es normal que haya desaparecido así porque así. Laura nunca ha tenido un problema con nadie —habló mi hermana.

—¿Y Lorenzo? ¿No es casual, que los dos hayan desaparecido? —pregunté.

—He estado preguntando en el colegio de abogados, pero nadie ha notado nada raro últimamente.

Todos estábamos nerviosos.

Melissa tenía una de las fotografías.

—Este..., este es Cristiano. —Un intenso silencio se adueñó de la sala.

—¿Estás segura? —ella asintió. —Buscaré a ese hijo de puta y lo mataré — dije lleno de rabia. —Caminé directo hacía la puerta, iba a buscar a ese maldito, todos me llamaban, intentaban tranquilizarme, pararme el paso, pero yo estaba dispuesto a encontrarle.

Capítulo 31

Laura.

—Ya sé que no quieres saber nada de mí, pero... nunca te olvidé Laura — mordí mis labios y respiré hondo. —Tu madre y yo pensamos que era lo mejor para las dos, ella había conocido a otro hombre que podía darle la estabilidad que yo no pude.

—¿Por qué no me buscaste cuando mamá falleció?

—Te di por muerta. Tu tía nos hizo creer a todos, llevándote tan lejos, que habías muerto en aquel accidente. Pensé en contártelo todo en cuanto despertaste tras el accidente, pero estabas tan hundida por Marco...

—Preferiste ser mi amigo para tenerme cerca que contarme la verdad.

—Eso es. Estaba inseguro, tenía mucho miedo. Quería estar a tu lado.

—¿Y Alexia?

—No tardé en explicarle, necesitaba su consejo. Ella te aprecia mucho ¿sabes? ¡Joder! Le pedí que no se acercara demasiado a ti para que nos sospecharas, para que no se le escapara contártelo todo.

—¿Por qué tu familia no se llevaba bien con la mía?

Resopló.

—Los clanes familiares son muy estrictos con la religión..., con los estudios, con la clase... Hace años, antes de que yo naciera, mi abuelo tuvo un pequeño desliz con la hermana de tu abuela que limpiaba en casa. Ahí empezaron los problemas...

—Ya entiendo... —Me dolía el cuerpo al mantener la misma postura.

La puerta de metal se abrió y uno de los secuestradores, asesinos, mafiosos, entró. No sabía cómo catalogarlos.

—¿Habláis de la familia? Oh... ¿me estoy perdiendo algo? —era el chico que intentó propasarse conmigo. Arrastró una silla y se sentó en medio de los dos. — Seguid, seguid, no os cortéis, luego si os apetece... os contaré yo algo de la mía, seguro que os interesa.

—¿Podrías darme un poco de agua? Tengo la boca seca —pedí.

—¿Para qué darte agua si pronto vas a morir? —se echó a reír. Un miedo atroz me invadió. ¿Ya no volvería a tener ninguna oportunidad para volver a ver a Marco, a mi mejor amiga, a María, Melissa, mi cachorra?

¡Por Dios!, no estaba preparada para morir. Cerré los ojos, bajé la mirada y decidí permanecí en silencio.

—¿Por qué no nos cuentas tu historia? —preguntó Lorenzo. Le miré sorprendida y con un gesto, me dio a entender, que estuviese tranquila.

—Sí, mejor, me apetece hablar —mientras, yo intentaba averiguar de quien se trataba bajo esa voz. —Había una vez... —su móvil le interrumpió, se levantó y se marchó a atender la llamada. —¿En serio, que esa puta iba a delatarnos? Sí, traela, tal vez deban conocer toda la historia antes de morir.

Se marchó dejándonos más confundidos de lo que ya estábamos.

—No quiero morir, Lorenzo, no quiero —sollozaba. —Quiero vivir.

—Tranquila mi niña, ninguno de los dos va a morir. No esta noche.

Perdí la noción del tiempo y cuando los tipos volvieron, no lo hicieron solos. Llevaban a una chica atada de manos, con una tela cubriéndole la cabeza. — Pensé en Vero—. La tiraron al suelo y ella se quejó del dolor producido por el golpe.

—¿Te están tratando bien? —Se dirigió a mí, esta vez no llevaba un distorsionador de voz, pero los nervios, el miedo, no me permitían descubrir de quien se podía tratar.

El otro, pegó una patada a la chica haciéndola gemir por el dolor.

—Dejadla, por favor. No entiendo que es lo que queréis de nosotros — supliqué.

Se rieron. ¿Cómo puede haber personas así?

—¿En serio quieres que la dejemos? No creo que cuando veas de quién se trata, pidas lo mismo. —Se miraron. —Es la que empezó todo esto —le quitaron la tela y cuando vi a Mónica con el ojo cerrado por un golpe y el labio hinchado por otro. Me quedé sin voz.

—Iba a delatarnos la muy zorra.

—Por favor, quiero agua —pedí de nuevo con la intención de que la dejaran en paz.

Hacía un calor horrible. Por fin uno de ellos me trajo una pequeña botella.

—¿Puedes desatarme, para poder beber?

—No. —Tuvo que darme de beber y cuando levantó el brazo, unos tatuajes asomaron bajo la tela. Enseguida supe que uno de ellos era Cristiano.

Le miré a los ojos.

—Cristiano... —se echó a reír.

—¿Tanto se me nota? —y se quitó el pasamontaña. —Se agachó hasta ponerse a mi altura. —¿Recuerdas, cuando te dije... —ladeaba la cabeza. —Qué pagarías por ello?

De su bolsillo sacó un paquete de tabaco, se encendió un cigarrillo.

Decidí permanecer en silencio.

—Quiero presentarme formalmente —dijo el otro—, me presento como Ángelo —al quitarse el pasamontañas, abrí los ojos como pude. No me lo podía creer. —¿Te impresiona verme? —preguntó acercándose a mí. Se puso de cuclillas para estar a mi altura y puso su mano en mi hombro. —Seguro que tu padre si sabía quiénes éramos, ¿Verdad? —Tragué saliva con dificultad.

—No entiendo nada Leo, ¿qué es lo que ocurre?

—No soy Leo, soy Ángelo... y él —apuntó a Cristiano. —Es Basilio, en honor a nuestro abuelo. —Seguía sin entender nada. —Por la forma que tienes

de mirarnos, veo que te gustaría saber qué haces aquí, ¿verdad? —sonrió de medio lado—. ¿Prefieres que empiece desde el principio? —No hice el menor movimiento.

—Si quieres, la historia se la puedo contar yo —habló Lorenzo. —Leo..., Ángelo o como quisiera que te llames, —rió de mala gana. —Sois tan idiotas, sobre todo este —Lorenzo señaló con la mirada a Cristiano. —La policía está a punto de llegar.

Cristiano le soltó una patada en la cara tumbándolo en el suelo.

—¿Cómo dices?

—¡Déjale! —chillé. Leo colocó su dedo índice en mis labios. Se levantó, cogió la silla y me obligó a sentarme.

—¿Estás seguro de que... te crees tan listo? —no me dio tiempo a ver que sacaba de su bolsillo, pero me clavó en el costado algo punzante que me cortó la respiración e hizo gritar a Lorenzo.

Mónica nos miraba aterrorizada.

—Teníamos ocho años cuando nuestro padre nos abandonó. —Se puso de pie, el dolor era insoportable..., notaba salir la sangre y me encontré algo mareada. —Entiendo que quisiera divorciarse de la borracha de mi madre, ¿pero dejarnos con ella? —chasqueó varias veces la lengua contra su paladar. —Eso no estuvo bien.... No, no, no.

—¿Qué tengo yo que ver en esta historia? —pregunté como pude.

—¿Tú? —colocó su cara muy cerca de la mía. —Mi padre nos cambió por ti. ¿No lo sabías? —no hablé. —Giró su cabeza para mirar a Lorenzo. —¿Por qué no continuas tú?

—Su padre era Ángelo, Laura. Cuando conoció a tu madre, ya estaba divorciado.

—¡Meeec! Error —volví a sentir ese dolor punzante ya conocido en la otra parte del costado. Esta vez grité del dolor.

—Vale, vale, vale. No sé nada de la historia, por favor no sigas—Lorenzo lloraba, suplicaba.

—Estaba ilusionado porque mi padre apareciera de nuevo, por fin tomé la

decisión de contarle que nuestra madre nos pegaba, que nos contaba historias sobre él. Quería, que nos dijera, que todo lo que nuestra madre contaba sobre él, era mentira. Que no nos había cambiado por ninguna niña, que no estaba con otra mujer, pero entonces..., apareciste en los brazos de tu madre.

Nos intentó comprar llevándonos a restaurantes caros, cuando luego entre semana no teníamos para comer. Nos compraba ropa... ¿Dónde estaba cuando volvíamos a casa y nos dejaba con aquella mujer? ¿Dónde estaba cuando nuestra madre nos pegaba palizas por las ropas nuevas? —me gritó a la cara.

—Yo no tengo culpa de lo que hiciese tu padre... yo..., yo también soy víctima de tu historia Leo —hablé como pude. Mi boca sabía a sangre.

—Contigo empezó todo. Tal vez, si tu madre no hubiese aparecido... sino le hubiese conquistado... —me miraba lleno de rabia. —Mi padre perdió completamente la cabeza por esa mujer, luego por ti. Te dio todo lo que nos pertenecía a nosotros, nos robaste a nuestro padre.

Las lágrimas brotaban de mis ojos.

—Casi no me acuerdo de su cara, por Dios Leo. Yo tampoco tuve infancia.

—Tú y tu madre deberíais haber muerto en aquel accidente. El no, ¡el no! Manipulé los frenos, mi padre iba a quedarse esa tarde con nosotros, tu madre decidió irse a casa porque no se encontraba bien. Tú estabas con una tía tuya. Subió al coche, pero entonces, él prefirió acompañarla, diciéndonos que vendría más tarde. Le supliqué que no subiera, no me hizo caso... —¡Por Dios, no! No, no, no ¿el mato a mis padres? ¿a mi madre? —manipulé los frenos. Quería ver muerta a tu madre, que mi padre volviera para estar con nosotros, sus hijos de verdad... —había tanta rabia en sus palabras... —Pero después de tanto tiempo, la suerte se colocó a mi lado. —Sonríó. —Apareciste enamorada de Marco, debisteis follar mucho, ¿a qué sí? Mónica estaba tan celosa... —se echó a reír. —Y volviste a interponerte en nuestro camino. Por tu culpa, él quiso saber si Bella era hija suya. —seguía sin articular palabra. —Mi hermano estaba recibiendo toda la pensión que el pasaba para poder pagar así sus deudas. ¿Sabes lo que cuesta tener que borrar tu identidad y tener otra? ¿Sabes lo que cuesta mantener a nuestra madre en ese centro de locos? —Miré a Mónica, lloraba. —Juré venganza.

—Yo te contaba mis cosas, estaba en lo cierto cuando pensé que eras tu quien le contaba todo a ella. —Las palabras salieron solas.

—Me encantaba lo que le provocabas. Luego te interpusiste entre mi hermano y esa zorra de Melissa.

—Creía..., creía que le tenías aprecio de verdad.

—Sí, claro. La quiero mucho, al igual que a ti. Que suerte tuve al encontrarte caminando por la calle. Todo salió como planeé. Deseo verte morir... mirarte a los ojos mientras dejas de respirar... —otra vez el punzón, está vez no grité, no hice movimiento alguno, ni un gesto de dolor..., solo le miré a los ojos. Notaba salir la sangre, no sabía cuánto iba a durar todo aquello, pero en mi mente estaba Marco, el amor de mi vida. Su sonrisa..., su mirada al despertar, sus te quiero...

—No me importa que me mates —no me salía la voz. —Porque tú ya estás muerto desde hace tiempo. Mataste a tu padre, por eso no vives en paz, eso te reconcome, ¿Verdad? —escupí sangre. Todo era borroso. —Prefieres echarme a mí la culpa, en vez de aceptar que eres un asesino. Mataste a tu padre —me reí irónica. —A mi padre. Recuerdo las veces que me contaba un cuento a la hora de irme a dormir... sus abrazos... —otra vez ese dolor punzante...

Iba a morir, lo sabía, y ya no me importaba, no tenía miedo...

Capítulo 32

Marco.

Salí del coche en marcha. Allí solo había un pequeño almacén abandonado.

—La señal esta por aquí —estaba desesperado..., aterrorizado por lo que podía encontrarme.

—La policía está de camino —Melissa no podía dejar de llorar.

Detrás del pequeño almacén, vi un viejo coche.

—Hijo de puta—, dije mentalmente con ganas de encontrármelo, partile la cara... matarle.

Accedí por una puerta vieja que escupió un ruido. Me quede en silencio para poder así escuchar algo, voces, gritos... lo que fuese que me dieran esperanzas de que Laura podría estar viva.

Accedí, allí no había nada y bajo una silla de madera, vi una pequeña compuerta. No dudé en abrirla. De fondo se escuchaban las sirenas de la policía.

Respiré algo aliviado y seguí buscando.

Olía a tierra mojada, a podrido, a sal. El olor mareaba. Tras andar de cuclillas un rato, por fin pude ponerme de pie en cuanto llegué hasta una habitación. Una puerta metalizada me invitó a ir y cuando abrí, descendí por unas escaleras.

Aquello estaba oscuro y había alguien ahí.

—¿Laura, estás aquí? ¿Lorenzo? —nadie hablaba. —¿Mónica?

—¿Marco, eres tú? —era la voz de Mónica. —Laura está gravemente herida...

Algo agarró mis pies haciendo que cayera de las escaleras.

Un puñetazo...

Otro...

Me tapé con las manos.

—¡Maldito hijo de puta! Sé que sois vosotros. La policía está a punto de llegar. —Me levanté como pude y empecé a soltar puñetazos al aire.

Las luces se encendieron, por un instante me quedé ciego. Mis ojos pronto la encontraron, estaba inconsciente en una silla, varios cortes en el tronco, sangrando.

—¡Laura! ¡Laura! ¿Estás bien? —quise acercarme, pero los brazos de Cristiano me lo impidieron. Pero entonces, mi hermano y mi padre descendieron por dónde lo hice yo segundos antes.

—¡¡Laura!! —gritó Melissa en cuanto se asomó.

Entré en una pelea con Cristiano, Leo me sorprendió por atrás dándome un golpe seco en la cabeza, caí de rodillas al suelo. Lorenzo estaba inconsciente, tumbado.

Impedí un puñetazo por la parte de Leo, me cogí de su brazo y conseguí tirarlo al suelo, me subí encima de él, le asesté dos puñetazos en la nariz, se la rompí y justo cuando mi padre consiguió parar a Cristiano, entró la policía.

Me levanté, ni Leo ni Cristiano tendrían escapatoria, corrí hasta Laura.

—¡Mi amor, mi amor! —golpeé suavemente su cara para que reaccionara. Tomé su pulso, era muy débil. —Laura por favor, por favor, no me hagas esto. —Solté sus muñecas cortando la gruesa cuerda, sus pies... y la cogí en brazos mientras no paraba de pedirle a Dios que la sacara de esta.

Y en el peor momento, cuanto más miedo tenía por si la perdía, varias imágenes dibujaron mi mente.

Recuerdos... nuestros, solo míos.

Ella y yo..., en el ascensor, miraba su escote, su sonrisa. Me parecía la más bonita del mundo. Olía de maravilla. La besé...

Ella sentada en el asiento de copiloto, nerviosa por ir a la reunión. Yo preocupado por si no aceptada el trabajo. Estaba dispuesto a quedarme en España si ella no decidía venir a Italia.

Dios, Laura.

—Amor mío, por favor. No me dejes, por favor Laura, te quiero... te necesito.

Cuando la policía cogió a Cristiano y a Leo, se los llevaron arrestados. Mónica consiguió salir por su propio pie, Lorenzo, tras reaccionar, salió con la ayuda de mi padre.

Corrí hasta llegar a la ambulancia que los agentes solicitaron con la posibilidad de encontrarse con heridos, no me dejaron entrar, la atendieron allí mismo...

Tres meses después...

Laura.

—Laura, por favor. ¡Ten cuidado! —su sonrisa de aire alegre me daba la vida.
—¡Cierra los ojos! —le hice caso.

—Ya está, cerrados —mentí... solo un poquito.

—¡Ya puedes abrirlos!

Lo último que me esperaba encontrar era por fin la casa de mis padres terminada. Al acceder a ella, pude imaginarme mil cosas, sentir que por fin era un hogar, nuestro hogar —besé sus labios.

—¿La rapidez de la obra ha sido obra tuya? —solté una carcajada. —nunca mejor dicho.

—Bueno, tu padre y el mío han tenido mucho que ver.

Seguimos caminando hasta llegar a un bonito y espaciado salón.

—Me encanta. ¿De dónde has sacado todas estas ideas?

Me agarró por la cintura.

—Creo que Vero debería dedicarse a la decoración de interiores, todo ha sido idea suya. —Me moría de ganas de poder ver a mi amiga. Había pasado demasiado tiempo en el hospital, intubada...

—¿Sabes algo de...? —sé que no quería hablar del tema, pero seguía sintiendo miedo.

—Cielo... tranquila, no van a salir ni con el mejor abogado del mundo.

—¿Me lo prometes? —me agarré a su pecho y respiré de forma profunda inhalando así su perfume. —Te lo prometo. ¡Además! Pienso estar todos los días junto a ti.

Como me gustaba escuchar eso de sus labios.

—Más te vale —al despertar, confundida sin recordar lo que había pasado, me encontré con su mirada brillante. No me dio tiempo a preguntar qué era lo que había pasado, cuando besó mis labios y me dijo te quiero durante varios minutos.

Lloré al escucharle, al sentir sus labios que tanta energía me dieron.

La cocina era preciosa..., toda la casa había quedado bonita.

El jardín... ¡Ay Dios mío! Luna salió corriendo hacia mí, Asía iba con ella. ¡Como habían crecido! Y de repente, todos aparecieron dándonos la bienvenida a los dos. Me tiré a los brazos de mis amigas, cogí a María, me la comí a besos. Mi padre también estaba allí, en un segundo plano, algo tímido junto con Alexia. Mi hermana había pasado mucho de los días junto a mí en el hospital, al igual que él. Hablamos mucho del tema cuando nos trasladaron a una habitación a los dos juntos. Pude leer las cartas de amor que se dedicaban mis padres, era adoración lo que sentía por mi madre.

—Ella está aquí también, Laura —me dijo Melissa precavida.

Tras saludar a todos, la vi en el fondo del jardín con Bella en brazos.

Me acerque, al fin y al cabo, casi le debía la vida. Le confesó todo a Marco y el tubo que disimular para que Leo no le descubriera y aprovechando, le colocó un rastreador para que le llevaran hasta nosotros, ella lo llamó, diciendo que iba a delatarlos.

—Hola —esboqué una pequeña sonrisa. —¿Cómo estás? —acaricié la mejilla de la niña, estaba muy mayor y guapísima.

—Bueno..., es cuestión de tiempo. ¿Y tú? La casa ha quedado preciosa.

Los periódicos se hicieron eco de la noticia. Mónica fue juzgada, machacada y

pasó varios días encerrada por miedo a salir.

—Bien. Por fin parece que ha pasado todo.

—Laura, lo siento mucho, no sé... no sé cómo puedo mostrarte todo mi arrepentimiento. Fui sincera cuando fui a tu casa, mi intención era contártelo todo, el miedo me pudo.

Tragué saliva.

—Mónica —levanté mi mano y toqué su hombro. —Nos salvaste, sino llega a ser por ti, ahora mismo no estaría aquí —mis ojos se llenaron de lágrimas y sin pensarlo mucho, me incliné y le di un abrazo.

No podría decir que desde ese momento fuese a ver una bonita amistad. No. Pero sí un profundo respeto. Y Bella era tan importante para nosotros...

—¿Te gusta entonces la decoración? —Vero apareció a mi lado, me dio un beso en la mejilla y María, tiraba de mi blusa.

—Tita, tita, mira.

Al darme la vuelta, todos me rodeaban, Marco estaba en el centro, sacó una carta del bolsillo de su pantalón. Vi la pequeña cajita y antes de que el empezase a hablar, tapé mi boca con mis manos y rompí a llorar.

De sus labios escuché la carta anterior y una nueva.

—¿Quieres casarte conmigo? —Sus ojos brillaban y hablaba emocionado.

—Sí —Nos dimos un profundo beso.

¿Queréis saber cómo fue nuestra boda? ¿Dónde?

Nos casamos en el Templo de Debod, aquello fue mágico, especial, único. La comida tuvo lugar en el hotel dónde nos conocimos, era como revivir todos nuestros inicios, sintiéndome la mujer más especial del mundo.

Todo ha ido a mejor, sin duda. Melissa ha conocido a un chico muy simpático, el uno no puede vivir sin el otro y se llevan genial, vamos, que están pensando en irse a vivir juntos y quien sabe... lo mismo pronto deciden formar una familia.

Vero es diseñadora de interiores, lo hace de manera profesional y hasta sale en una de las revistas más prestigiosas. Y si os lo estáis preguntando, sí, también sale con alguien, pero aún no lo conocemos, quiere ir despacio y respetamos su decisión. Bueno, todo el mundo la respeta menos yo, que no dejo de insistir.

María es una niña muy inteligente, de mayor quiere ser adiestradora y entrena con Asia y Luna.

Y Bella, Bella no ha salido de nuestras vidas, porque la queremos con locura y ella no tiene culpa de todo lo que ha pasado. Mónica llegó un acuerdo con Marco y suele pasar muchos fines de semana con nosotros, y para nosotros, es una más en la familia.

Alexia y Emilio ya planean irse a vivir juntos y Claudia, Claudia está muy centrada en sus estudios y en su trabajo como profesora de inglés.

La relación con mi padre ha ido creciendo día tras día, hoy en día me alegro de que se tratara de él y no de otra persona.

¿Sí, soy feliz? Si, y mucho, como bien decía mi tía Pilar, después de la tormenta, siempre, viene la calma.

—Fin—

Redacción

Actualidad.

Camino nerviosa por la redacción. Llevo el manuscrito entre mis manos y voy directa hacía el despacho de mi editora.

—Hola, ¿puedo? —con una sonrisa me hace pasar.

—¿Cómo estás? Tengo muy buenas noticias.

—Por favor, dime que han aceptado el manuscrito.

—No solo eso, Laura. Tu historia se ha hecho tan viral por las redes sociales, que se están peleando por él.

—¿De verdad?

—Me están llegando miles de ofertas. ¡Por cierto! ¿Cómo llevas el embarazo?

Sonrío.

—Estoy a puntito de caramelo. Asustada, dos niños de golpe... no sé yo.

—Pero Marco te ayudará, ¿no?

—Si, no se separa de mi lado. Debe estar a punto de llegar, ha ido al aparcamiento.

—Bien, así podremos haceros algunas fotos e ir preparando la presentación.

—Por cierto. Aquí tienes algunas de las preguntas que te harán. —Me pasó una hoja plastificada.

—Bien. ¿Preparados? —agarré la mano de mi marido y asentí. La entrevista estaba a punto de empezar.

—¿Qué te impulsó a escribir tu historia? —preguntó el presentador. —Cogí aire. —Tras la noticia del secuestro, nos hicimos muy conocidos y decidí contar la verdad. Se especulaba mucho sobre lo ocurrido.

—¿Cuál es tu objetivo?

Respiré hondo.

—Pues..., al principio, todo empezó para salir de la depresión por la que estaba pasando. Me costó mucho poder asimilar todo lo que había vivido y mi psicóloga, me comentó que escribir me haría bien. Así que no lo dudé.

—¿Cuándo decidisteis, que debería ser contada por los dos?

—Cuando Marco leyó la primera parte, quiso dar su versión de lo que había vivido. Era la única manera de que pudiese ponerme en su lugar. —Miré cómplice a mi marido.

—¿Es verdad, que usted y Mónica os lleváis bien?

—Veo que ha leído el manuscrito —risas. —Sí, la niña es muy importante para nosotros y ella nos salvó la vida. Hay mucho respeto entre nosotras.

—¿Cuándo supo que estaba embarazada? —menudo cambio de tema.

—Estaba terminando el segundo manuscrito y vomité sobre las hojas —miré a mi editora que empezaba a reírse. —A raíz de ahí, fueron días continuos de náuseas y..., —sonreí. —Supongo que como todas las mujeres cuando saben que se quedan embarazadas, se hacen la prueba y listo ¿no? —más risas.

Y así, es como continúan nuestras vidas. La verdad es que nunca imaginé todo lo que daría de sí la historia entre nosotros. Fue muy duro al principio, muy duro. Pero al final, todo ha merecido la pena. Sin el apoyo de mi mejor amiga Vero, sin el de Melissa, no lo hubiera conseguido.

Fin, y está vez..., de verdad.

Agradecimientos

Ya sé que me repito más que el ajo, pero no puedo dar por finalizado todo el trabajo sin agradecer a los míos todo su apoyo incondicional.

A Lina, ¡Ay Lina de mi vida, de mi corazón! que siempre estás ahí, que a pesar de estar en la lejanía haces que te sienta cerca. Esta historia es tanto tuya como mía por todo lo que me has ayudado, por todas tus tardes de compañía, risas... Te quiero muchísimo, pero mucho, mucho.

A Sonia S. Kirchen, que no se imagina lo importante que es para mí, la grandeza de su sabiduría, nuestras charlas, mis dudas. Gracias por estar ahí de forma incondicional.

Ay mi Laura, mi amiga, mi compañera de salidas y risas. Gracias.

A quienes más tengo que agradecer son a mis hijos por haberse quedado tardes sin parque, aguantado mi mala leche por el bloqueo, por no poder avanzar... ¡Gracias chicos! Y perdón por todas esas veces que he pagado el pato con vosotros. Os quiero con toda mi alma, con todo mi corazón, sois los pilares de mi vida. Nunca lo olvidéis, ni cuando os hagáis mayores, ni cuando os echéis novia.

A Dubli por darme también caña, eres lo mejor.

Mariajo, que de ti es imposible olvidarme, porque siempre estás ahí y si tienes que leerte el manuscrito muchas veces, ni corta ni perezosa lo haces.

A las chicas, eh... eh... no simples chicas, sino mis chicas del grupo de Facebook, mis lectoras que en cuanto les pedí ayuda, ahí han estado. Os estoy muy agradecida.

A Lore que se llama así misma la tocapelotas, pero que le agradezco con todo el alma que me diga las cosas que yo no veo.

A mis compis; Manoly, Bea, que después de muchos años sin vernos, al hacerlo, no ha cambiado nada.

Y espero no olvidarme de nadie. Que no... Nuria!! Que de ti es imposible olvidarme, que eres mi rubia, mi guapa...

A mi familia, a mi tía Pilar que en paz descanse, ella ha sido mi musa para ser la tía de Laura.

En general, no tengo ni páginas, ni horas en el mundo para poder dar las gracias a todos los que me habéis apoyado desde el principio. Esta novela ha sido muy especial para mí y aunque he recibido malas noticias mientras la escribía, me ha dado siempre fuerzas para seguir adelante con todo.

Gracias lectores de mi vida, por darme la oportunidad, por hacerme crecer como escritora, como persona.

Mil gracias.

Coral Fernweh

Sobre la autora

Nací en un pueblo de Extremadura (España) en el año 1987, aunque desde hace muchos años vivo en Madrid.

Estoy felizmente casada con el amor de mi vida, sí, una historia de novela que algún día me encantaría contar. Tengo dos hijos maravillosos, a Luna, que es una perrita que adopte hace un año y que se ha convertido en un miembro más de la familia.

Desde pequeña siempre me ha gustado escribir, era una forma de evadirme de la vida real, pero solo hace unos años, que me lo empecé a tomar más en serio al ver que mis novelas podrían tener una oportunidad. Finalmente, en el 2015 me lancé a publicar mi primera novela en Amazon «Y llegaste tú» y «Llegaste tú, cambiando mi mundo» Más adelante «¿Te miento, o te digo la verdad?» «Nunca salgas de mi vida» y esta, la continuación.

Espero seguir escribiendo más historias bonitas, que gusten, que evadan, que hagan soñar de la misma manera que mis escritoras favoritas, que son muchas, me hacen a mí.

Me apasiona leer, escribir, el bricolaje (sí, sí, no miento) disfrutar de la naturaleza, reflexionar en los días grises, aprender, pasar tiempo con los míos, disfrutar de todo lo que la vida me ofrece y sobre todo, aprender cada día una cosa diferente.

Puedes encontrarme en:

Coralfernweh@hotmail.com

<https://www.facebook.com/coral.fernweh.9>

<https://www.instagram.com/coralfernweh/>